

Enrique Bunster
10(713-2)



UN ANGEL PARA CHILE

Editorial Del Pacífico, S. A. - Santiago de Chile

Enrique Bunster es uno de los más destacados escritores chilenos y ha incurrido con buena fortuna en los más diversos géneros: teatro, relatos de viaje, cuento, y las que él mismo ha llamado *miniaturas históricas*. De éstas, las más notables son, quizá, las contenidas en el volumen *Chilenos en California*, cuya segunda edición se publicó bajo el sello Del Pacífico el año pasado.

El libro de Enrique Bunster que ahora presentamos es una novela en la que se reúnen dos poderosos elementos de interés: el humorismo y la sátira social. Con una prudencia cuya socarronería podrá apreciar el lector a medida que avance por estas páginas, Bunster sitúa la acción de su novela en el año 2015; así ningún contemporáneo podrá sentirse aludido. Por otra parte, y para colocarse en un plano más objetivo y extraño a los intereses locales, el mismo autor se convierte en *Sir E. E. Bunster* que, desde el siempre particular punto de vista de un *gentleman*, narra el increíble invento del celeberrimo tony "Porotito" y las trascendentales consecuencias que tuvo para el destino chileno.

Como puede suponerse, el Chile del año 2015 tendrá que ser un poco distinto del presente. Para aquel entonces, la aristocracia tradicional ya había sido desplazada por una arrolladora generación de descendientes de inmigrantes del Medio Oriente; cierto club deportivo tenía ya tanta fuerza como para ser un poderoso partido político. No se engañe el lector: todo aquéllo ocurre el año 2015 y así los lectores de nuestro tiempo podrán reír con entera libertad, sin temor de irritar a nadie, con las aventuras de este *Angel para Chile*.

UN ANGEL PARA CHILE

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N° 21245, (C) by Editorial Del Pacífico, S. A., Ahumada 57, Casilla 3547, Santiago de Chile, 1959

Impreso y hecho en Chile - Printed and made in Chile. Editorial Del Pacífico, S. A., Impresores. - 308

ENRIQUE BUNSTER

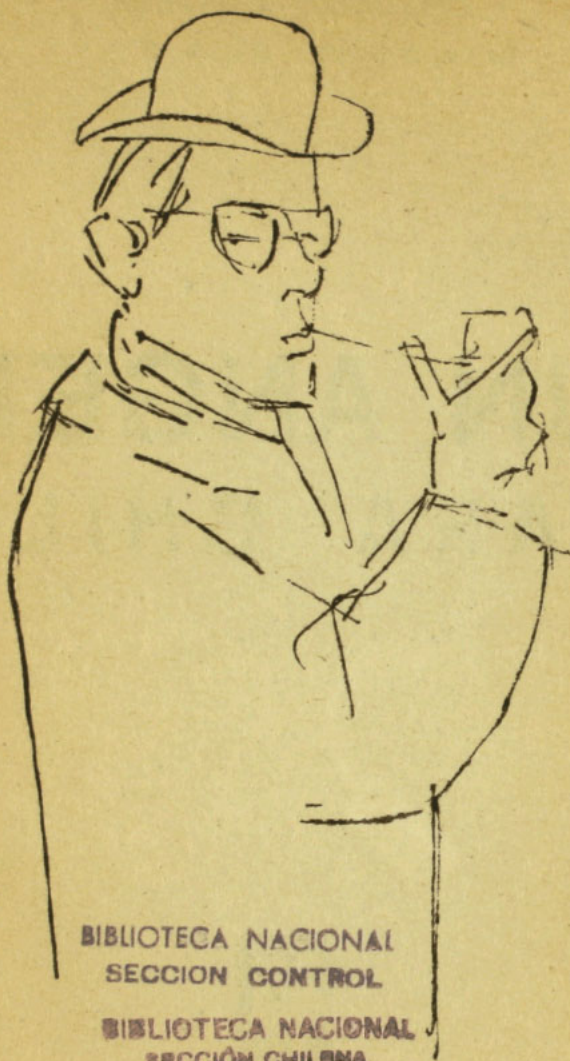
Earl of Grosvenor, K. C. B., D. D. T.

**UN ANGEL
PARA CHILE**



EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

SANTIAGO DE CHILE



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SIR E. E. BUNSTER

(Cortesía de Who's who IN THE BRITISH EMPIRE)

Visitaçión de Imp. y Bibl.

10 JUL 1959

Depósito Legal

NOTA PRELIMINAR

Nos complacemos en presentar la exclusiva versión castellana de *AN ANGEL FOR CHILE*, uno de los best sellers del mercado librero de Londres en el presente año 2015.

Atraído por la resonancia universal de la vida y la muerte de Ongolmo Cabello, el eminente escritor británico Sir Enrique Bunster visitó nuestro país con el objeto de historiar los hechos de aquella personalidad extraordinaria, tal vez providencial, que conocimos en las pistas de los circos con el sobrenombre de "Porotito".

Sin duda alguna, Sir Enrique ha escrito una ágil, penetrante y encantadora novela real. Su telón de fondo es la magistral pintura de ese proceso de trastrueque social que empezó a hacerse notar entre nosotros hacia mediados del siglo XX y que el Ministro Betiniani llamó "la entrega de la antorcha".

Ese fenómeno, que ahora es tema de sociólogos, emocionó más que interesó al noble literato inglés, como lo demuestra su conocida actitud de ceder sus derechos de esta edición a beneficio del Fondo de Auxilios para las Familias Castellano-Vascas de Chile.

Este gesto filantrópico coloca al autor, como también a los editores, al margen de toda interpretación sensacionalista del libro, y desbarata de antemano cualquiera tentativa mal aconsejada de arrastrarles al terreno de las querellas judiciales.

“Se verán portentos y cosas de maravilla y volverá a crecer lo que estaba extinto y brotará la alegría en muchos rostros melancólicos”.

(Libro de los Videntes del Tibet; Testamento XIV, cap. 22, vers. 107).

Perpetuado en mármol

Los extranjeros que visitan Santiago de Chile se sorprenden de encontrar en la Avenida O'Higgins, la más importante de esa capital americana, una estatua de mármol delicadamente concebida y esculpida, que representa la figura de un tony de circo. El insólito personaje está vestido con las ropas estrafalarias que debió lucir en la pista de aserrín: la colgante chaqueta, los pantalones inmensos y los zapatos de una yarda de largo; y parece contestar a una ovación invisible con la sonrisa de su rostro enharinado, de ancha boca y nariz protuberante, mientras con una mano se quita el tonguito y con la otra agita en el aire su bastón del grosor de un garrote.

Ante tamaña extravagancia el paseante forastero se detiene perplejo. Piensa que esa estatua risible constituye un desacato en la vecindad de los nobles monumentos patrióticos: el de don Ambrosio O'Higgins, fundador de la república, y el de don José de St. Martín, general peruano que libertó a Chile en la batalla de los Andes. ¿Es una humorada chabacana? ¿O es que estamos en un parque infantil? Atraídos por el enigma, damos unos pasos, nos paramos ante el pedestal y leemos la inscripción de la placa de bronce:

A
LA MEMORIA
DE
ONGOLMO CABELLO,
"POROTITO"
BENEMÉRITO DE LA PATRIA
Y
BENEFACTOR
DE LA
HUMANIDAD

Pensamos en Glück y en Chaplín y comprendemos que un hombre que ha hecho reír a las multitudes sea recordado como benemérito del género humano... Pero, aguarden ustedes. Porotito fue algo más que un as de la risa; fue *efectivamente* un benefactor, y su nombre civil, Ongolmo Cabello Valdebenito, tendría derecho a inscribirse junto a los de Pasteur, Salk y Fleming. Evocando el bien que hizo este chileno humilde, la felicidad que procuró a tantos hombres (e incluso mujeres) con su maravilloso descubrimiento de medicina natural, entendemos al fin por qué sus conciudadanos le erigieron esa efigie espectacular en la avenida principal de la ciudad. Y llegamos a sentir que ella no sólo no desentona en la cercanía de los Padres de la Patria, sino que es allí, precisamente allí, donde le corresponde estar. Vecino de O'Higgins y de St. Martín, parece decirles con malicia socarrona: "Veamos quién hizo más por sus semejantes: ustedes o yo; veamos cuál de los tres es más mentado en el mundo"...

En una palabra: esa figura de saltimbanqui perpetúa el recuerdo de un episodio cumbre entre las conquistas de la ciencia; un episodio que influyó y sigue influyendo en la suerte de aquel lejano país.

Mis lectores ingleses saben sin duda a qué me estoy refiriendo; pero haré como si no lo supiesen, para poder referirles de principio a fin esta historia sin precedentes que tuve el privilegio de investigar en su propio escenario.

Caido de la cuna y caído del trapecio

“Porotito” (little bean) llevó este sobrenombre a causa de su pequeñez. Personas que le habían conocido me dijeron en Santiago que no medía más de cinco pies y media pulgada (Es curioso advertir que la estatura del pueblo chileno acusa una reducción continua y alarmante. Un humorista nacional ha escrito: “El roto ya no sirve más que para jockey y para boxeador de peso mosca. Si se sigue achicando, terminará de jinete en carreras de galgos o golpeará con una varita en las vitrinas de las tiendas”). Cabello era grueso, con tendencia a la gordura, y lo que es más raro todavía en la clase baja de Chile, tenía la cabeza calva. Uno de sus biógrafos ha querido explicar este fenómeno sugiriendo que Ongolmo puede haber sido el hijo ilegítimo de un aristócrata.

En su profesión de artista de circo parece haber rayado a apreciable altura. Hay indicios de que estuvo por encima de Lechuguín, Forunculito y otros ases de la carpa, y se vanagloriaba de ser el creador de un sketch famoso: *El marido amaestrado*. En un programa del Circo Urmeneta, que examiné en el Museo Histórico Nacional, se le menciona con énfasis en compañía de sus colegas Zapatilla y Papirote, “que alegrarán la función con sus entradas cómicas”.

Hacia el final de su carrera se ensayó en el trapecio con suerte desastrosa. De su casi mortal accidente

dio noticia él mismo en una entrevista concedida al magazine *Periscopio*, cuyo recorte tengo en este instante sobre mi mesa de trabajo.

Hago referencia a esa interviú porque en ella entregó mi personaje los primeros datos biográficos que de él se conocieron y, sobre todo, porque en esa página se dio publicidad por primera vez al aporte científico más bullado del siglo.

Copiado a la letra, el recorte dice así:

“Pequeño, tímido y vacilante, el tony Porotito apareció en nuestra sala de redacción. Como sólo le conocíamos en tenida de gracioso, necesitó identificarse para que supiéramos a quién teníamos delante. Es un hombre de cincuenta años de edad, que parece tener sesenta. Su rostro se ve ajado por la pintura del oficio, pero entre ojos y labios le galopa una sonrisa que es como una *ecuyère* de cabellos dorados circulando por la pista sobre la grupa de un corcel trotón *. Se sentó en el borde de una silla, manoseando su boina descolorida, y manifestó que deseaba dar al respetable público una fausta noticia.

—“Vaya, felicitaciones, Porotito—, le dijimos a nuestro simpático visitante. —¿Es que ha formado su propia compañía y se dispone a partir en jira allende los Andes?

—“No —contestó—; lo que sucede es que descubrí un remedio para la calvicie. Yo ya no trabajo en el circo. Quedé mal desde que me caí del trapecio tratando de crear un número de emoción. Fue un costalazo desde siete metros de altura, que me dejó entre la vida y la muerte. Después se me olvidaban las gracias y me quedaba como un farol apagado delante de los otros tonies. Era el hazmerreir de la concurrencia, señor; lo más triste que puede sucederle a un cómico. Hasta que

* Esta cursilería escalofriante es característica entre los periodistas chileños. Uno de ellos llamó a un Presidente de la República: “Montoncito de carne morena”.

el señor Urmeneta me llamó y me dijo: "Mire, Ongolmo", me dijo, "yo creo que usted lo que necesita es un descanso largo, hasta que le vuelva la memoria". Yo acepté, porque sabía mejor que nadie que había quedado fallado. Como el señor Urmeneta es muy generoso y evangelista, me organizó un beneficio y encima me dio dinero de su bolsillo. Por suerte soy solo, porque la señora se me fue y mi mamita murió, así es que tengo mis ahorritos para vivir un tiempo sin trabajar. Claro que obligado a ser economista, ocupando una casita de una pieza cerca del basural Presidente Ibáñez.

"Pero yo no sirvo para el jubileo", continuó diciendo Porotito, "por manera que me puse a trabajar en el invento del remedio, que es un invento de mi mamita finada, porque ella no alcanzó a concluirlo. Era muy facultosa en medicinas de yerbas: decía que toda enfermedad se podía curar con las yerbecitas de los campos, desde la lepidia al mal de ojo. Empezó a buscar este remedio para la pelada cuando vio que se me caía el pelo. Me dijo: "No quiero que le pongan sobrenombre: cabeza de tuna, o cabeza de ésto o el otro". Y empezó a fabricar sus menjunges para librarme del oprobio. Me quería mucho porque decía que nací antes de tiempo y casi no viví. Después, para remate, me caí de la cuna y me dieron por muerto. Un poco más, y me encajonan vivo. Por eso, tal vez, digo yo, demoré tanto en aprender a hablar. Vine a decir *tata* y *mama* a los tres años, pues señor.

—“¿En qué se basa el remedio?—, le preguntamos al nuevo genio de la ciencia.

—“Mi mamita, que era morenita pero inteligente, se había fijado que todos los pelados eran peludos. Haga empelotarse a cualquier pelado, señor, y verá que tiene un bosque de pelos en el cuerpo. Entonces ella se hizo su sabiduría: "Cuando un cristiano es velludo, el alimento del pelo (porque el pelo come) se tiene

que repartir entre muchos pelitos, y entonces lo que sucede es que no hay bastante comida para todos, y los pelos más débiles se ponen tísicos, aflojan y se caen. Y como los menos resistentes son los de la cabeza, porque hay menos comida en el cuero cabelludo, que es puro pellejo pegado al hueso, entonces esos son los que se mueren”.

—“Es una teoría magnífica—, le decimos al divertido Porotito—; pero veamos en qué consiste el tratamiento. . .

—“El tratamiento, pues señor, decía la sabiduría que se hizo mi mamita, tiene que consistir en dos partes: *primera parte*, debilitar los pelos del cuerpo, quitándoles o descomponiéndoles la comida, hasta matarlos de hambre lo mismo que la sequía y la erosión matan el pasto; y, *segunda parte*, enriquecer el alimento de los pelos de la cabeza, ya sean los cabellos gruesos o los pelitos finos que quedan después de producirse la calvicie. Así que tenía que ser un tratamiento doble, con dos remedios distintos: uno matador, otro vividor.

“Mi mamita trabajó varios años buscando y combinando las yerbas de virtud. Cuando al fin descubrió la receta del remedio matador, yo ya estaba pelado. Pero ella me dijo llena de alegría: “No se le dé nada, mi huachito; con esta preparación le voy a arrancar de raíz la pelambre del cuerpo; después buscaré el remedio vividor y verá que su mama le hace salir una champa de pelo nuevo”.

“Y usted no lo creerá, señor, pero en un mes, en un mes justito, mi madre sabidosa me dejó el cuerpo tan limpio como el de un recién nacido. Tuve que usar camiseta: me sentía como oveja trasquilada (Y Porotito se abrió la camiseta y se subió los pantalones para mostrarnos su piel de lampiño definitivo).

—“Es prodigioso —le dijimos—. ¿Y qué pasó después?

—“Mi mamita falleció al año siguiente sin haber

alcanzado a descubrir el remedio vividor. Tuvo tiempo, eso sí, de dejarme por escrito la receta del remedio matador... Lo tuve guardado muchos años, hasta que volví a acordarme de él cuando quedé sin ocupación después que me caí del trapecio.

“Así es el destino del cristiano, señor. Quién hubiera dicho que por ese tute que me dí me iba a poner a trabajar en este descubrimiento tan bondadoso.

—“Luego, ¿usted es también yerbatero, Porotito?

—“Aprendí estas cosas desde niño, en Talca, viendo trabajar a la finada. Yo soy talquino, de la tierra más empresaria de Chile, que los santiaguinos no lo quieren reconocer. Allá se fabrican los fósforos contra incendio.

“Para no estirar el cuento: acabé por encontrar la fórmula del remedio vividor. Yo sé por qué la encontré: porque la finadita me había pasado el dato desde el cielo. Nunca hubiera dado con el secreto sin su inspiración desde la gloria eterna.

—“Pero, Porotito —le dijimos—, en su cabeza no se nota cambio alguno...

—“Así es, pues señor —contesta con un suspiro—. En mí, en el descubridor, el tratamiento no dio resultado. Parece que los dos remedios tienen que aplicarse juntos; en la de no, no resultan.

“Pero aguarde, señor. Para que vea que le estoy hablando de un triunfo y no de un “frascaso”: en un mes ya tengo a dos personas calvas con todo su pelo recuperado. ¡Es como un milagro! ¡Un milagro de Dios, no de este pobre tony aporreado! Ahí andan ahora esos dos señores, riéndose solos, rejuvenecidos, como si el pelo del cuerpo se les hubiera trasladado a la cabeza.

—“Eso es formidable, Porotito: usted convierte a los pelados-peludos en peludos-pelados.

—“¡Sí, señor! —exclama triunfal el popular artista circense—; ¡y el pelo nuevo sale sin canas, colorido y sedoso, como pelo de juventud!

—“¡Bravo!, —gritamos—. Los hombres como usted merecen bien de la patria. Vamos a tomarle una foto para ilustrar la entrevista. ¡A ver, que venga Morandé con la Leica!

—“Quiero que les digan a los lectores que éste no es un triunfo mío, sino de la gloriosa medicina yerbatera de Chile!—, termina diciéndonos nuestro entrevistado”.

Del basural al Banco de Chile

La burlona entrevista de *Periscopio* no contribuyó a sacar a Ongolmo Cabello de la obscuridad. El insignificante hombrecito siguió vegetando en su *casucha* (little house) de los alrededores del basural Presidente Ibáñez.

El nombre de este lugar, *rendez-vous* de ladrones y perros hambrientos, recuerda a un gobernante de aquel país *sui generis*. Hace muchos años, Carlos Ibáñez del Campo realizó un gobierno calamitoso y fue derribado del poder y obligado a huir al extranjero. Poco tiempo después, los tornadizos chileños lo aclamaron como al salvador de la nación y lo reeligieron por aplastante mayoría de votos. El día en que asumió el mando, Ibáñez apareció en los balcones de la Moñeda blandiendo una escoba. Durante su segunda administración tuvo ciento treinta y cinco Ministros de Estado; confió a un aviador la cartera de Educación y a un dentista la de Agricultura; despidió a un almirante por haber defendido la soberanía nacional en el canal Beagle; nombró jefe de policía a un garitero; desahució a centenares de funcionarios de carrera para reemplazarlos por once mil advenedizos; multiplicó por quince el presupuesto de gastos y por siete el costo de la vida; se subió su propio sueldo mientras prohibía elevar los de los obreros y empleados; soltó de las cárceles a cinco mil delinquentes y conmutó la pena de muerte a un criminal que

violó a una mujer delante de sus hijitas y luego asesinó a toda la familia. Al entregar el mando declaró: "He hecho un gobierno para cincuenta años". El basural no fue obra de Carlos Ibáñez, pero la posteridad le dio su nombre para guardar la tradición de que algún lugar geográfico perpetúe la memoria de los Presidentes.

Hasta ese apartado arrabal tuvieron que aventurarse las primeras personas que iban en busca de la portentosa restauración capilar. Como en los tiempos de magos y curanderos, los pacientes se daban la voz unos a otros, y acudían a la casita de Ongolmo con los pelos del cuerpo erizados por la ansiedad y la esperanza. Y de allí salían lampiños, como renacidos, llevando ahora erizada la cabellera cual un pasto que hubiera brotado del desierto...

Ya hemos visto que el tratamiento dura un mes cabal. Durante este tiempo y por espacio de una hora cada día, el enfermo (como decía Cabello) se somete a un baño de tina de temperatura moderada, que contiene la solución misteriosa del "remedio matador". Mientras esta sopa de yerbas hace su depilación radical en las zonas velludas, el "remedio vividor" opera sobre la cabeza, aplicado en la forma de una cataplasma de arena impregnada.

La instalación con que Cabello empezó a trabajar la hemos visto en el Museo Histórico Nacional. Todo se reduce a una bañera de fierro enlozado, que Porotito adquirió en un *cachureo*, como llaman en Chile a los mercados persas; un piso de baño, una palangana que servía de lavado y dos grandes tachos para calentar el agua.

Con este conmovedor equipo se supone que fueron tratados los primeros veinte o treinta "enfermos". Los nombres de algunos de ellos se encuentran también en el museo de Santiago; y esta lista de honor aparece encabezada por el retrato del señor Antonio García de la Huerta, propietario de un quick lunch de la Aveni-

da Independencia; "el primer habitante del mundo", según se lee al pie de la foto, "que no fue engañado con un remedio para la calvicie".

De improviso, la clientela empezó a aumentar en forma inquietante. El mísero establecimiento acabó por no dar abasto: la provisión de yerbas era insuficiente y no había espacio para instalar una segunda bañera. De otro lado, las finanzas de Porotito iban yendo a menos: cobraba honorarios que apenas cubrían los gastos y, en buenas cuentas, se estaba comiendo los ahorros que tenía depositados en el Banco de Chile.

Fueron estas circunstancias las que le aconsejaron mudarse a un sitio más espacioso y mejor ubicado. Para ésto se requería dinero, capital, y una mañana partió en el subway dispuesto a obtenerlo en préstamo. Su ignorancia en asuntos bancarios era perfecta y su único amigo en el Banco era un joven Ruiz-Tagle, que servía como mozo de órdenes del gerente general.

Debemos a este alto funcionario, don Salomón Yussef Sahid, el testimonio de lo que fue aquella incursión de Porotito en la centenaria casa de banca. Yussef es autor de un libro delicioso, *Memorias de un hombre de crédito*, y en él está la documentación fundamental sobre la vida de nuestro personaje.

Con su candor de avecilla mañanera, Porotito abordó al jefe de la Sección Ahorros y le zampó en una sola frase el motivo de su visita:

—Quiero pedir un préstamo, señor, eso sí que sin garantía, porque yo no tengo más que mi trabajo, con el objeto de agrandar mi negocio para el tratamiento de la caída del pelo.

Junto con decirlo, se quitó la boina y enjugó con el pañuelo su cráneo lustroso como bola de billar. Estalló una inmediata carcajada del público apiñado en la ventanilla.

—¿De qué se ríen? —preguntó espantado.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Qué les pasa?

—¡Ja, ja, ja, ja!

—No puedo ofrecer garantía. ¿Se ríen por eso?

—¡Ja, ja, ja! ¡Tratamiento para el pelo!... ¡Ja, ja, ja, ja!

Cuando las risas le permitieron hablar, el jefe le explicó, riéndose él mismo como un desafortunado, que la Sección Ahorros no concedía préstamos, y mucho menos sin garantía, y muchísimo menos para financiar industrias de resultados tan evidentes. ¡Ja, ja, ja!

—Usted no me conoce, señor; no sabe con quién está hablando. Por lo tanto, usted y el respetable público hacen mal en reirse.

—¡Ja, ja—! ¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—Iré a hablar con el señor gerente. Espero que él será más cultivado para tratar a la clientela. Van a ver no más.

—Entre a la gerencia con la boina puesta —le aconsejó el jefe en un final acceso de risa.

“Lo ví aparecer en mi oficina, todo azorado, la boina calada hasta las orejas”, refiere don Salomón Yussef en sus *Memorias*.

“Pero tan pronto miró mi frente y mi coronilla, se le iluminó la faz, sonrió y exhaló un suspiro de satisfacción. Cuando Porotito veía una calva, y especialmente una calvatrueno como la mía, se entusiasmaba como una matrona ante un vientre embarazado.

“Nunca olvidaré mi entrevista con él, y estoy cierto de que él también se acordó de mí por el resto de su vida.

“Sentado en un sillón que le quedaba grande, me contó el mal rato que acababan de hacerle pasar. Le expliqué que los reglamentos del Banco, por desgracia, no consultaban un caso como el suyo y que nada podíamos hacer en su ayuda.

—“Mi remedio no falla, señor —me dijo con énfasis.

—“Don Ongolmo —le dije a mi vez—, está científicamente probado que esta enfermedad es incurable, ya se trate de alopecia incipiente o de atriquia común, de calvicie espontánea o morbosa, de pelada acromática o vitiligo leproso. Para eso se escribieron los tratados concluyentes de Barbé, Brocq y Dubreuilli. La calvicie es definitiva como en *El hombre de la calva* de Rembrandt y en la *Venus calva* de los romanos ¿Remedios? Ja, ja, ja. ¡A quién le vienen a hablar de remedios!

—“El mío no lo ha probado, señor —insistió Ongolmo—. En treinta días me obligo a restaurarle su cabellera. Hasta ahora no he tenido ni un solo “frascaso”. Si el Banco me presta plata para mudarme y para poner dos tinas más, con su buen calentador de agua en vez de los tachos a leña, yo le aseguro, señor, que esto será un negocio muy industrialioso.

—“Lo malo es, para colmo —le contesté—, que a los Bancos no les preocupa que los negocios sean o no industriales; únicamente les interesa que el dinero que prestan no corra el riesgo de perderse; y para ésto se exigen las garantías...

“Viendo que su cara se cubría de sombras, quise reanimarlo haciendo algún recuerdo simpático de su vida en la pista. Después de todo, era para mí un descanso mental el poder departir con un tony. Supe entonces que Porotito era el creador de uno de los grandes números cómicos de los circos chileños. Yo recordaba haberlo visto en la carpa de Urmeneta hacía muchos años, y su evocación por el propio ejecutante me hizo revivir aquella escena que presencié con mis hijos en una *matiné* de Fiestas Patrias.

—“La atracción del circo —contó Porotito—, había sido nuestra domadora de leones, la señora Matilde Infante de Huneeus: una mujer maciza, enorme, con ojos de loca. Decían que era de una familia “de campanillas”, de esas que capotaron en la Bolsa y les entregaron el país a los turcos. Esta señora hacía un nú-

mero con un león como de cien años de edad, que ya apenas meneaba la cola. Antes de la función, para embriagarlo, le daban aguardiente con pólvora, la "chupilca del diablo" que empinaron los soldados chilenos para ir a tomarse el Morro de Arica. Una noche, un gracioso le dio al pobre animal una ración triple de ese brebaje del infierno, y cuando lo entraron a la pista estaba que no veía de curado. Nunca se había visto a la gente reirse como se rió esa vez, y la verdadera fiera era la domadora, que se paseaba por la jaula rugiendo y tirando patadas. A consecuencia de la borrachera, el león Matusalén amaneció muerto y le vendieron el cadáver a un fabricante de salchichas. La señora Huneus estaba hecha una leona y demoró tres días en tranquilizarse. Por fin me atreví a acercármele y le dije: "No se le dé nada, señora Matildita; ya le tengo solucionado su problema. En vez de domar leones, usted va a domar maridos. Escúcheme. No se excite. Deje el látigo en su sitio. Usted va a ser la primera domadora de maridos que se haya visto en el mundo. Se la van a pelear los empresarios; va a ganar una fortuna. Yo seré su marido en la carpa. Me vestiré de caballero trasnochado, y como le llego apenas a la línea baja, usted hará conmigo lo que quiera"... Total, señor, ensayamos el número y debutamos con una propaganda inmensa por toda la ciudad".

"A estas alturas del relato de Porotito, ya estaba yo riéndome a borbotones, y Ruiz-Tagle se asomó dos veces pensando que me había dado un ataque.

—"Fue el éxito más grande de la temporada —prosiguió el tony—. Alrededor de la pista se habían colocado unos obstáculos que proporcionó Mr. Guillermo, el del número de los gansos amaestrados. Entramos al redondel al son de pitos y tambóres: la señora Matilde con su uniforme rojo, de charreteras de oro, bicornio y botas altas, armada de su látigo restallante; y yo, todo apequenado, de levita, tarro de pelo y polainas blan-

cas. Junto con presentarnos se abrieron las compuertas de la risa. Dí un par de vueltas al trotecito, dirigido por los chasquidos del látigo en el aire. La gente aullaba y se paraba en los asientos. Se me ordenó detenerme. Obedecí temblando. “¡De rodillas!”, bramó la domadora. Caí hincado a sus pies, las manos implorantes. “¡Badulaque! ¿Dónde anduviste anoche?”. “Salí a pasearme a la vereda, amada mía”. “¿En esa facha? ¡Follón! ¡Díme que me mientes!”. “Te digo que te miento, dulce queridita”. Y me caía encima una lluvia de azotes, mientras la concurrencia pataleaba de risa. “¡Albóndiga humana! ¡Entrégame la billetera!”. Yo se la entregaba. Zás huascazo. “¡Forúnculo! ¡Espínilla! ¡Dáme las llaves del departamento!”. Allá iban las llaves. Zás chicotazo. “¡Prieta! ¡Ñoqui! ¡Sácate los zapatos!”. Me quitaba los zapatos. Zás latigazo. “¡Dáte una vuelta de carnero!”. “Sí, luz de misojos”. Y me daba la vuelta de carnero entre una nube de aserrín. “¡Baila el baile rusol”. “Sí, aire de mis pulmones”. Y me ponía a bailar en cuclillas. “¡Haz la danza del vientre!”. “Sí, inflador de mi corazón”. Y ejecutaba el baile de la bayadera. Los espectadores chillaban, hipaban, se peían. Un señor gordo gritaba en los palcos: “¡Socorro, me ahogo!”. Con un par de zurriagazos se me ordenó ponerme en cuatro pies, y terminó el número con dos vueltas completas a la pista saltando los obstáculos de los gansos. Tuvimos que salir a escena ocho veces para agradecer la ovación. La señora Matilde me llevaba en los brazos, como a una criatura, y esto era el delirio del triunfo cómico. Lo cierto es que yo estaba inconsciente: me había desmayado en esa tormenta de latigazos.

“Hicimos dos años *el Marido Amaestrado* —terminó diciendo don Ongolmo—. Un buen día la señora Huneeus peleó con el señor Urmeneta, o se cabreó de la vida de carpa; el hecho es que no volvimos a verla. Mucho tiempo después supe que había puesto una casa de remolienda”.

—“Porotito —le dije, todavía revolviéndome de risa—, ¿cuánto necesita para seguir trabajando?”

—“Yo ya no trabajo en el circo, señor.

—“Me refiero a su tratamiento de la calvicie.

—“Prontamente no sé cuánto es lo que necesito, señor; pero creo que alcanzaría con unos cincuenta pares de medias *.

—“Bueno —le dije—: se le conceden los cincuenta pares de medias, pero sujeto a una condición: que me demuestre la eficacia de su remedio en mi propia cabeza”.

* En Chile existe una moneda simbólica para precaverse de las fluctuaciones cambiarias. La antigua aristocracia agrícola usó con este objeto el saco de trigo; la plutocracia textil que hoy controla el país introdujo como patrón regulador la media nylon.

Porotito de triunfo en triunfo

Al día subsiguiente se inició el tratamiento en el domicilio del señor Yussef, palacio de estilo morisco situado en la avenida Harún al Raschid del suntuoso barrio Apuquindo.

Diariamente, de 7 a 8 de la mañana, el banquero se sometía a la doble disciplina del baño de yerbas macedadas y de la cataplasma de arena impregnada, mientras dictaba su correspondencia a una mecanógrafa electrónica o veía el noticiario matutino en la pantalla de televisión en relieve.

Al empezar la segunda semana, don Salomón observó que el recio vello que cubría su cuerpo empezaba a desprenderse.

—Ya está pelechando —diagnosticó Porotito—; quiere decir que vá bien la custión.

—Pero, ¿está seguro de... de descalvizarme?

—¿Qué es "descalvizar"? —preguntó Ongolmo.

—Hacer reaparecer la cabellera —dijo Yussef—. ¡Cristol, creo que acabo de inventar un verbo, Porotito... Esto parece sintomático.

—“Desclavizar”... —dijo Ongolmo adoptando de una vez y para siempre la construcción equivocada—. ¡Claro que hacía falta esa palabra! Usted lo está diciendo, señor: el remedio es automático.

A la tercera semana, Yussef perdió los últimos vestigios del vello corporal, y fue necesario llamar a un

hombrecito (especie de arrégalo-todo, muy común en Chile) para que sacara del desagüe ese taco de pelos.

El último día de los treinta estipulados le dijo Porotito a su maravillado cliente:

—Vaya comprándose un frasco de gomina y una peineta irrompible. Mírese al espejo. Ahí están apareciendo los primeros pelitos.

Don Salomón salió fuera de la bañera y se contempló en el espejo del lavatorio. Contuvo el aliento, pestañeando de prisa y haciendo tics nerviosos, y de pronto salió disparado llamando a su esposa. Cruzó el living del piso superior y penetró como una ráfaga en los dormitorios.

—¡Mujer! ¡Mujer! —gritaba atragantándose.

—La señora está en el jardín —oyó que le decía espantada la mucama.

Bajó las escaleras de dos en dos escalones y atravesó los prados de césped que daban a la avenida.

—¡Hijita! ¡Fíjate que resultó...!

La señora Yussef lanzó un grito. Rechinaron los frenos de un automóvil y de un camión lechero. De la calle y de las ventanas de las casas vecinas se elevó un surtidor de carcajadas.

—¡Salomón! ¡Estás desnudo...!

—¡Resultó! ¡El pelo sale, sale!

—¡Estás en cueros! ¡Entrate para adentro, hijito por Dios!

Y la horrorizada señora corrió a empujar a aquel caballero sesentón, pañzudo, prestigioso, influyente y totalmente desnudo, al que fue preciso tender en un sofá para hacerle recobrar el dominio de sus nervios.

Media hora después, mientras tomaban el desayuno, el señor Yussef le decía al prodigioso yerbatero:

—Nunca tuve fe en su sistema. ¡Cómo iba a tenerla, si hasta ayer todos los descalvizadores habían sido unos charlatanes!... Y qué verbo tenemos ahora, ¿eh?. DESCALVIZAR. Es perfecto, no porque sea yo el que lo

descubrió... ¿Cincuenta pares de medias era lo que usted necesitaba? Pues ahí vá su cheque. Y no es el Banco el que se las presta: se las doy yo. Son sus honorarios.

A las 9 salieron para la ciudad en el Rolls-Royce de don Salomón, fumando sendos habanos y charlando y riéndose como unos muchachos.

Al despedirse en el hall del Banco, Yussef metió otro puro en el bolsillo del pañuelo de su amigo y le estrechó la mano con efusión.

—Venga a verme, Porotito. No deje de hacerlo. Y cualquiera cosa que se le ofrezca, cualquiera necesidad que tenga, me tiene a su disposición.

—Muchas gracias, señor.

—Soy yo el que debe dar las gracias. Lo que usted ha hecho es un milagro y no me cabe duda de que va a ser famoso. Lástima que el Banco no pueda ayudarle. Ya sabe: las garantías...

Caminando con dignidad, Porotito se dirigió a la Sección Ahorros y mandó llamar al jefe. Tenía "sangre en el ojo", como dicen en su país, y la venganza es dulce.

—Señor jefe de Ahorros —empezó diciéndole con calma—, voy a depositar en mi cuenta este chequcito de don Salomón Yussef Sahid, si usted no tiene inconveniente.

Le arrancó al puro dos o tres bocanadas de humo, hizo con la última una serie de anillos que ascendieron como aureolas de santo, y prosiguió:

—Dicha suma, equivalente a cincuenta pares de medias nylon Betinyani stretch first quality, M. R., corresponde a los honorarios cobrados por haberle hecho salir pelo al gerente de este Banco. Si lo pone en duda, asómese a su oficina y mírele la cabeza. ¿Un cigarro? —y le alargó el super Corona protegido por un tubo de vidrio y fajado con etiqueta especial: "SALOMÓN YUSSEF, SANTIAGO DE CHILE".

El hombre que no usaba peluca

Leemos en las *Memorias de un hombre de crédito*:

“El lector curioso querrá saber qué le acontece a un calvo que de la noche a la mañana se encuentra de nuevo peinando frondosos cabellos.

“Ciertamente que esta experiencia, desconocida hasta hace poco por la humanidad, merece ser descrita; y mi testimonio personal proviene de una de las primeras personas que fueron descalvizadas en el mundo.

“El hecho de que haya salido desnudo a participárselo a mi esposa, poniendo en conmoción a mis vecinos, creo que basta para explicar la loca alegría que puede proporcionarnos la derrota de la calvicie.

“La caída del pelo es el primer mensaje de vejez y de muerte que nos manda el tiempo. Recobrar la mata capilar ha sido un sueño acariciado durante siglos, porque sentíamos que ésta sería la primera batalla ganada en la conquista de la perenne juventud.

“Yo rejuvenecí, como rejuvenecen mis cófrades de cada día. Pero es preciso aclarar el concepto: rejuvenecemos *interiormente*, se hace joven nuestro espíritu cuando surge en el cráneo desolado esa vegetación divina de la mocedad. El espejo nos da los buenos días con un guiño amistoso. Las manos juguetean con el tesoro recuperado como el avaro con las monedas de su bolsa. La loción y la peineta han recuperado sus prescritos derechos y deberes, ¡y qué placer inefable es ir

uno mismo a la farmacia y renovar la provisión! ¡Las farmacias: esos pulcros y gratos lugares, adornados con anuncios llenos de encanto y de saudade: *Gomina "Gentleman"*; *Brille en la vida con Brillantina "Brillasol"*; *Para la caspa y seborrea, "Seborreol 18"*.

"La descalvización es una aliada de la cirugía estética: nos dá un rostro nuevo, o mejor, nos devuelve el antiguo, que teníamos olvidado. Y los efectos de este portento son emocionantes. Autorizado por mi esposa, referiré una escena de nuestra intimidad. Al ver mi cabellera totalmente reconstituída, espesa y sin una sola cana, ella se echó en mis brazos llorando de amor y alegría y exclamando: "¡Querido mío! ¡Así eras cuando te conocí!".

"Nuestros amigos nos miran con estupefacción, la-dean la cabeza, hacen gestos absurdos y terminan soltando estrepitosas carcajadas. Recuperar el pelo es algo sorprendente, conmovedor e hilarante.

"En mis primeros días de descalvizado, la curiosidad hizo presa del personal del Banco y no menos de un centenar de empleados hallaron el pretexto para introducirse en mi oficina y echarme una ojeada. Me imagino que durante una semana o dos no han hablado de otra cosa.

" En cuanto a los clientes, tuve que recurrir a la paciencia para contarles a todos, uno por uno, la historia del descubrimiento de Porotito. Como muchos de ellos eran calvos, tenía que perder todavía un tiempo adicional explicándoles el complicado derrotero que debía llevarles a la casita del basural.

"Por esos días necesité renovar mi cédula de identidad, y lo que pasó con este motivo no puedo dejarlo en el tintero.

"Se habían llenado los requisitos de rigor y me disponía a pasar a la fotografía, cuando el funcionario me hizo esta advertencia:

—“Para fotografiarse va a tener que quitarse la peluca.

—“¿Qué peluca? Yo no uso peluca.

—“Señor . . . , en su ficha dice “calvo”, y lo comprueba bien claramente la foto de su cédula.

—“Pues, mi amigo, no hay tal peluca. Lo que sucede es que me salió pelo.

—“Señor Yussef —me contestó en tono impaciente—; tenemos mucho que hacer para perder el tiempo escuchando bromas.

—“No estoy bromeando, y seguramente tengo más que hacer que usted —repliqué ya algo incómodo—. Así es que me hace el favor de poner en donde corresponda: “calvo descalvizado”, que es la palabra correcta, y me despacha en seguida.

—“Señor Yussef —porfió todavía el majadero—, no estamos aquí para que nos tomen para el fideo.

—“¡Bueno! —corté—; ¡compruebe con sus manos si lo que tengo es pelo de cristiano o de camello!— —Y me agaché poniendo la cabeza al alcance de sus dedos.

“El mequetrefe aquél vaciló un instante, miró a la cola de gente que esperaba turno, y me dio un tirón de mechás que por poco me hace aullar. Retiró la mano como si hubiese recibido un golpe eléctrico, y se me quedó mirando boquiabierto.

—“Conque peluca, ¿eh? —le dije con sonrisa de tigre.

“Seguía contemplándome de hito en hito. Al fin dijo:

—“Entonces . . . , usted no es el señor Salomón Yussef.

—“¿Qué dice . . . ? —exclamé fuera de mis casillas.

—“Lo que digo es que usted va a tener que probar su identidad.

—“Pero ¿qué se imagina el pelagatos? —grité enfurecido—. ¿Dónde está la oficina de su jefe?

—“Está ahí al frente, señor. Y vamos a ir juntos a verlo. No voy a aceptar que me falte al respeto.

“Entramos jadeando de ira en el despacho del jefe de Identificación. Don Isaac Kaplún era un hombre joven, atento y completamente calvo. Con una persona así podía uno entenderse.

—“Soy el gerente del Banco de Chile —expliqué—, y vengo a quejarme de que este individuo me acusa del delito de suplantación de persona.

—“¡Me llamó pelagatos, señor! ¡Exijo que me dé explicaciones!

—“¡Cállese, Undurraga! —le ordenó el jefe—. Tome asiento, señor gerente. Estoy para servirlo.

—“Gracias, señor. Ocurre, pues, que he venido a renovar mi carnet y no puedo convencer a este sujeto de que he sido descalvizado. Primero supuso que usaba peluca; y después de que casi me arranca el pelo de un manotón, me trató de impostor.

“El señor Kaplún fijó en mí unos ojos dilatados por el asombro y la esperanza.

—“Espere usted, señor gerente... Permítame que le pregunte...: ¿es verdad entonces que están curando la calvicie?

—“Tan verdad, señor, como que usted y yo estamos frente a frente.

—“Qué maravilla! —exclamó aquel hombre desde el alma—. Lo había leído en una revista, pero no lo creí. ¡Publican tanta estupidez los periodistas! Para colmo, tomaban al inventor a la chacota. Esto debió hacerme sospechar que se trataba de algo serio.

“El señor Kaplún me retuvo por más tiempo del que yo podía concederle. No se decidía a soltar al portador de la buena nueva. Es ocioso decir que tuve que darle las señas de Porotito, para el cual, como se ve, hacía yo las veces de agente comercial *ad honores*.

“En cuestión de minutos quedó fotografiada mi nueva faz y puesta al día mi cédula de identidad”.

Entra en acción Isaac Kaplún

Ongolmo Cabello se había trasladado a la calle Bombero Núñez, casi a los pies del cerro St. Cristóbal. Ocupaba una casita de un piso, malamente refaccionada, donde antes hubo un taller de gasfitería y reparaciones de bicicletas. No se veía letrero ni señal en el frontis, pero una fila de cinco o seis automóviles estacionados indicaba que allí vivía el yerbatero inaudito. Para más señas, una carretilla cargada con yerbas y tirada por un mocetón descamisado, entraba de tiempo en tiempo a la casa.

Porotito atendía de guardapolvo, boina y botas de goma. Era un doctor al que no había nada que explicar: bastaba con quitarse el sombrero y sonreír. El sonreía a su vez con un guiño malicioso, como sonríe la patrona de una casa de citas, y hacía pasar al cliente.

Sin embargo, cosa curiosa, a Isaac Kaplún no lo hizo pasar.

—Tengo todas las horas dadas hasta la otra semana. Estamos para servirlo y mejorarlo, mi caballero, pero no hay caso antes del martes.

—¿Tanta gente viene a verlo? —preguntó admirado Kaplún.

—Esto es como traste de mula en tiempo de moscas. Dése una vueltecita el lunes, en la tardecita, a ver si le hacemos un huequito.

—Soy funcionario de Investigaciones —le hizo saber Isaac—, y vengo recomendado por don Salomón Yussef. ¿No podemos empezar antes?

—Viene de parte de don Salomón... Bueno, por tratarse de ese caballero, véngase pasado mañana —consultó una libreta—, pasado mañana, tipo siete de la tarde.

—Conforme —dijo Kaplún y le dio su nombre para que lo inscribiera. Al despedirse le preguntó el importe de sus servicios.

—Para usted, por ser amigo de don Salomón, serán unas veinticinco Betinyanis —contestó Porotito—. Es lo menos que se puede pedir, con los gastos que tenemos...

Isaac Kaplún contaba treinta y ocho años de edad y era un hombre imaginativo y ambicioso. No estaba destinado a jubilar como empleado público. Le hemos visto entrar en escena por una simple carambola de la suerte (obra del atolondrado Undurraga), y pronto va a demostrarnos cómo acostumbraba expedirse cuando una oportunidad le salía al paso.

Al volver a casa de Porotito, en la tarde subsiguiente, encontró la consabida cola de automóviles (uno de ellos con patente de diplomático) y percibió un aroma de yerbas silvestres que la brisa esparcía por la vecindad.

En los primeros días, Isaac no despegó los labios. Se sometía al baño y la cataplasma sin hacer mucho caso de Porotito ni de los señores que ocupaban las otras bañeras. Eso sí que observaba. El establecimiento se componía de una sala de baños, dotada de tres tinas ordinarias y de una ducha, una salita de espera amoblada con sillas de mimbre, y un sucucho que hacía las veces de camarín. En algún cuarto interior debían estar el calentador del agua, el depósito de yerbas y el mortero o molinillo en que eran maceradas. Constituían el personal dos *hombrecitos* que indistintamente se ocupaban en recolectar y transportar las yerbas, en

preparar los baños, destapar los desagües y asear la casa. Como enemigos de la especialización, podían también arreglar el califont, cocinar, hacer las cataplasmas de arena, componer los tapones de la luz y el timbre de la puerta de calle, pintar las murallas y, en una palabra, llevar a cabo cualquier trabajo de carpintería, hojalatería, electricidad, albañilería y mecánica. Todo lo hacían mal, pero lo hacían todo.

La clínica descalvizadora atraía a más clientes de los que era capaz de atender. A toda hora del día estaban las tres bañeras ocupadas, mientras que en la salita de espera relucían las calvas destinadas a reanudar relaciones con la peineta.

Al finalizar la segunda semana de su tratamiento —con el cuerpo ya depilado y la cabeza poblándose de rojizos cabellos—, Isaac tenía sus planes en la mente, y por la noche invitó a Porotito a cenar en un restaurante de la plazuela Gamal Abdel Nasser.

—Vamos a hablar de negocios —le dijo mientras se sentaban a la mesa—. Supongo que se habrá dado cuenta de que es dueño de una mina de oro... una mina harto mal explotada.

Porotito no pareció prestarle mucha atención. Durante los últimos días se le había visto como ensimismado, cosa anormal en su temperamento inmutable y risueño. Viendo que guardaba silencio, le preguntó su anfitrión qué era lo que le tenía así.

—Me acuerdo del circo —le contestó mirando a lo lejos.

Isaac lo contempló atónito.

—¿Piensa *todavía* en el circo...?

—Pienso siempre, señor. Usted no sabe lo que es la carpa. Cuando se ha pasado la vida a su sombra, no se puede uno acostumar afuera... El circo es como un navío, con mástiles y con tela de buque; es un barco de vela que se larga con el viento de la primavera y sale a recorrer pueblos y países... Un payaso se muere de pen-

sión fuera de la pista: le sale pasto en el corazón y se pone fatigoso como discurso de canuto... Yo le pido a Dios todas las noches que me devuelva la memoria para poder embarcarme otra vez en mi buque.

—Pero, don Ongolmo —le dijo Isaac tomándose la cabeza—, ¿se dá cuenta de lo que está diciendo? ¿Volver a la pista cuando está en camino de ganar millones? Si, señor, millones; no se sonría.

—¿De dónde saca eso, señor don Isaac? Los pelados (y no se ofenda, que usted ya dejó de serlo) me dan apenas para el puchero.

—¡Naturalmente, mientras usted no sepa valorizarse!... ¡Veinticinco Betinyanis! Eso es lo que me ha cobrado a mí. Saque sus cuentas: sale a menos de una Betinyani por sesión. Es decir, que por hacerme salir el pelo me pide lo mismo que un peluquero por cortármelo... No es culpa de los pelados: es culpa suya.

—Es cierto que cobro barato; no sirvo para judío —reconoció aquella alma de Dios—. Ya vé que don Salomón ni se arrugó para pagarme cincuenta Betinyanis.

—¿Se da cuenta, Porotito? Eso le está demostrando que no hablo por hablar.

—¿Pero usted cree que todos pagarían lo que pagó don Salomón?

—Eso y más todavía. Cualquiera que no sea un indigente le daría sin chistar ochenta Betinyanis. Recuperar el pelo es algo que está por encima de la fruslería del dinero. Y piense cuántos pelados habrá en esta ciudad de cuatro millones de habitantes. Aunque atendiera a doscientos o trescientos por mes, nunca llegaría a escasearle la clientela.

—Pero, señor, con sólo tres tinas no podría tratar ni a la décima parte...

—Yo no hablo de tres tinas: hablo de treinta. Y hablo de un local en pleno centro, con aire acondicionado, luz indirecta y personal de uniforme.

—¡Puh!... Pero eso costaría quién sabe cuántos millones, pues señor.

—Costaría una suma que yo puedo suscribir y pagar. Para que lo sepa: es todo lo que poseo: mi casa en Santiago y la quinta de mi esposa en Maipú; y estoy dispuesto a arriesgarlo con usted si nos asociamos.

—Si nos asociamos..., —dijo Porotito entre intimidado y deslumbrado—. O sea, que usted pondría la plata y yo... mi trabajo.

—Ni más ni menos. Usted sería el socio industrial y yo el financiero y apoderado. ¿Tiene su invento inscrito en la Oficina de Patentes?

—No; no se me ocurrió que hiciera falta patentarlo.

—Bueno —dijo Isaac—, esa es mi proposición. Piénselo, y un día de éstos me dirá qué es lo que ha decidido.

—En realidad —contestó Porotito—; me ha pillado como al queltehue, parado en una pata. Una cuestión tan grande hay que reflexionarla; no es llegar y tirarse el brinco.

—Por cierto que no. ¿Qué vino prefiere?

—Pongámosle tintoco, qué le parece.

—Conforme. ¡A ver, Tocornal, tráete un Yarur tinto reservado!

De Bombero Núñez a Matías Cousiño

Dos semanas después, Kaplún y Cabello eran socios. Por escritura firmada ante el Notario Israel Weisblüth Rosenblatt, Isaac Kaplún Rabenstein se comprometía a aportar el capital social, fijado en quince millones de pesos, mientras que Ongolmo Cabello Valdebenito concurría con la fórmula de que era descubridor y cuya patente había quedado inscrita a nombre de la sociedad. Las utilidades se repartirían como sigue: el sesenta por ciento para el socio capitalista y el cuarenta por ciento para el socio industrial. En su condición de gerente administrador, el socio capitalista gozaría además de una remuneración mensual equivalente a ocho sueldos vitales; y como apoderado de la firma podría "aceptar el ingreso de nuevos socios, transformar la sociedad limitada en sociedad anónima, contratar préstamos, hipotecar los bienes sociales y arrendar o vender el activo y pasivo de la sociedad, entendiéndose incluido entre sus bienes la patente del específico".

Al día siguiente de firmarse la escritura terminaba el tratamiento de Isaac. De esta circunstancia también supo el gerente sacar ventaja, porque en el debido momento le dijo a Porotito:

—Supongo que no va a pasarle la cuenta a su socio...

—Cómo se le ocurre, señor, que voy a hacer eso

—contestó ofendido Porotito.

—Lo cierto es que estoy sin chapa —remachó Kaplún mientras admiraba en el espejo su recuperada cabellera de color zanahoria—. Para ayudarle a sacar adelante su negocio he dejado mi empleo y he vendido hasta mis acciones del Colo-Colo *.

—Yo comprendo sus sacrificios y le agradezco su generosidad —expresó Ongolmo con emoción—. ¡Lo que faltaba es que le fuera a cobrar por haberlo “desclavizado”!...

El nuevo establecimiento se instaló en un moderno edificio de veinticuatro pisos de la calle Matías Cousiño esquina de Bernardo O'Higgins, frente a la estación principal del subway. Se gastaron cinco millones en la decoración de las salas de baño, hall de recepción y sala de espera. Bañeras, duchas, closets, muebles y luces indirectas costaron nueve millones. Fue necesario contratar un préstamo en el Banco Israelita para terminar las instalaciones y para hacer frente a los gastos iniciales.

Cada conquista de la técnica trae aparejada la creación de una terminología especial, y Kaplún necesitaba inventar un nombre genérico para este establecimiento sin precedentes. El ingenio zumbón de los chileños le llamó después *Pelódromo* (hair field), pero ¿era aquéllo un instituto, una clínica, un salón, una posta, un sanatorio, un gabinete o un vivero?

Como ninguna de estas denominaciones le pareciera adecuada, resolvió Isaac dejar la elección al tiempo. Cuando la palabra pelódromo apareció en la calle (que es donde se hace el idioma, y no en las academias), la saludó con una explosión de risa y la adoptó sin titubear. Pocos pueblos podrían competir con el chileno en la invención de sobrenombres. A una enfermera de hospital que tenía amores con todos los doc-

*Sociedad anónima chilena, dedicada a la explotación del fútbol. Controla un Banco y ha llegado a ser una influyente fuerza política.

torcitos practicantes, la llamaron "el buque escuela"; un introductor de diplomático sbrellevaba el apodo de "Vaselina"; un caballero que caminaba de prisa, encorvado y piernijunto, era conocido como "al fondo, arriba, a la izquierda".

Finalmente se dio al pelódromo el nombre oficial de *Instituto Pilotécnico*, el que fue colocado en el frontis del rascacielo, a la altura del entrepiso, en un letrero luminoso de llamativo color lila.

Con aquella propaganda hubiera bastado y sobrado; pero Kaplún recurrió a una táctica publicitaria cuyas consecuencias no pudo prever (¡y hagámosle justicia: nadie hubiese podido preverlas!).

El hecho es que organizó un cocktail de inauguración dedicado "a los representantes de la prensa, al cuerpo médico y al mundo político y social".

Entre el centenar de invitados —cuya lista publicóse con bombos y platillos—, destacaron los corresponsales de *Time* y de la *Associated Press* y un redactor en viaje de *Paris-Match*; el embajador del Perú, Excmo. Sr. Atahualpa Torre-Tagle; el presidente de la empresa, *El Mercurio*, don Agustín Edwards Abojatún; el director de *La Nación*, Sr. Alberto Silva; el director de *La Tarde*, don Remigio Silva; el director de *La Noche*, don Agátocles Silva; el Ministro de Finanzas don Fuad Betinyani; el gerente del Banco de Chile, don Salomón Yussef; el gerente del Banco Israelita, don Judas Judelevich; el presidente de la Sociedad Colo-Colo y director del Banco del Deporte, don Carlos Wing Izquierdo, y otros que sería largo enumerar.

En su estilo y tono característicos, *El Mercurio* decía al día siguiente en una información de quince líneas: "Con asistencia de distinguidas personalidades se inauguró ayer en Santiago el Instituto Pilotécnico, establecimiento que ha ensayado con buenos resultados la depilación del vello y la revigorización del cuera cabelludo".

La Nación trataba el suceso en primera plana y bajo título a cinco columnas: "YERBAS CHILENAS DERROTAN A LA CALVICIE POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DEL MUNDO". En un subtítular se leía: "El gerente del Banco de Chile y el embajador del Perú hablan para LA NACIÓN después de haber sido descalvizados".

"Gloria inmarcesible de nuestras mágicas plantas silvestres", decía el antiguo rotativo, "es la de haber triunfado sobre una de las más rebeldes enfermedades: la caída del cabello. Una humilde campesina de Talca y su hijo el popular tony Porotito, son los descubridores de la pasmosa medicina que se está aplicando en Chile con éxito infalible".

Después de hacer la historia de los específicos matador y vividor, *La Nación* transcribía las declaraciones de Yussef y de don Atahualpa Torre-Tagle.

—"¿Qué puede usted decirnos", le preguntaban al diplomático, "acerca del nuevo sistema anti-calvicie?".

—"Hay un hecho que habla por mí: ¡mi cabeza ha sido repoblada!", contestaba el embajador. "Este triunfo maravilloso de las yerbas de Chile ha venido a exaltar mi admiración y mi gratitud hacia vuestro espléndido país, tierra de flores fragantes y de mujeres hermosas, democracia progresista que los peruanos queremos con el corazón".

La revista *Periscopio* dedicó una página completa a "la victoria rotunda de Ongolmo Cabello, cuyo descubrimiento sensacional revelamos nosotros con anterioridad a cualquier otro órgano periodístico". La crónica estaba adornada con un enorme close-up del hombre del día, y debajo leíase: "Como esos genios que han derramado la felicidad sin ser ellos mismos felices, Porotito hace brotar los cabellos ajenos mientras se conforma con su destino paradójico de ser "el último calvo". En otro lugar de la información se reproducían las palabras de una eminencia médica asistente al cock-

tail: "Por primera vez la medicina debe inclinarse ante los sistemas naturistas. Esto es algo formidable: va a tener resonancia en los cuatro puntos cardinales".

La declaración del facultativo aparecía corroborada por una noticia que destacaba en cuadro aparte: "El método descalvizador comienza a llamar la atención más allá de las fronteras. Podemos informar que entre las personas que están siendo tratadas hay tres o cuatro que han venido expresamente desde el Perú, atraídas por las referencias contenidas en comunicaciones del embajador Torre-Tagle".

Chorro de dinero

El Instituto Pilotécnico ocupaba una mitad del entrepiso en el rascacielo Abubdala. Daba trabajo a seis hombrecitos uniformados de overoles caquis, a cuatro señoritas encargadas de la recepción, caja y camarines, y a dos empleados de oficina. La carretilla había sido reemplazada por un camión de cuatro mil libras (*El Camión Inglés Leyland*). Día por medio, el potente vehículo partía al alba hacia los cerros del cajón del Maipo, y bajo la experta vigilancia de Cabello se hacía la recolección de ortigas, yuyos, litros, zarzamoras y demás ingredientes de los baños matadores y cataplasmas vividoras. Estos cargamentos se depositaban en un cuarto *ad hoc*, en perfecto orden y clasificación, mientras que en el de al lado almacenaban la arena destinada a convertirse en barro humeante y oloroso, que se colocaba sobre las cabezas de los pacientes en almohadillas de seda atadas con un barboquejo. La sala de espera había sido habilitada como salón de lectura, con cómodos sillones y una mesa central donde podía hojearse la prensa del día y las últimas revistas americanas y europeas. Extractores de aire eliminaban el humo de los cigarros, y una música asordinada, de benéficos efectos sobre la mente y los nervios, dejábase oír tanto allí como en las salas de baños.

Esta elegancia desconocida para él, dejó a Porotito más desconcertado que admirado.

—¡Pero esto no va a haber cómo mantenerlo! —exclamó al ver el alhajamiento terminado.

—Lo mantendremos —contestó Isaac Kaplún—, cobrándole setenta y cinco Betinyanis a cada *aeródromo do moscas*. Así les llaman en Brasil a los pelados.

—¡Setenta y cinco Betinyanis! . . . ¡Pero eso es un platal!

—No crea usted. En la cabeza hay ciento veinte mil pelos; los que se caen son unos cincuenta mil; métele lápiz y verá entonces que cobramos sólo un peso cincuenta por cada pelo nuevo. Y toodavía queda la depilación del cuerpo, que es un obosequio de la casa.

—Así y todo, don Isaac, aquí no podrán entrar los pobres.

—A los pobres no se les cae el pelo. Es la única prenda de abrigo de la que aún no han sido despojados.

—Pero esa tarifa es cara hasta para los ricos —porfió Porotito.

—Si les cobráramos barato desconfiarían —respondió Kaplún—; porque ellos son los inventores de la carestía, y los precios módicos les parecen sospechosos. Por otra parte, no se olvide de ésto: la recuperación del pelo es un asunto de vanidad, y para la vanidad no hay precios bastante altos. Ejemplos: las joyas, las pieles, la senaturías. . . Usted ha inventado uno de los negocios más fáciles y pingües de la era moderna, y no tiene el derecho de malograrlo con sus escrúpulos de adventista del séptimo día. Cobraremos setenta y cinco Betinyanis como precio de propaganda; luego subiremos a cien. El que no quiera pagarlos, se queda con su cancha de aterrizaje para moscas.

Porotito cesó de discutir, pero se dijo para su coleteo que el socio estaba hablando “por no dejar”, como bellamente dicen en Chile. ¡Con tales tarifas no vendría nadie al “ititoto!”.

Así pensaba aquella alma candorosa... Pero al día siguiente del cocktail de inauguración las treinta bañeras embutidas fueron tomadas al asalto a las 9 de la mañana. Porotito e Isaac se miraban en silencio, un poco pálidos, plantados como postes en el hall de recepción. Los clientes recibían en la caja una tarjeta en cuyos bordes había treinta cuadraditos que debían ser perforados de a uno por día y contra pago anticipado del baño y la cataplasma respectivos.

En pos de aquellos tempranos caballeros comenzaron a llegar en desfile ininterrumpido los que se inscribirían para los turnos siguientes. Algunos se iban para volver una o dos horas después; otros pasaban a esperar al salón de lectura. Era una afluencia parecida a la de los prostíbulos californianos durante la fiebre del oro.

Como si esto fuera poco, un tropel de mujeres había irrumpido a la voz de que allí depilaban el vello por un procedimiento indoloro.

—¡No depilamos señoras! ¡No tenemos sección femenina! —gritaba Isaac entre ese piño de bellezas.

—Pongan biombos, o que los caballeros miren para otro lado! —sugirió una dama de rompe y rasga.

—¡No tenemos biombos —contestó Kaplún—, y los caballeros por ningún motivo mirarían para otro lado! ¡Señor Baquedano, ponga un letrero en la entrada advirtiéndole que este no es un depilatorio! Yo voy a *El Mercurio* a pedir que rectifiquen ese párrafo estúpido.

La intromisión de las mujeres fue a las postre contenida, pero otra corriente imprevista comenzaba a afluir al triunfante instituto. La prensa y la radio habían difundido la capilar noticia de norte a sur del país, y llegaban cartas de Viña del Mar, La Serena, Concepción y Valdivia pidiendo prospectos y fecha de admisión.

A las pocas semanas de haber abierto sus puertas.

el pelódromo funcionaba con las treinta bañeras ocupadas durante las ocho horas hábiles.

—Ahí tiene usted cómo marcha esto —le dijo una noche Kaplún a Porotito mientras, sudorosos y fatigados, tomaban una ducha reconfortante—. ¿Se da cuenta de que empezamos a no dar abasto?

—Así es, pues, don Isaaquito —contestó Ongolmo desde debajo del chorro que rebotaba en su calva—. ¡Por Dios que viene gente, ¿no? ¿Y quiere que le cuente? ¡Me llueven las propinas!... Es la ventaja, digo yo, de tener cara de poca cosa... ¡Si no me hincho de plata ahora, no me hincho nunca!

Propaganda en ochenta países

Aquello, sin embargo, no era más que el anuncio de lo que iba a venir. Mis lectores han visto que entre los invitados al cocktail de inauguración estaban el redactor en viaje de *Paris-Match* y los corresponsales de *Time* y de la Associated Press.

La noche misma de ese festejo, la agencia noticiosa despachó el cablegrama siguiente:

“SANTIAGO DE CHILE, miércoles 9 (A. P.).— El descubrimiento más resonante de los últimos años está siendo celebrado en esta capital. La calvicie, última enfermedad “incurable”, ha cedido ante el poder misterioso de dos remedios naturistas de aplicación externa. Unas doscientas personas habían sido descalvizadas sin ostentación por Ongolmo Valdebenito, hasta que un hábil empresario se asoció con él para instalar la clínica *sui generis* que acaba de inaugurarse. Entre las personalidades que certifican haber recuperado el cabello . . . , etc.”.

Este cable apareció a la mañana siguiente, vertido a decenas de idiomas y dialectos, en cinco mil quinientos diarios del mundo. Millones de lectores supieron la noticia en Londres, en Bagdad, en Tonkin, en Mendoza, en Durban, en Canberra, en Vailima, en

Moscú y en cada ciudad o pueblo de la tierra en donde se edita una hoja informativa.

Luego las ondas hertzianas de las broadcastings hicieron llegar la nueva a las selvas del Africa, a los atolones del Pacífico, a los puestos argentinos de la Antártida y a los barcos y bólidos aéreos que cruzaban cielos y mares.

Días después, el super magazine francés *Paris-Match*, con tiraje de millones de ejemplares, presentaba su información de cuatro páginas con títulos en mayúsculas: "CHILI, CIMETIERE DE LA CALVITIE"; "LA JEUNESSE ET L'AMOUR REVIENNENT CHEZ LES CHAUVES"; "LE PLUS GRAND MIRACLE MODERNE DEPUIS LE BOISEMENT DU SAHARA PAR LES FRANCAIS" *.

La crónica aparecía ilustrada con espectaculares fotos en multicolor. Una de ellas, a tamaño de página, presentaba a Ongolmo Cabello de pie, a cabeza descubierta y sonriéndole al lector con seráfico gesto. La leyenda decía: "Su calva es su peor propagandista, pero centenares de ex calvos proclaman agradecidos la eficacia de su tratamiento". En otra instantánea posaban don Salomón Yussef y don Atahualpa Torre-Tagle, sorprendidos por la cámara mientras departían cerca del *buffet*. Se leía debajo de este flash: "Un embajador y un banquero que ya pueden mesarse los cabellos. Yussef creó el verbo *descalvizar*, que en francés será *déchauver* y en inglés *to unbald*". Una tercera fotografía mostraba un panorama de Santiago, "la futura Meca de los *pelados*"; en otra veíase un aspecto de los baños del instituto, con un paciente sumergido en la solución depilante y la almohadilla de arena coronando su cabeza. Un bello close-up de las yerbas de virtud llevaba al pie este comentario: "Los componentes del remedio

*"Chile, cementerio de la calvicie"; "La juventud y el amor vuelven para los calvos"; "El más grande milagro moderno después de la forestación del Sahara por los franceses".

portentoso son en su mayoría plantas autóctonas del único país no tropical de la América del Sur. Para descalvizarse será menester viajar hasta Chile”.

En una parte del artículo, el redactor ilustraba a los eventuales viajeros con datos descriptivos del desconocido país:

“Chile es grande como Inglaterra y Francia reunidas, pero sólo tiene dieciocho millones de habitantes. Verdad es que difícilmente cabría una población mayor en esa faja de suelo invadida por la erosión y las dunas a consecuencia de la quemazón de sus bosques.

“La tierra verde de antaño es ahora una tierra calva, y parece una ironía del destino que la calvicie haya encontrado su remedio en esos arenales ondulados.

“Es éste un país de singular historia. En época lejana disputó al Perú la posesión de la pampa salitrea. Mientras sus soldados hacían prodigios de heroísmo, un financista de Londres compraba con toda calma los yacimientos; y al terminar la épica matanza los chileños se quedaron con el desierto y los ingleses con el salitre... Para evitar un nuevo conflicto limítrofe, el victorioso Chile cedió a la Argentina dos tercios de su territorio (1.500.000 Kms².) que sus peritos Barros Araña y Vucuña Mackenna declararon “tierra inútil”. En la Patagonia los argentinos descubrieron petróleo y desarrollaron fabulosas crianzas de ganado. Mackenna y Araña tienen ahora monumentos, pero no en Buenos Aires, como pudiera creerse, sino en Santiago de Chile... Para mantener la amistad y el suministro de carne del país hermano, los chileños continuaron cediendo territorios hasta entregar la provincia de Magallanes. Actualmente está en litigio la provincia de Aysen.

“Santiago es hoy una gran ciudad; sólo hay veinte capitales más pobladas que ella en el mundo. Sin embargo, los asientos de su subway son destruidos con cortes de navaja, y las fachadas de los edificios conservan

como estigmas los nombres de los últimos candidatos a la Presidencia, escritos con alquitrán: Soto, Lanas, Abusleme, Allende, Goldstein, Chacrur y Pico. Aunque este último parece ser el ídolo de los chileños, a juzgar por la frecuencia con que aparece su apellido, triunfó en las urnas Boabdil Chacrur Atala, un hombre de méritos, nieto de un conductor de camellos en las rutas de Arabia.

"Boabdil Chacrur, moreno, recio y simpático, está haciendo un gobierno progresista con la colaboración de su Ministro de Finanzas, Fuad Betinyani, fundador de un consorcio de fábricas de medias nylon. Durante la administración de estos estadistas se han construido los suntuosos hoteles Carlton, Abdullah y Pedro de Valdivia, y elegantes villas residenciales comienzan a invadir las faldas del cerro St. Cristóbal. La capital chilena está hoy a cinco horas de vuelo de Nueva York. Los Bólidos DC-25 de la Panagra se anuncian con un slogan que abre el apetito: "*¡Desayuno en el Hudson, almuerzo en el Mapocho!*".

Chile, Chile... El país más remoto de la tierra había vuelto a llamar la atención del mundo, olvidado de él por completo desde los días en que Gabriela Mistral obtuviera el Premio Nóbel de Literatura. Millares de personas debieron buscarlo en los mapas, ignorando si caería por las Guayanas, Colombia o Paraguay.

¡Imaginad lo que habría costado a su gobierno aquella bomba publicitaria si hubiese tenido que pagarla!

Cuando *Paris-Match* llegó a Santiago, fue exhibida en los quioscos de periódicos y en las vitrinas de las librerías mostrando la información del *Cimetière de la calvitie*. Esa mañana Ongolmo caminaba desprevenido en dirección al instituto, cuando tropezó con su propio retrato destacado entre figuras de cowboys y bellezas del cine. Su primera reacción fue preguntarse: "¿Dónde he visto a ese traro?". En seguida exclamó: "¡Si soy

yo, por la flauta!". Se precipitó a comprar la revista y luego corrió por Matías Cousiño hasta el edificio Abubdala. Allí se encontró con una algazara inusitada. Todos habían comprado el magazine, y cuando lo vieron entrar con el suyo, agitándolo como un trofeo, estallaron las carcajadas de las señoritas y los hombrecitos.

—¡Ahora sí que será famoso! —le dijo Baquedano, el tenedor de libros.

—¡También salgo yo! —exclamaba uno de los bañeros—. ¡Al fondo, ¿se fija? Me sacaron con los ojos cerrados.

—El que pestañea pierde —le contestó Ongolmo—. Lo frito es que esta custión está en inglés.

—En francés —le corrigió la cajera—. ¿No ve que hablan de la juventud y del amor? Si estuviera en inglés se hablaría de la plata que va a dejar el negocio.

Otro coro de risas saludó la entrada de Isaac, que ostentaba su *Paris-Match* creyéndose el portador de una primicia. Al ver que había allí una docena de ejemplares, puso cara de chasco y se guardó el suyo en el bolsillo.

—¡Por poco agotamos la edición! —exclamó—. ¿Qué tal, Porotito? ¿Cómo le va pareciendo la propaganda?

—Como se pide, pues señor. Eso sí que quisiera saber qué dicen de usted y de mí.

—De usted dicen que piensa comprarse un tren.

—¡Un tren...! —dijeron todos.

—Es la verdad no más —contestó el hombre que acababa de asombrar al mundo—. El señor de la revista me preguntó cuál era mi anhelo más grande en la vida. Yo no entendí qué tenía que ver eso con la "desclavización", pero le contesté, ya que quería saberlo, que mis dos anhelos más grandes eran volver un día a la pista y tener un tren eléctrico.

—¡Un tren! ¿Y para qué?

—Para tenerlo en mi casa, pues don Isaac. Si es un tren de juguete, al depórver... ¿Por qué se ríen?

Siguieron riéndose, riéndose hasta llorar, como sólo podemos hacerlo cuando *no comprendemos*.

Llegaban ya los primeros pacientes, y las risas continuaban. No eran risas crueles ni mordaces; eran frescas risas de circo...

Sentado en el sillón de su escritorio, Isaac releyó el artículo que lanzaba a Ongolmo Cabello a la gloria. Se detuvo a mirar su fotografía, reproducida por las prensas siete millones de veces. Era una singular fotografía. Daba la impresión de que Porotito no se sostenía sobre los pies, como si flotase a una pulgada por encima del suelo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Se desata la demanda en Norteamérica

No había transcurrido una semana cuando llegó a manos de Kaplún una citación urgente del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El Ministerio de Relaciones ocupa la trasera del palacio presidencial de la Moñeda, el único edificio español que los chilenos dejaron en pie en la guerra de la Independencia. Es un pequeño Kremlin de tres pisos y dos grandes patios interiores, de ventanas protegidas con barrotes de fierro forjado y accesible por sendos portones que permiten utilizarlo como pasaje público. Gentes de todas cataduras transitan por allí bajo la mirada distraída de uno o dos *pacos* (native policemen) de la guardia del Presidente. Me detengo en esta peculiaridad de la Moñeda para hacerle justicia a la cultura cívica de los chileños, a los que se ha llamado los ingleses de la América del Sur (La comparación tiene cierta base relativa, aunque los británicos no acostumbramos a hacer cosas tales como llamar en broma a los bomberos, meter colillas encendidas en los buzones o publicar avisos de defunción de personas que gozan de perfecta salud).

Habían citado a Kaplún para hacerle saber que desde distintos países estaban llegando comunicaciones referentes al Instituto Pilotécnico. El funcionario que le atendía le mostró las notas recibidas de las Emba-

jadas en Buenos Aires, Lima, Brasilia y París y del Consulado en Nueva York.

—¿Qué es lo que desean averiguar? —preguntó Isaac tratando de ocultar su ansiedad.

Tomó el cable de Nueva York y fue palideciendo a medida que leía:

“Solicítanse pormenores de escalvización. Stop. Millares de visitas y llamadas telefónicas desde N. Y. y Estados. Stop. Informen sobre disponibilidades hoteles Santiago. Stop. Respuesta urgente.

CÓNSUL MUSALEM”.

—¿Qué hacemos? —preguntó el funcionario.

—Esto es serio —dijo Kaplún con voz alterada—. Nunca me imaginé las consecuencias de un telegrama de la Associated Press.

Caminó por la oficina rascándose la cabeza. Al fin dijo:

—Me pillan de sorpresa... Podríamos recibir a algunos, a unos pocos, pero no a esa turba... Déme tiempo hasta mañana —dijo por último—. ¿Puedo llevarme el cable? Creo que voy a necesitarlo.

—Lléveselo, señor Kaplún.

Salió Isaac a la calle con el corazón trepidándole. Pasó el resto de la mañana encerrado en su escritorio, meditando, haciendo números y fumando como una chimenea. A la hora de almuerzo conferenció con su esposa. Desde que vendieron la casa vivían en un departamento vecino al Parque Forestal. Rebeca Turteltaub de Kaplún era una mujer de inteligencia superior, graduada en psicoanálisis infantil y experta en hebreo antiguo. Discutieron como dos estrategas en vísperas de una batalla. A las 3 de la tarde Isaac tomó un taxi y partió en busca de don Pedro Abubdala.

El rey de la seda dirigía sus negocios desde la te-

rza de su rascacielo de veinticuatro pisos. El suntuoso estudio, con su sala de recibo y sus oficinas, estaban montados sobre una plataforma circular que el magnate hacía girar mediante un comando electro-atómico instalado sobre su mesa de trabajo. Según fuese el ángulo de la luz, la procedencia del viento o su estado de ánimo, Abubdala se orientaba hacia las cumbres majestuosas de los Andes, hacia la llanura del valle central o hacia los cerros azules de la cordillera de la costa.

Recibió a su visitante en los precisos momentos en que la torre giratoria estaba cambiando de posición. Se movía sin ruido, y al mirar hacia el exterior por los ventanales, perecióle a Kaplún que era la ciudad la que giraba como un disco lento. El efecto era sobrecogedor para quien no estuviese prevenido.

—¿Cómo está usted, Isaac? —le saludó don Pedro—. Según he sabido, su negocio no marcha sino que corre.

—Eso todavía es poco decir —contestó Kaplún—. Sencillamente se ha desbocado. Lea este cable del consul en Nueva York.

Abubdala hizo detenerse la plataforma, dejando el estudio con vista al oeste. A lo lejos se divisaba la estela gaseosa de un bólido que descendía sobre el aeropuerto de Pudahuel.

—¿Qué quiere decir Musalem con esa especie de SOS? —preguntó el financiero cuando hubo leído el cablegrama.

—Quiere decir —respondió Isaac—, que hay una muchedumbre de pelados dispuesta a venírsenos encima, y no estamos capacitados para darle servicio.

—Ahora entiendo. Se ha desatado la demanda norteamericana... Eso significa una avalancha. ¿Qué va a hacer usted?

—Algo tengo que hacer, y sin pérdida de tiempo. Desde luego, podemos trabajar a tres turnos; de alguna

manera nos organizaremos. Funcionando día y noche, atenderíamos a setecientas personas al mes.

—Es poco.

—Ya sé que es poco; pero si usted accede a arrendarnos la otra mitad del piso, daríamos abasto para mil cuatrocientos tratamientos mensuales. Eso es lo que vengo a proponerle. Necesito su respuesta dentro del día de hoy.

—La otra mitad del piso... Pero eso es imposible, Isaac. No puedo echar a la calle a toda esa gente...

—Escúcheme —cargó Kaplún, empezando a transpirar—. Dicho así, de sopetón, suena algo fuerte; pero es que se trata de un caso de fuerza mayor, de una necesidad imperiosa.

—Los contratos, mi amigo —insistió Abubdala—, me obligan a desahuciar a los locatarios con sesenta días de aviso y un mes de indemnización en efectivo.

—Lo sé, lo sé —dijo Isaac—; y estoy dispuesto a compensarle ese desembolso con un recargo en el cánon. Usted no perdería nada y a la larga saldría ganando.

—Me crea usted un problema, Isaac...

—Para un mamut de las finanzas esto es como una mosca que pasa volando. Súbame el arriendo en un diez por ciento.

—Isaac, la ley me prohíbe hacer eso...

—Deje a la ley tranquila, mi querido don Pedro. Si la hubiera observado siempre al pie de la letra, no tendría este rascacielo con torre giratoria.

—Usted se sobrepasa, Isaac.

—Bueno, retiro la verdad que acabo de decir, y súbame un veinte por ciento. Nunca habrá tenido un arrendatario mejor. ¡Medio piso pagado con un quinto de recargo!... Además, alguna vez debemos pensar en el bien público. Mi negocio no es una barbería ni una botica: es una exclusividad mundial, que hará acudir a Chile a miles de extranjeros adinerados, los que de-

jarán en el país decenas de millones de dólares. Este es como un maná que va a caer de las nubes, y usted, como financiero, tiene la obligación de ayudar a crear las condiciones para que pueda ser recogido... Son las tres y media: en una hora más estaré en mi oficina esperando su respuesta —terminó Kaplún; y se puso en pie, jadeando, para despedirse.

—Pero aguarde, Isaac. Qué manera de dejarme con un palmo de narices.

—Voy al Banco. Me queda mucho por hacer todavía.

—Ya no es hora de Banco, hombre.

—Es la hora mejor: cuando los gerentes quedan solos —contestó Kaplún desde la puerta—. Voy a pedir doce millones para ampliar el instituto; porque tengo la certeza de que usted me arrendará la otra mitad del piso.

—¡Isaac...! —alcanzó a gritar Abubdala; pero Kaplún ya había escapado.

Llegó al Banco Israelita a las 3,35. El portero inexorable había ya juntado las puertas, dejando el espacio justo para dar paso a los que salían.

—Vengo a ver a Judas —le dijo secamente Isaac.

—Lo siento, señor. No es hora de ver al gerente.

—Es él quien acaba de llamarme con urgencia. Supongo que no me habrá molestado para hacerme perder el viaje.

—Pase, señor —dijo el portero.

Don Judas Judelevich estaba atendiendo a su último cliente. Cuando éste salió, Isaac se coló en la oficina con naturalidad impávida.

—¿Qué lo trae por aquí? —le dijo el gerente ofreciéndole asiento. Habló en yiddish, y en igual dialecto contestó Kaplún:

—Le traigo un negocio: necesito doce millones, para mañana si es posible. ¿Qué? ¿No hay dinero?

—Es que ya le hemos prestado, Isaac, y aún no termina de pagar...

—Pues, vuelven a prestarme. ¿No están para eso los Bancos? ¿Para prestar a los intereses más altos del mundo?... Y los que pedimos préstamos somos los sostenedores de estos templos. ¡Imagínese lo que sería de ellos si les hiciéramos un boicot al grito de "¡Abajo el crédito!". En un mes quebraban todos.

—Mucho antes quebraba la población de Chile, acostumbrada a vivir del dinero ajeno —replicó don Judas como un tennisman que devuelve la pelota—. ¿Y para qué quiere esa friolera de doce millones?

—Necesito doblar las instalaciones del pelódromo. Dése cuenta: ¡vienen los yanquis!

Y le dio a leer a Judelevich el cable del cónsul en Nueva York.

—¡Musalem! —exclamó don Judas al ver la firma—. Estos turcos se han adueñado de todo. ¿No se sulfura usted, Isaac? ¡Los judíos hemos quedado a la zaga!

—Así es, pues don Judas. Van a terminar esos camelleros arrinconándonos como arrinconaron a los chileños.

—¡Los chileños son un pueblo infantil y sin destino, que llena su vida con los deportes y los placeres! ¡Es natural que hayan sido derrotados! ¡Pero nosotros los judíos somos la raza madura y eficiente por definición, somos la levadura de la humanidad, como lo dijo Samuel Ros! ¡Es inconcebible que nos hayamos dejado aventajar!... ¿Qué es lo que nos ha debilitado, Isaac?

—Israel —contestó con calma Kaplún—. Nuestra cohesión y nuestra fuerza provenían del hecho de no tener patria y de estar indefensos. Empezamos a ablandarnos y a decaer el día en que esa patria nos fue devuelta. Nos hizo más daño Clement Attlee que Adolfo Hitler, téngalo por seguro... Pero yo necesito doce millo-

nes, y debo saber en el días de hoy si puede usted conseguirnos.

—Una operación de este volumen no la resuelvo yo solo; hay que llevarla al Consejo...

—El Consejo es usted, gerente general y primer accionista del Banco.

—Puedo influir mucho, sin duda, pero no soy un dictador como usted supone... Vamos por partes. Primero que todo: realidad y expectativas del Instituto Pilotécnico.

—Realidad —contestó Kaplún—: curación infalible de la enfermedad más común en el hombre por un sistema sin competencia en el mundo. *Nadie, nunca, ha tenido en la mano una carta más segura de triunfo.* No cambio este negocio por una mina de uranio. Cobramos cien dólares por el tratamiento, utilizando unas malezas que no nos cuestan nada; no damos ya abasto y la gente se inscribe con dos meses de anticipación.

—Me imagino que eso estará debidamente patentado...

—Sí; pero como tengo previsto que tratarán de robar la fórmula, registré en lugar de ella una receta para los sabañones.

—¡Ja, ja, ja! ¡Y yo hablando de la decadencia de los judíos!... Siga, siga, Isaac. ¡Ja, ja, ja!

—Expectativas —continuó Kaplún—. Basta ver lo que dice ese cable: "Millares de visitas y llamadas telefónicas..." Esos americanos se dejarán caer como una invasión apenas le demos el ¡ya! a Musalem. Para darles cabida necesito ampliar al doble mi dotación de baños. Abubdala me cederá el piso completo si usted financia la instalación. Condiciones del préstamo: cancelo de aquí a dos días el saldo de la deuda anterior, y me obligo a pagar la nueva en la mitad del plazo corriente. ¿Qué dice usted? ¿Le abrirá el camino a un judío que se ha levantado solo y que lucha contra el predominio árabe?

—Por supuesto que sí —contestó el amo del Banco Israelita—. Tiene mi conforme, Isaac. ¡Eso se llama "traerme un negocio"! Venga pasado mañana a firmar el documento por esa piltrafa de doce millones.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Pugna semítica

A las cinco de la tarde estaba Kaplún de vuelta en su oficina. Momentos después sonaba el teléfono. Levantó el auricular y dijo sin quitarse el cigarrillo de la boca:

—Aló. ¿Quién habla?

—Abudala —contestó la voz esperada.

Isaac puso el cigarrillo en el cenicero y siguió hablando con igual tranquilidad:

—Aquí, Kaplún. ¿Qué dice, don Pedro? ¿Hacia dónde está mirando ahora?

—Hacia la Cordillera. Panorama extraordinario. ¿Cómo le fue con don Judas Iscariote?

—Ya están los doce millones. Ahora falta saber qué ha resuelto usted.

—Bueno... —y el hombre soltó una carraspera allá en la punta del edificio, a trescientos pies de altura—; en las condiciones que usted propuso, pagando el piso con veinte por ciento de recargo y cancelando el cánón por trimestres adelantados...

—Un momento —le atajó Isaac—; yo no he propuesto tal cosa. No pago por trimestre y no pago con veinte por ciento de recargo. El alza que ofrecí se refiere a una mitad del piso y no al piso completo.

—Es que esas condiciones no me compensan, Isaac —argumentó la voz de la torre.

—En tal caso —contestó la del entrepiso—, no hay acuerdo y me mando mudar adonde no traten de aprovecharse de mi urgencia.

—No tendrá dónde irse, hombre.

—Eso es cosa mía. Debe haber algún lugar en que sepan lo que es la ética comercial.

—Pues, váyase, si eso es lo que le conviene. Y sepa que no tengo costumbre de aceptar insolencias.

—¡Prefiero quedarme en la calle antes de dejarme cogotear por un extorsionador! ¡Porque ésta es una tentativa de extorsión!

—¡Sujete la lengua, o bajo a su oficina para entendernos de hombre a hombre!

—¡Si quiere subo yo a la suya!

—¡Kaplún —gritó el de arriba—, usted es un judío engreído y bellaco!

—¡Y usted, Abubdala —gritó el de abajo—, es un turco chupamedias! ¡Me ensucio en su rascacielo de opereta! ¡Y me mando cambiar mañana mismo!

Colgó Isaac el aparato de un manotazo y quedó hecho un hervidero de rabia y de denuestos. ¡Claro que prefería quedarse en la calle antes que tolerar la extorsión de un pillastre! ¡Este era el escrupuloso observador de la ley! ¡En un camino obscuro no lo haría mal!...

Estuvo una hora entregado a desfogar su ira. Para serenarse pasó a los baños a tomar una ducha caliente. Baquedano, el tenedor de libros, había escuchado el altermcado por la puerta entreabierta, y también oyó algo la cajera. No pudiendo dominar su curiosidad, la señorita Rosario se asomó a la oficina y preguntó qué había sucedido.

—Una pelea con el dueño del edificio. Se dijeron zamba canuta. Parece que nos vamos, o nos echan.

Cuando Isaac volvió a su escritorio, minutos después, parecía tener olvidado el incidente. Se echó en su sillón y encendió con calma un cigarrillo. A poco sonó el teléfono.

—Aló. ¿Quién habla?

—Abubdala.

—¿Quién?

—Abubdala. Mire, Isaac, dejémonos de leseras. Los dos somos arrebatados y se nos pasó el caballo. Demos vuelta la hoja.

—¿Usted no oyó, parece, las cosas que le dije, señor?

—Tengo el teléfono tan malo, Isaac. No se oía casi nada.

—Debe ser por la distancia, ¿no?...

—Bueno, el hecho es que estamos para hacer negocios y no para retornos. Escuche, Isaac, hombre. Lo he pensado mejor y me allano a aceptar sus condiciones. Espero su palabra para ordenar el desahucio de los locatarios.

—Señor Abubdala —dijo Kaplún pescando la oportunidad al vuelo—, el caso que yo ya tengo un local adonde irme.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Que he encontrado un piso más barato que el suyo.

—Isaac, usted bromea —dijo temblorosa la voz de la altura—. Cómo voy a creer que en una hora... y con la escasez que hay de locales...

—Pues le digo que he encontrado uno, y me disponía a hacérselo saber.

—Isaac, hombre... suponiendo que hable usted en serio... sería un desatino. ¿Se da cuenta de lo que tendría que gastar en desmontar sus instalaciones, en acondicionar el otro local, hacer el traslado e instalarse de nuevo?

—Por el contrario —rebatió Kaplún—, saldré ahorrando a la larga al no pagar arriendo recargado. Por eso estoy resuelto a mudarme.

—Isaac, amigo mío... ¿es esa su última palabra?

—La penúltima. Estaría dispuesto a reconsiderarla si me rebaja el recargo a la mitad. O eso, o nada.

—Bueno, ya está —cedió el engañado con un suspiro que atravesó el edificio de parte a parte—. Salió usted con la suya, demonio de hombre. Venga a verme mañana para hacer el contrato. Buenas tardes, Isaac.

—Buenas tardes, Pedro.

Esa noche Kaplún informó a su socio de los acontecimientos que habían llenado la jornada. Ongolmo dijo por todo comentario:

—Son los pelados como las moscas, que si aplasto una llegan dos.

—Ni más ni menos —convino Isaac—. Tenemos que prepararnos a toda prisa para recibir a esa avalancha de gente.

Le consultó sobre el plan de expansión que tenían que llevar a cabo. Porotito contestó que las yerbas de virtud eran inagotables como la misericordia de Dios, que bastaría con agregar otro camión para recogerlas, y que él, con la ayuda de los “secretarios” que había formado, podía perfectamente “alcanzarse” para preparar los baños y las “guataplasmas”.

—Cuidado con el secreto —le advirtió Isaac.

—Duerma tranquilo, don Isaaquito. Para este guiso no hay más cocineros que usted y yo.

Tres semanas después empezaron a desocuparse los locales del entrepiso del rascacielo Abubdala; y a medida que iban siendo entregados se iniciaban los trabajos de transformación con afanosas cuadrillas de albañiles y carpinteros.

Un nuevo *Camión inglés Leyland* fue puesto en servicio, y entre ambas potentes y garantidas máquinas comenzaron a hacer la recolección de las yerbas que formarían el enorme stock de reserva.

Una mañana, leyendo *El Mercurio*, supo Kaplún que la calvicie estaba influyendo en la vida financiera del país.

“Una importante negociación”, decía el suelto de crónica, “ha quedado formalizada en Santiago al realizarse la venta del Hotel Carlton a un consorcio de in-

versionistas. Por el precio de mil seiscientos millones de pesos, el lujoso establecimiento ha pasado a ser propiedad de la Sociedad Inmobiliaria Chilena, formada con los aportes de Pedro Abudala S. A., la Comunidad Katán-Abuabuá y la firma Betinyani y Compañía. El edificio de once pisos del Carlton Hotel será objeto de importantes mejoras en su decoración interior y alhajamiento”.

Apenas tres días después, el mismo diario informaba que el Banco Israelita había comprado en novecientos cincuenta millones el Hotel Pedro de Valdivia..

Sólo un pequeño grupo de iniciados pudo saber a qué obedecían aquellas espectaculares compraventas. La gente de la calle comentaba despistada:

—Muy malo debe de estar el negocio de hoteles para que se hayan vendido estos dos... , o muy bueno, para que los hayan comprado.

—Observen quiénes son los compradores —dijeron los suspicaces—. ¡Son de los que no dan puntada sin hilo!... Algo se está preparando.

A poco aparecía este anuncio de la Panagra:

“PROXIMAMENTE: Mil pasajeros mensuales en un nuevo servicio bisemanal expreso en Bólidos DC-25. ¡Desayuno en Santiago almuerzo en Nueva York...!”

Ajeno a todas estas maniobras especulativas de la alta finanza, Porotito juzgó también que había llegado el momento de invertir su dinero. Entre utilidades y propinas tenía acumulada una suma que hacía de él el Creso de la Sección Ahorros del Banco de Chile. ¿La plata es para gozarla o para dejarla apolillarse?”, se venía preguntando con insistencia; hasta que un día giró trescientas Betinyanis y con los bolsillos repletos de billetes entró resueltamente a una juguetería de la calle Ahumada *.

*Las Betinyanis estaban a la par con el dólar, como consecuencia del monopolio de las medias nylon creado por el famoso industrial y Ministro de ese nombre.

—¿Trenes eléctricos? —le dijo a la señorita que salió a atenderlo.

—Sí, señor; pase por acá. Tenemos de distintos tamaños y precios. ¿Para niño de qué edad es el juguete?

—Ejem, para un niño... , bueno, ejem, para uno mayorcito...

—Entonces le convendría éste, de fabricación alemana.

Y la dependienta le mostró un maravilloso ferrocarril de alta velocidad que corría culebreando por una de las vitrinas. Era un convoy de ocho vagones metálicos, con luces y campanas, con estaciones, desvíos, puentes y túneles; una miniatura perfecta.

—Se enchufa igual que una lámpara y se maneja desde este tablero de control —explicó la señorita—. Tiene dos velocidades y marcha atrás, y enganche y desenganche automático. Con el transformador se adapta a cualquiera corriente.

—¿Qué vale?

—Con impuestos incluidos, doscientos ochenta y cinco mil. Si quiere llevar rieles extras, cuestan mil pesos el metro.

—Bueno, démelo con quince metros, para redondear los trescientos mil.

—Perfectamente. ¿Mandado a domicilio?

—Si me hace el favor. Bombero Núñez 318 (su casa).

Y el tren eléctrico, ilusión del sietemesino que no jugó de niño, llegó en dos grandes cajas a la casita del otro lado del río. Luz verde: ¡vía libre!... ¿Los boletos, señores?... ¡Próxima estación: Llay-Llay!... ¿La Nación? ¿Don Fausto? ¿El Peneca?... Desayuno en Santiago, almuerzo en Quilpué!...

El hombre que no tuvo infancia

En Bombero Núñez, como vemos, se había quedado viviendo Porotito. Pero no estaba solo: le servía una mujercita que era a la vez cocinera, ama de llaves, mucama y lavandera. Habiendo visto que las tres viejas tinas no se usaban ya, le pidió un día a su patrón que le permitiese lavar alguna ropita "para ayudarse". La ropita había venido multiplicándose e invadía ya el patio, el corredor y la cocina, colgada de una maraña de alambres y sogas que bloqueaban la circulación. Como también necesitaba doña Pabla "acompañarse", pidió autorización para llevarse a vivir con ella a su sobrino. Domingo, el sobrino, llegó a instalarse con su mujer, Isabel, la cual llevaba consigo a Dominguito, su hijo de siete años, y éste a Micifuz, su gatito regalón.

Aparte de los escándalos nocturnos del animal, de las pataletas del niño, la ebriedad cotidiana de su padre y las formidables cuentas de gas, no había para Ongolmo otros inconvenientes en la convivencia con esos seres sencillos y bondadosos. La adquisición del trencito señaló para ellos un día de pascual felicidad. Domingo Bulnes (de profesión ropavejero) dejó de beber esa tarde para ayudar a Porotito a armar el juguete fascinante. Colocaron la ferrovía de manera que el expreso eléctrico describiese un ocho majestuoso a través de la salita de recibo, cruzando por debajo de la mesa

de mimbre que había en el centro. Cuando la instalación quedó terminada, Bulnes le hizo notar a su amigo que sobraba una caja de rieles.

—Sería un derroche no aprovecharlos —dijo Porotito.

Se rascó la cabeza, pensativo, y de pronto halló una solución que todos juzgaron perfecta:

—Vamos a hacer pasar la línea para la pieza del lado. Así podré ver el tren estando en el dormitorio. Consígase un chuzo, Domingo, y perforamos la pared. Con un "abúsjero" para la entrada y otro para la salida será suficiente.

El ropavejero trajo la herramienta, y en una hora de faena estruendosa agujereó la pared de ladrillo dejando dos montones de material demolido. Por los hoyos no sólo cabría el tren; podría pasar el gato con el lomo arqueado y la cola parada.

—Así está bueno —dijo Porotito—. Gracias, Domingo. Ahora saque los escombros mientras yo pongo los rieles.

El ocho fue abierto por uno de sus extremos, y de allí arrancó la vía añadida que pasó al cuarto contiguo, cruzó bajo el catre, describió una amplia curva y volvió a salir a la salita para cerrar el trayecto de sesenta pies de largo.

Unas cuantas horas de práctica bastaron para que Ongolmo llegara a desempeñarse con seguridad como maquinista, conductor, señalero y guardavías. En los días siguientes aprendió virtuosismos tales como hacer girar la locomotora en la tornamesa, largar el carro de cola y echarlo por el desvío, o invertir el orden del convoy, arrastrando coche por coche, a través de la red de entrevías del patio de la estación.

—Parece que no hubiera hecho otra cosa en su vida —le dijo Isabel, admirándolo.

—Es que siempre había soñado con tener un tren —contestó Porotito—. Es juguete muy lindo, ¿no?

La casita, frecuentada por la clientela del ropavejero y de la lavandera, empezó a atraer a un nuevo contingente: los niños de la vecindad, amigos de Dominiguito, que se daban cita en las tardes para ver jugar al hombre que no tuvo infancia.

Era inevitable que le adjudicasen este apodo, inspirado en la inmortal historieta cómica. Cuando llegó a sus oídos lo aceptó con gusto y se lo echó encima como una nueva prenda de vestir. *El hombre que no tuvo infancia!*... Correspondía a la verdad, y era poético y hermoso ahora que el niño olvidado por Santa Claus tenía al fin cumplida su ilusión.

No habríamos mencionado este hecho baladí a no mediar la influencia determinante que tuvo en la biografía de nuestro personaje.

Hallábase un día entregado a sus maniobras de estilista de la ferrovía cuando de pronto se detuvo, dióse una palmada en la frente y se quedó con el rostro iluminado. Si no exclamó ¡eureka! fue porque ignoraba la existencia de la palabra de Arquímedes. Dijo en cambio:

—¡La pillé!

Y empezó a trabajar la deslumbradora idea que habían captado las antenas de su cerebro.

Estuvo hasta la medianoche trazando círculos, ochos y cruces en unas hojas arrancadas al cuaderno de la lavandera.

—¡Claro que la pillé! ¡Aquí está la cosa!...

Al día siguiente —un sábado de comienzos de septiembre—, almorzó de prisa y tomó el subway de asientos acuchillados. Se bajó en Avenida Matta y caminó un par de cuadras. Le trepidó el corazón al divisar la carpa del Circo Urmeneta, instalada en un sitio eriazos con su despliegue de carteleras, gallardetes y banderines. Iba a empezar la función de matinée y se oían los acordes de la marcha del Almirante Togo, maltratada sin piedad por la banda de cornetones desafinados.

Compró una galería y se colocó por el laberinto que formaban las carpas de la utilería, los camarines y las jaulas de los animales. La agitación y el bullicio del circo le excitaban como el olor de la alfalfa a un caballo hambriento. Vio al empresario saliendo de su oficina de tela de buque y corrió a encontrarlo con aspavientos jubilosos. El señor Urmeneta se detuvo y abrió los brazos para recibirlo como si volviese de una ausencia de años.

—¡Porotito...! ¡Cómo está ese ingrátón que no había venido a verme!

—Cómo está, pues don Arturo. Recién los otros días lei en el diario que había vuelto de su jira. ¿Qué tal le fue en el Perú?

—No podemos quejarnos. Pero cuénteme de usted. ¿Qué está haciendo ahora?

—Aquí estamos, pegándole al coco. Eso sí, con deseos de volver a la pista... Tengo un numerito nuevo.

—¿Y la memoria?...

—No la necesito. Es un número mudo.

—Me gustaría conocerlo, porque estoy buscando actos de risa... ¿Qué le parece que conversemos después de la función?

Así se convino, y Porotito pasó a ocupar su asiento en la galería. Escuchó por milésima vez los dichos del tony Zapatilla: "¡Amigo Forunculito, tanto tiempo que te andaba encontrando y no te podía buscar!"; vio al eterno excéntrico musical ejecutando el eterno *Danubio Azul* con sus copas champañeras; vio al equilibrista protegido por la decepcionante red de seguridad, y a la imperecedera *ecuyère* que primero galopa sobre el percheron y luego va por palcos y plateas ofreciendo su propia fotografía: "¿Desea contribuir con algo el distinguido público?"...

Cuando la banda atacó la galopa final, Ongolmo abordó al empresario y se encerró con él para tratar de su proyecto. Se corrió la voz entre la *troupe* de que el

viejo tony andaba a las vueltas; pero tuvieron que esperar para saber qué era lo que se traía "debajo del poncho".

El lunes, después de la nocturna, se apareció Porotito con su asistente Domingo Bulnes, trayendo las grandes cajas que contenían el tren eléctrico. Previamente habían llegado otros dos tresnes completos, con sus rieles extras, arrendados por la empresa en la Juguetería Ahumada; y esa noche se armó en la pista el sistema ferroviario de cuatrocientos pies que serviría para el acto de *El hombre que no tuvo infancia*.

Tanto gustó a Urmeneta este número de risa y emoción, que decidió anunciarlo por los diarios como el regreso glorioso de su creador.

Noche a noche, durante una semana, Ongolmo estuvo ensayando la endiablada operación simultánea de los controles; porque el movimiento de los expresos debía sujetarse a una exactitud rigurosa si se quería evitar una catástrofe (y ya se verá por qué decimos catástrofe y no colisión).

Mientras el artista corregía y pulía su número hasta hacerlo perfecto, los periódicos y carteleras anunciaban la rentrée con su adjetivización ditirámica: "¡Hilarante! ¡Sensacional! ¡Peligroso para asmáticos y cardíacos!".

Rentrée de Porotito y début de Don Chupeta

Todo el mundo supo que Porotito volvía al circo, y ninguno de sus amigos quiso faltar en la noche de su reaparición. Desde la salida del coreto, durante el intermedio, divisó a Isaac y Rebeca, riéndose ante la sola expectativa de ver a su socio en el redondel. En un palco estaba don Atahualpa Torre-Tagle; en otro don Salomón Yussef fumando su puro, entre su esposa y un ruidoso grupo de nietecitos. En las abigarradas galerías debían estar doña Pabla con la Isabel y Dominguito.

—Supongo que ese niño no habrá traído el gato —le dijo Ongolmo a su asistente, porque a la hora que se le ocurra soltarlo...

—Fijo que vino con él —contestó Domingo Bulnes—. Si hasta lo hace dormir en la cama, cabro cochino, hijo de chuico y damajuana.

En aquel instante se dio cuenta Porotito del calamitoso estado anímico del ropavejero. Este irresponsable había elegido la noche del estreno para doblar su dosis de alcohol. Tenía la cara enrojecida y los ojos vidriosos del borracho trágico, y exhalaba tufaradas etílicas mezcladas con hediondez de ajo. Le habían puesto un uniforme de mozo de pista que le quedaba corto y se veía hecho un adefesio.

—¿Recuerda bien lo que tiene que hacer, Domingo?

—Sí, ñor; m'es que no me voy a acordar. Si no fue tanto el jote negro que le puse *.

—Hum. Yo diría que tocó la corneta con trinquiforti y no con jote, Domingo **.

—No, ñor, ¿no le estoy diciendo que fue un puro vinito de tres tiritones? ***.

—¿Tiene la dinamita al alcance de la mano? Acuértese que debe dármela al final.

—Sí, ñor, hip; tengo los tres cartucho en el bolsillo.

—Bueno, estése por aquí; yo voy a ir a vestirme —dijo Porotito.

Retumbó un tremendo eructo del curado, seguido de otro ruido todavía más indecente. Como si fuera la señal convenida, la banda empezó a tocar la marcha destemplada que preluđiaba la segunda parte de la función.

El número de Ongolmo era al final del programa, inmediatamente después del del equilibrista. Mientras éste hacía sus pruebas sobre la cuerda floja, yendo y viniendo con la pértiga estabilizadora, el fétido Domingo y dos hombres más tendían la intrincada red de rieles y cables eléctricos, bajo la mirada vigilante del empresario. Los ojos de los espectadores seguían al equilibrista en la altura y el redoble del tambor acentuaba el dramatismo de la escena... En tres minutos la ferrovía quedó instalada, y cuando el equilibrista dio por terminado su acto, *la mise en scène* de Ongolmo estaba dispuesta.

Entonces se oyó el anuncio del altavoz:

—Y ahora, el respetable público asistirá al estreno mundial de esta noche: *El hombre que no tuvo infancia*. (Aplausos). ¡Porotito, el rey del humorismo, en su

* *Jote negro*: vino tinto con Coca-Cola.

** *Tocar la corneta*: beber fuerte. *Trinquiforti*: aguardiente de alta graduación.

*** *Vino de tres tiritones*: tintoco de pésima calidad, cuya acidez hace estremecerse al bebedor.

última creación exclusival (Grandes aplausos). ¡El niño mayorcito que vio cumplido el sueño de su vida...! (Clamorosa ovación).

Resonaron las cornetas: *Piripí-piripí-piripí...*, y Porotito hizo su entrada en un velocípedo con patente de automóvil y una bandera chilena flameando sobre el manubrio. Venía vestido de marinerito, de pantalón corto y sombrero de paja, y traía en la boca un "chupete helado" que saboreaba con deleite. Un temporal de risa saludó su aparición y le acompañó mientras pedaleaba alrededor de la pista. Y la tempestad se trocó en tifón del Mar de la China cuando, al finalizar la segunda vuelta, se quitó el sombrero para saludar y la calva lustrosa quedó en exhibición sobre el cuello estrellado y el pescuezo escotado de la criatura. Las viejas lonas del circo temblaban como el velamen de un barco en apuros, infladas por la vibración del griterío indescriptible. De esa conflagración de carcajadas saltaban chispas que el oído captaba como si reinase el silencio:

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Jo, jo, jo, jo!

—¡Ay-ay-ay, por Dios!

—¡Ay-ay-aycito!

De pronto el niño dejó el velocípedo y tiró el ice cream, fascinado por las líneas entrecruzadas, por las estacioncitas, los puentes y los discos de señales. Brincando y manoteando en mil aspavientos, iba de un lado para otro como un símbolo viviente de la dicha infantil. Tan humana era aquella pantomima, tanta ternura ponía en ella el artista, que el diapasón de las risas fue decreciendo hasta ser sucedido por un murmullo de adhesión emocionada.

"En aquel momento", dice don Salomón Yusef en sus *Memorias*, "Porotito fue para mí el más grande de los tonies. La magia de su arte ingenuo me hizo evocar a los niños sin Pascuas que pueblan el mundo, y me obligó a llevarme el pañuelo a los ojos. Esta co-

riente emocional emitida por un millar de corazones envolvía a mi amigo en el cráter cerrado de la pista, y más tarde me confesó: "Tenía un nudo en la garganta y hasta creo que anduve haciendo un par de pucheros".

Sentándose en el suelo, el marinerito probó los botones de los tableros de control —había uno para cada tren—, haciendo moverse las agujas de los desvíos y apagando las luces verdes y rojas de los semáforos.

Mientras tal hacía, el altavoz anunciaba:

—Al cumplir cincuenta y un años de edad, el niño Porotito ha recibido de su papá este magnífico regalo. Porotito, que es un chico inteligente y estudioso, va a demostrarnos lo que es capaz de hacer con los trenes lanzados simultáneamente en carrera vertiginosa. (Nutridos aplausos). Como ustedes van a ver, señoras y señores, los tres convoyes corren bajo control independiente por ese laberinto de líneas. El menor error de cálculo, un retardo de medio segundo, y se produciría una hecatombe ferroviaria. (Ráfaga de aplausos y bullicio de expectación). Culminará este número sin precedentes con una demostración sensacional de pericia y arrojo: ¡en la trompa de cada locomotora será colocado un cartucho de dinamita, y con estas cargas mortíferas se lanzarán las máquinas, sin frenos, a noventa kilómetros por hora...!

Redobló el tambor, y en medio del vocerío de chicos y grandes un trencito entró a la pista y se internó por el dédalo de rieles. Los niños se paraban sobre las sillas plegables y batían palmas. El segundo convoy llegó a toda velocidad, sonando la campana; y con un minuto de intervalo apareció el tercero, anunciándose con los pitazos del cuerno eléctrico. Inclinado sobre los controles, Porotito operaba palancas y botones con la serenidad y precisión de un concertista. Los expresos rodaban como serpientes en fuga, buscando su camino sinuoso por terraplenes, puentes, socavones y pasos a

nivel. De pronto se vio a uno de ellos dispararse como una exhalación contra otro que iba pasando un cruce. El circo entero gritó:

—¡Choque! ¡Choque!

Pero en el instante justo funcionó una aguja y el tren que iba a estrellarse tomó el desvío y pasó rozando al que escapaba.

Gritos de alivio y carcajadas celebraron la maniobra matemática.

No se habían acallado las voces cuando una nueva situación de peligro hizo pararse a la concurrencia en medio de una alharaca ensordecedora. Dos de los trenes corrían por una misma línea en sentido contrario y el tercero embestía en dirección calculada para producir la triple colisión. Cuando ésta parecía inevitable detuviéronse los tres expresos en una frenada instantánea, y con igual obediencia eléctrica se distanciaron retrocediendo. Una salva de aplausos y de risas pareció que haría estallar la carpa. De nuevo se detuvieron los trenes, y tras una pausa de medio segundo lanzáronse otra vez a toda máquina en busca del encuentro catastrófico.

—¡Ahora! ¡Ahora sí que se estrellan!

Pero tres agujas se abrieron como operadas por un mismo botón y los convoyes se desviaron cuando no mediaban entre ellos ni diez pulgadas.

—Ya habéis visto la exactitud de este maquinista eximio —decía un instante después el altavoz, apagando la manifestación atronadora—. En seguida váis a verle manejando las locomotoras desenfrenadas y convertidas en torpedos mortales. ¡La prueba más audaz y electrizante presentada hasta la fecha en el mundo!

Voces de miedo, incredulidad y nerviosismo fueron el confuso comentario del anuncio. Un padre aprensivo se levantó y salió con sus niños como quien se pone en salvo.

Con sus campanas sonando, los convoyes se diri-

gieron a las estaciones para ser desenganchados y dejar las máquinas sueltas. Mientras llevaba a cabo esta maniobra, Porotito buscaba a su asistente con rápidas miradas circulares. ¿Dónde se había metido ese inútil de Domingo? ¿Es que iba a hacerse humo en el momento culminante?... Se disponía a pedirle a Urmeneta que lo mandase buscar, pues no había instante que perder, cuando el grito de un espectador puso al circo en conmoción.

El ropavejero se había subido por la escala de gato del equilibrista y caminaba sobre la cuerda floja con la mayor tranquilidad del mundo. Algunos creyeron que aquello hacía parte del espectáculo, pero les sacó de su error la despavorida reacción del empresario, que corría para acá y para allá gritándoles a los mozos:

—¡Coloquen la red! ¡Pronto, que ese hombre va a matarse!

Mientras los mozos acudían tropezando en los rieles de los trencitos, enredándose unos con otros e insultándose, Domingo les miraba impasible desde el alambre fatídico, a cuarenta pies de altura, vecino a las estrellas que titilaban por los intersticios de la carpa. A falta de pértiga mantenía los brazos abiertos, y el condenado llevaba en cada mano un cartucho de dinamita.

En un santiamén se llenó la pista de gente: los artistas, los músicos de la banda, los boleteros, la policía.

—¡Rápido, imbéciles! —vociferaba el aterrado Urmeneta a los mozos—. ¿Nunca han puesto una red, o es que quieren envolverse con ella?... ¡Bájate de ahí, borracho desgraciado! —le decía a Domingo mostrándole el puño.

El público, de pie, asistía con el resuello paralizado a ese número desconocido en los anales circenses. Nunca hubo tal pavor ni tal silencio en una concentración humana.

—Por Dios, Domingo, el desacato que ha venido a hacer —le decía Porotito casi llorando.

Desde la galería voló una vocecita infantil:

—Papito, dice mi mamita que se baje.

—¡Borracho del demonio! ¡Cáete de una vez! —farfullaba el empresario.

—A mi no me manda “naide” —contestó el alcohólico—. Soy antepasao de mi general Bulnes.

—Bájese, Domingo, por lo que más quiera —imploraba Porotito.

—¡Viva la batalla de Yungay y viva el roto chileno! ¡Pa que vean que el equilibrismo e' una pura patilla!

Y el ebrio iba y venía por la cuerda floja como si anduviese por el patio de su casa. Dio un traspie y el gentío dejó escapar un grito de horror; pero Bulnes recobró su aplomo y siguió andando sobre el cable bamboleante.

—Si no se cae, no tengo nada más que hacer en un circo —dijo el equilibrista al payaso Zapatilla—. Creo que ésta es mi noche de despedida.

—Calma, Rogelio —le contestó Zapatilla—; yo voy a hacer aterrizar a ese tiuque en picada.

El curado dio un nuevo trastabillón, y esta vez sí que le dieron por muerto; pero consiguió enderezarse mediante un desesperado aletear de brazos y continuó caminando impertérito.

—Bájese, papito, que se lo van a llevar preso, dice mi mamita.

Lograron por fin colocar la red y un respiro de alivio salió de mil gargantas. Sin transición la hilaridad sucedió a la angustia. ¿Podía haberse concebido una escena más graciosa?... Entonces entró en acción Zapatilla, el as de las pullas incisivas y “tallero” incontestable.

—A éste lo arreglo yo —dijo sobándose las manos; y lanzando su voz chillona gritó—: ¡Oye tú, Concha y Toro...!

—Qué querís, Mitchel & Mitchel —le contestó instantáneamente Domingo. (Risas del público).

—¿Por qué no hacís el 4? (Grandes risas).

—Si querís te hago el 69. (Carcajadas a granel).

—Eso no se puede hacer en el aire, don Chupeta. (Delirio de risas).

—Yo lo hago encima de una pallasa, hip, que es tu señora, payaso. Trágate esa. (Ovación ensordecedora y apoteosis del borracho).

Hubo una pausa.

—¡Contéstale, Zapatilla! —dijo el empresario como dándole una orden.

—Bueno, este... yo...

—¡Qué! ¿Ese fudre de chacolí va a dejarte callado? —rugió Urmeneta.

—Bueno..., este, sí... Me metió el gol no más —reconoció el payaso—. ¡Primera vez en mi vida que me pasa esta mano! Algún día tenía que ser...

Y el derrotado Zapatilla se escabulló como una lombriz para esconderse a llorar su ignominia.

—Oiga, Domingo, hombre —dijo de pronto Porotito—, ¿veo mal desde aquí o es que tiene los cartuchos de explosivo en la mano?...

—Uno en cada mano —precisó el endomoniado sujeto—. El otro me le perdió.

—¡¡Salvaje!! —gritó Urmeneta, dando otra vez rienda suelta a su furor y a su miedo—. ¡¡Carabineros, auxilio!! ¡¡Hay que hacer bajar a ese demente a balazos!! ¡¡Le van a estallar las dinamitas con el calor de las manos!!

No se necesitó más para provocar el pánico. Gritando, volcando sillas y luchando a empellones, el público y los miembros de la *troupe* se lanzaron hacia las puertas de escape. El parte policial dice que hubo decenas de pisoteados y contusos y que una mujer dio a luz en medio del tumulto. La carpa fue rota a cuchilladas y dos de las locomotoras desaparecieron al ser

invadida la pista; los rieles y accesorios quedaron hechos añicos.

Mientras ocurría aquel *pandemonium*, Domingo Bulnes descendía con dignidad por la escala de gato para entregarse a los policemen que le apuntaban con sus revólveres.

Tal fue el inesperado y ruinoso final de *El hombre que no tuvo infancia*. Antes de emprender la retirada, Porotito buscó al consternado empresario para presentarle sus excusas:

—Mucho lamento lo que pasó, pues don Arturo, y toda la culpa ha sido mía. ¡Quién me mandaba traer a esa curado irracional!

—Pudo haber sido peor —filosofó Urmeneta, paseando la mirada por el revuelto escenario de la fatalla—. ¡Qué faltó, por Dios, para que volásemos todos hechos papilla!

Isaac y Rebeca habían esperado a Ongolmo en la avenida y lo recogieron en el auto para llevarlo a casa.

—Con todo —dijo Kaplún mientras corrían hacia Bombero Núñez—, usted y su asistente han hecho un número como no volverá a verse en mucho tiempo. Aunque ensayaran diez años no podrían igualarlo.

—Y nunca hará Domingo tantos estropicios juntos —agregó Porotito—. En tres minutos aportilló mi número, liquidó a Zapātilla, dejó al equilibrista en ridículo y mandó doscientas personas a la Asistencia Pública y trescientas sillas a la picaduría de leña. Del empresario es mejor no hablar: lo único que le queda por hacer es sacar el circo a remate.

Santiago invadida

Mientras don Chupeta purgaba su fechoría en el calabozo, don Arturo Urmeneta hacía el balance de la noche funesta:

| | |
|--|--------------|
| Destrozos en la carpa y en los palcos | \$ 1.000.000 |
| Destrozos en la fachada del circo: | 400.000 |
| Sillas destruidas: | 200.000 |
| Juquetes destruidos y robados: | 1.000.000 |
| Dinero robado en boleterías durante el pánico: | 500.000 |
| Indemnizaciones cobradas por los heridos: | 650.000 |
| Multa por introducción de explosivos en lugar de reunión pública: | 300.000 |
| Multa por haber permitido que trabajase un mozo en estado de ebriedad: | 100.000 |
| Socorro a la viuda del equilibrista Rogelio: | 400.000 |
| Funerales del equilibrista suicida: | 180.000 |

Cuando el anonadado empresario hubo hecho la suma de estas cifras, comprendió que el Circo Urmeneta había dejado de existir y se dispuso a preparar la subasta de sus enseres.

De aquel luctuoso suceso sacó buen partido la prensa amarilla. Lo que más pareció complacer a sus lectores fue la manera cómo el infeliz Rogelio había

puesto fin a su vida. ¡También es verdad que fue la suya una muerte singular! No utilizó armas ni veneno: subió simplemente a la cuerda floja como lo había hecho Domingo, sin red ni pértiga —¡pero, a diferencia de él, sin trinquiforti!—, exclamando esta frase digna de Shakespeare: “Sólo podré vivir si no encuentro la muerte!”

Comentando aquellas tristes noticias, Isaac Kaplún le dijo a su socio:

—Una cosa buena sale de todo este desastre, y es que usted vuelve a concretarse a su trabajo.

—Ambas cosas eran “compatibles”, don Isaaquito.

—En adelante no, Ongolmo. De aquí a dos días nos entregan la otra mitad del piso, y dentro de una semana recibimos la primera granizada de pacientes extranjeros. Olvídense de su trencito y recuerde que tendremos que trabajar día y noche, como los intereses de la deuda que nos echamos encima.

—Del trencito ya me olvidé. Es a don Arturo al que no puedo olvidar...

—Ya se arreglará don Arturo. Lo bueno de este país (y lo malo) es que nadie se muere de hambre. De una manera o de otra volverá el Circo Urmeneta a levantar cabeza. Se lo digo yo, que he quebrado tres veces.

Siete días después descendió en Pudahuel el primer contingente de los Estados Unidos. La televisión mostró el aterrizaje del DC-25 y el desembarque nunca visto de ciento veintitantos caballeros calvos, como producidos en serie, que eran acogidos por el clamoreo de un público desternillado de risa.

Hablando en close-up ante la cámara de TLV, el pasajero Floyd A. Livingstone, de Nueva York, N. Y., expresó (traducido por el locutor):

—Venimos llenos de fe, porque sabemos que Santiago es el Lourdes de los pelados. ¡A falta de muletas, dejaremos aquí nuestras pelucas!

Otro pasajero, procedente de Sauzalito, Cal., dijo:

—Mi antepasado José Pedro Inostroza fue de Chile a California a buscar oro; yo, Wilbur H. Inostroza (pronunció *Ainostrous*), vengo de California a Chile a buscar pelo. ¡He aquí una prueba minúscula, pero práctica, de las posibilidades del mercado común americano!

El caballero de color Jonathan Napoleón Smith, director de Correos de Nueva Jersey, N. Y., contestó a las preguntas siguientes:

—¿Hay muchos calvos entre la color people?

—Poquísimos, porque la calvicie es una tara de las razas debilitadas. A mí me viene por un abuelo polaco.

—¿Tuvo usted dificultades para obtener pasaje?

—En absoluto. Desde que los negros conquistamos el poder en los Estados Unidos, imponiendo el número de nuestra raza prolífica, se acabaron los letreritos con sabidos en buses, trenes y aviones: *Color people*. Ahora los letreritos dicen: *White people*. Y como los negros estamos por encima de los prejuicios raciales, no tenemos inconveniente en viajar revueltos con los blancos... Fue cuestión de un simple decreto de nuestro amado Brutus Armstrong, primer Presidente de color de los Estados Unidos.

—No nos referíamos a eso, míster Smith; preguntábamos solamente si hay mucha escasez de pasajes. En fin, ¿cree usted que la descalvización tendrá éxito entre los norteamericanos?

—¿Exito?... ¡Ja, ja, ja!... Se echa de ver que ignoran que en América existen cuatro millones de blancos calvos. Según las estadísticas, nace un calvo cada catorce minutos. En aquel país de cosas originales hay incluso mujeres calvas, las que no tardarán en llegar por acá. Se ha despertado la fiebre del pelo, y creo que los chileños se han metido en un lío con este invento. ¿Cómo van a poder recibir a esa porción de la humanidad que se les viene encima?

—Muchas gracias, míster Smith —terminó el locutor de la TLV—. Y aquí, señoras y señores, nos despedimos

en nombre de SEBORREOL DIECIOCHO, cuyo frasco mágico tienen ustedes delante de los ojos (Marcha característica). "Para caspa y seborrea, SEBORREOL DIECIOCHO"; un producto garantido de LABORATORIOS CHARRUR, BETINYANI Y COMPAÑÍA.

Sucedió lo que estaba previsto: en una semana quedaron colmados los hoteles de Santiago. Empezaba el "lío" de que hablara Mr. Smith, ¡y éstas no eran más que las tímidas olitas precursoras de la marejada que iba a desencadenarse!...

Igualmente difícil era hallar un taxi, un asiento en las barberías o una mesa en los bares céntricos. Filas de gentes pechaban en las casas de cambio. Todo estaba ocupado por esos invasores de vestimentas estafalarias que llevaban colgada al hombro una filmadora y hablaban un inglés degenerado. Se hubiera dicho que la capital de Chile se estrechaba; tan insuficientes se hacían sus servicios de uso público.

La especulación y los abusos no se hicieron esperar en ese "paraíso del turismo". *La Nación* denunció que por lustrarles los zapatos cobraban a los yanquis un dólar, por afeitarles dos dólares y por llevarles en taxi tres dólares. Fue menester que las autoridades interviniesen con medidas drásticas para evitar que el hospitalario pueblo chileno desvalijara a los incautos extranjeros.

Un comentarista radial, al que hicieron eco los redactores deportivos de los diarios, lanzó este grito de alarma: "Sin una cama disponible en sus hoteles, Santiago no podrá ser la sede del Campeonato Mundial de Fútbol!"

—Es inconcebible —expresó don Carlos Wing Izquierdo hablando a los directores de la Sociedad Colo-Colo—, es inconcebible, señores, que el país esté a punto de perder esta oportunidad privilegiada por causa de su incapacidad de hospedaje. Quiero hacer valer el único mérito de que me enorgullezco, el de haber luchado

toda mi vida por el engrandecimiento del fútbol chileno, para pedir a ustedes que me honren con la misión de presentar este problema a la consideración del Supremo Gobierno.

Por unanimidad aceptó el directorio esta patriótica iniciativa del adalid del deporte, y a la mañana siguiente se hizo anunciar en la secretaría del Ministerio del Interior.

No era día de audiencia, pero el Ministro Sabatún estaba precisamente leyendo en el diario lo relativo al campeonato mundial —en lo que era imitado por el Subsecretario y por todo el personal del Ministerio—, de manera que el presidente de Colo-Colo fue recibido con la prontitud y los miramientos reservados a las visitas de honor. Por otra parte, ya hemos dicho que Colo-Colo había devenido en fuerza política (ciento ochenta mil socios de Arica a Puerto Aysén), habiendo por entonces cinco diputados y tres senadores elegidos con los votos de esos deportistas.

—Señor Ministro —manifestó don Carlos con su conocida elocuencia—, el país ha hecho un esfuerzo extraordinario, se ha endeudado por diez años para levantar un estadio de cien mil asientos, y estamos ahora en la inminencia de no poder utilizarlo en el fin para el cual fue concebido. ¡Tenemos el estadio, pero no tenemos dónde alojar a los fanáticos!

—Es que debieron construirse primero los hoteles y después el estadio —contestó el Ministro—. Como siempre, se han hecho las cosas al revés. Ahora hay que abocarse a toda prisa a la cuestión de dar alojamiento a los miles de hinchas que vendrán de dentro y fuera del país a presenciar el campeonato... Me preocupa esto tanto como a usted, don Carlos, y he pedido a Su Excelencia que tratemos del asunto en un próximo Consejo de Gabinete.

Máquina atascada

Al entrar a la cuarta semana de su tratamiento, Floyd A. Livingstone estrechó la mano de Isaac y le dijo:

—Esto marcha. Le felicito, mister Kaplún.

Livingstone es aquel caballero neoyorquino que declaró que Santiago era el Lourdes de los pelados. Le hemos conocido por este rasgo de humorista; conozcámosle ahora bajo otro aspecto.

Tomó asiento en la oficina sin esperar invitación, y poniendo un pie sobre el escritorio, dijo sin alarde alguno:

—Ofrezco quinientos mil dólares por la patente de su específico.

Con igual tranquilidad le contestó Isaac:

—No se vende.

Livingstone puso el otro pie sobre la mesa y encendió un cigarro puro.

—Escuche, mister Kaplún. Usted está metido en un berenjenal, jamás podrá satisfacer la demanda. Esto es un big business: no es para Chile, es para América.

—Se olvida, señor, que en "América" no se encuentran yerbas similares a las nuestras...

—Por cierto que sé que no las tenemos. He pensado en esto mientras me remojaba en su sopa naturista. Y también he pensado que podríamos llevarlas desde aquí.

—Usted bromea.

—No he venido desde América hasta Chile para bromear; he venido a explorar este negocio. No habría inconveniente en importar la yerba, así tuviésemos que fletar un barco *ex profeso*.

—¿Pero se imagina cuánto costaría eso? ¿y cuánto debería pagar una persona por descalvizarse?

—Mucho menos de lo que estoy pagando yo —dijo el yanqui—. Si me hubiera descalvizado en mi país, me habría ahorrado los mil dólares de los pasajes y los cuatrocientos dólares de hotel y otros gastos... Tendríamos un margen amplio para elevar la tarifa reduciendo a la vez el costo práctico.

Bajó los pies y dejó el asiento.

—Repito mi oferta: quinientos mil dólares por la patente. Como estaré todavía una semana en Santiago, tiene usted tiempo para pensarlo. Buenos días, míster Kaplún.

La sorpresiva proposición no impresionó a Isaac ni poco ni mucho. Como hombre irritable y nervioso, era extremadamente sereno ante las cosas de bulto. Esa noche invitó a Ongolmo a su casa y durante la comida les contó a él y a Rebeca su entrevista con el business man. La propuesta negociación no les causó sorpresa, como si la hubiesen tenido prevista. De otra parte, la idea de vender estaba tan lejos de sus mentes que no se detuvieron a considerarla...

Lo que Livingstone consiguió fue picar el amor propio de la esposa de Isaac.

—Dice ese señor que estás metido en un berenjenal. Es como decir que eres incapaz de crear una gran empresa. Así piensan siempre en "América" de las gentes de cualquier país que no sea el suyo.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —le preguntó sonriendo Isaac.

—Contestaría a ese prepotente agrandando el pelódromo al doble.

—Entonces coincidimos —dijo Isaac pellizcando la barbilla de Rebeca—, Veamos qué dice el técnico.

—Por mí, póngale no más —dijo Porotito—. Si alguien se apequena, no seré yo el apequenado.

Brindaron por el éxito de la nueva etapa que iban a emprender, y de sobremesa discutieron los detalles del plan.

—Necesitamos otro piso completo del edificio y veinte millones de pesos —dijo Isaac—. Pero también hay que saber dónde meteríamos a los mil nuevos pacientes. . .

—Se podrían acomodar en el estadio —sugirió Ongolmo.

—Usted está loco, Porotito. ¿No ha leído los diarios? Los futbolistas les echan la culpa a los pelados de que no pueda realizarse el campeonato, y usted quiere que se instalen precisamente en el estadio. ¿Sabe lo que es un *pogrom*?

—No, don Isaaquito.

—Es lo que harían los hinchas con nuestros clientes, y con usted y conmigo, si se les diera la ocasión; descuartizarnos vivos, como quisieron hacerlo el otro día con un referee.

—¡Por Dios! Entonces, ni acercarse al estadio, don Isaaquito.

—No, pues, Porotito: hay que tener cuidado con las manadas de monos de la jungla.

A la mañana siguiente, desde su oficina. Kaplún telefoneó a Abubdala para anunciarle que subiría a verle.

Pero la máquina iba a atascarse.

Como si el Diabolo le dictase la respuesta, el rey de la seda contestó:

—Estoy a sus órdenes, Isaac. . . , siempre que no vaya a pedirme otro piso del edificio.

—Ni más ni menos, es lo que voy a pedirle —dijo la voz del entrepiso.

—Mi amigo —respondió la de la torre en tono inapelable—, esta vez sí que encuentra la puerta cerrada.

—Escuche, Pedro...

—Escuche usted, Isaac. En definitiva, no puedo seguir desahuciando a troche y moche. Estoy advertido de que los locatarios se unirían para defenderse.

—¿Quiere oírme, Pedro? Ya no es problema suyo ni mío: lo que tenemos que resolver es un problema nacional. Lea los cables de esta mañana. ¡Tumultos en las agencias de pasajes en Nueva York! ¡Una cola de dos cuadras ante la puerta del Consulado de Chile!

—Quiere decir, pues, Isaac, que se ha metido usted en un berenjenal.

—Es la segunda vez que oigo lo del berenjenal. Me obliga a recordarle, Pedro, que tiene un deber de lealtad para conmigo —dijo Kaplún cambiando de tono—. Soy el más importante de sus arrendatarios y el que le paga mejor.

—Paga lo que ofreció, no lo que yo le pedí.

—Por otra parte, Pedro, fue gracias a mí que usted hizo la adquisición ventajosa del Hotel Carlton, el que ahora está lleno con los pasajeros que yo hago venir al país.

—¿También me echa eso en cara? ¡Esto ya es demasiado!

—Quiero preguntarle qué haría con su hotel si el Instituto Pilotécnico tuviera que ser vendido al extranjero.

—¡Ah...! —gritó Abubdala fuera de sus casillas—. ¡Conque llegamos a la amenaza!... ¿Pero qué se ha imaginado?

—¡No me imagino nada! —estalló a su vez Isaac—. ¡Le estoy haciendo un favor!

—¡Un chantaje!

—¡Un favor, so histérico! ¡Tengo una oferta por

medio millón de dólares! ¡Si no puedo expandirme tendré que vender, y usted se quedará pataleando en el vacío!

—¡A mí no me chantajea nadie, ni menos un judío mequetrefe!, ¡No faltaba más!

—¡Turco desaforado! ¡El ofertante está aquí mismo, en este edificio, y para eso ha venido desde Nueva York!

—Ni con chantajes ni con mentiras me va a meter cuco el judío trapacero!

—¡Quién habla de mentiras, beduino maleante! ¡vociferó Isaac ya sin aliento; y seguía gritando aún después que el otro colgó el fono—: ¡Querrá chantajearme él a mí, como la otra vez, para poderme estafar y burlar la ley...!

Transpirando, el cerebro adolorido, tuvo que ir Isaac a la farmacia a tomarse un analgésico. Le sobrevenían sacudimientos de furor. No logró calmarse y optó por irse a casa.

Se dio un baño de cabeza en la lucha fría y se tendió a descansar.

Una hora después, ya tranquilizado, llamó a don Judas Judelevich.

—Don Judas, necesito saber si puedo contar con su Banco.

—Diga, Isaac, siempre que no se trate de dinero...

—Don Judas, busco un local de dos pisos completos y veinte millones de pesos para mudarme e instalarme.

—Hijo mío, no tengo el local ni mucho menos los veinte millones. La compra del hotel Pedro de Valdivia nos ha dejado exhaustos. Lamento no poderle servir.

—Don Judas, he roto con el bandolero del edificio, que no quiere entender mi necesidad desesperada de expansión. ¡Hay que absorber la demanda producida en Estados Unidos, o no sé qué va a pasar!

—Así he leído esta mañana. Realmente se ha metido en un berenjenal, Isaac.

—Sí, don Judas (¡Dále con el berenjenal!). Había puesto mis esperanzas en usted.

—Estoy desolado, Isaac, créamelo, pero ya le digo: no puedo servirle por el momento.

Cinco minutos más tarde telefoneaba a don Salomón Yussef para recibir igual respuesta:

—No tenemos locales disponibles, don Isaac; y en cuanto a la otra consulta..., tendría usted que esperar. El Banco ha hecho una inversión muy fuerte en el Hotel Diego Portales, que se compró inconcluso, y esto nos obliga por ahora a restringir las operaciones de crédito.

—Por lo que veo, don Salomón, el negocio del día para los Bancos es la compra de hoteles...

—Así es, pues. Y esto se le debe a la clientela que usted nos trae...

—No voy a traer mucha —observó Kaplún—, si los banqueros, por convertirse en hoteleros, se quedan sin capitales para financiarme.

—Tenga paciencia, don Isaac; ya descalvizará a medio mundo. ¿Siempre dicen así: descalvizar?

—Siempre.

—Qué palabra exacta, ¿eh?... Bueno, hasta pronto; y salude de mi parte a Porotito.

Consejo de Gabinete

El Presidente Chacrur se reunió con sus Ministros a la hora de once, que en Chile no son las 11 sino las 5, o tea time, llamada *las once* por el número de letras de "la hora del té".

Hemos copiado en los archivos de la Moñeda la versión taquigráfica de la deliberación que interesa a nuestra historia.

Presidente Chacrur.— Tenemos que ocuparnos por último de la situación creada con motivo del rebasamiento de la capacidad de hospedaje de la capital. El Ministro Sabajatún ha estado oportuno al hacerme notar la gravedad de un problema surgido por la imprevisión de los gobiernos anteriores.

Sabajatún.— Agradezco a Su Excelencia la buena acogida que dispensa a mi sugestión, pero quisiera manifestar que esta situación no se habría producido en circunstancias ordinarias. Es verdad que Santiago está insuficientemente dotado de alojamientos públicos, pero la crisis total que presenciarnos es la consecuencia de la llegada de una masa de pasajeros que vienen a tratarse la calvicie. Se le ha creado al país un problema para el cual no estaba preparado, y éste amenaza agravarse hasta extremos tales que me parece que el Gobierno debería intervenir.

Betinyani.— ¿Intervenir en qué sentido?

Sabajatún.— Sencillamente, en el de fijarle un límite de expansión a ese... pelódromo, o como se llame, que está en vías de provocar una invasión de extranjeros. Nuestro colega de Relaciones Exteriores ha dado cuenta de lo que sucede en Nueva York: el Consulado está protegido con cordones de policía y el cónsul cablegrafía a Santiago pidiendo que le ayuden a descongestionar la multitud.

Betinyani.— Loado sea Dios. Por fin viene gente a este país.

Sabajatún.— ¡Por fin viene gente!... ¿Pero es que no ve usted las consecuencias?

Betinyani.— Lo que veo es que está entrando el dinero que nos hace falta. ¿Han visto cómo baja el dólar? Es porque hay mil americanos flotantes que están gastando veintitantos dólares *per cápita* al día, o sea, digamos, veinte mil dólares diarios en conjunto. Esto basta para hacer fluctuar el cambio... Ahora, veinte mil dólares diarios son seiscientos mil dólares al mes, y esto da siete millones de dólares en el año... Decididamente, no empieza mal el pelódromo. Lo que yo haría es darle facilidades para expandirse.

Sabajatún.— ¡Por Dios, Fuad! ¡Eso sería agudizar el problema en vez de solucionarlo!

Betinyani.— País sin problemas es país muerto. ¡Hagamos vivir a Chile transformándolo en potencia descalvizadora y hotelera! No hablo así porque yo tenga intereses en un hotel, ni porque Su Excelencia y yo seamos fabricantes de un remedio para la caspa. Hablo con espíritu público y con preocupación nacional. Desde que se acabaron el salitre y la madera buscamos nuevas fuentes de riqueza, y la descalvización puede llegar a ser un surtidor de divisas para la economía chilena.

Presidente Chacrur.— Esa idea presupone la capacitación del país para hospedar a grandes cantidades de pasajeros...

Betinyani.— A decenas de miles, si fuera necesario. Piensen ustedes que multiplicándose sólo por diez el número actual de "invasores", entrarían anualmente setenta millones de dólares.

Katán-Katán (Ministro de Relaciones Exteriores).— ¡Habría que levantar una ciudadela para recibirlos! Y usted mismo reconoce que no tenemos madera...

Betinyani.— La importaríamos, así como importamos lanas y vinos. Los países que surgen son los que han adaptado su economía a sus posibilidades típicas. Noruega se dedicó a la marina mercante, Francia a las modas y los perfumes, Ecuador a los plátanos, Argentina a la carne, el tango y la trata de blancas. Si los hoteles son la industria del porvenir, pues hay que ir estudiando un plan de fomento hotelero en gran escala.

Sabajatún.— Nos hemos desviado del asunto que teníamos en tabla: ¿dónde van a alojarse las delegaciones y los hinchas que vendrán al Campeonato Mundial de Fútbol?

Betinyani.— Yo me pregunto si esa cuestión es de las que deben preocupar al Gobierno. Creo que hemos ido demasiado lejos en nuestra complacencia con los deportistas.

Sabajatún.— ¡El deporte es la defensa de la raza! ¡Y el fútbol ha llegado a constituir la primera preocupación de nuestro pueblo!

Betinyani.— Ese sí que es un problema: una población de dieciocho millones que ya no habla ni piensa en otra cosa que en patadas, goles y compraventa de jugadores. Perdón, Mohamed, pero mi Ministerio nada tiene que hacer con las cuitas de los hinchas. Y si es dinero lo que usted se proponía pedir, tengo que decirle que los escasos fondos de que disponemos están destinados a fines más urgentes: reajustes a un millón de jubilados y una cuota de 500 millones por ese estadio de cien mil asientos. Agreguemos todavía el aumento de nuestros sueldos de Ministros, que deben elevarse por el decoro del país.

El hombre del país sin nombre

Al cabo de su mes de tratamiento, míster Livingstone peinaba juvenil y sedosa cabellera castaña. Después de darse la última ducha de aseo, se vistió, gratificó a los hombrecitos con largueza y se dirigió a la oficina de Isaac.

—Well, míster Kaplún. Mañana regreso a América. ¿Qué hay de nuevo sobre el business?

—Nada, míster Livingstone. La proposición no fue considerada. Confiamos en que saldremos adelante..., estamos resueltos a no soltar la presa.

—Demasiado big business para ustedes, míster Kaplún. Esto es para América.

—¡América, América, como si aquí estuviéramos en Nueva Guinea!

—Well, Norteamérica, si le place. Lo que sucede es que mi país aún no ha sido bautizado. Estados Unidos es una condición política, es un substantivo con un adjetivo, pero no es un nombre... Norteamérica lo define mejor, ya sé, pero molesta a mexicanos y canadienses.

—Puede ser que el Presidente Brutus Armstrong encuentre el nombre; Nueva Etiopía, o Nuevo Congo...

—Well, míster Kaplún: he consultado a mis consocios de Nueva York, y aquí está la oferta mejorada: setecientos cincuenta mil dólares. ¿Okay? ¿Sí o no?

—No. Es decir, no sé... Yo también tengo a quién consultar. Y creo que no aceptarán.

—Le dejaré mis señas por si se deciden —terminó el yanqui; y entregó a Isaac su tarjeta comercial: *Floyd A. Livingstone. International Trading and Financial Corporation Ltd. Inc., Wall Street 828, piso 125; New York, N. Y., U. S. A.*

El inversionista volvió a su patria convencido de que Isaac era un hueso duro de roer. No sospechaba que éste, como un consumado actor, había sabido ocultar la impresión que los nuevos términos le produjeron. ¡Tres cuartos de millón! ¡Esa ya era una oferta!... Cuando la oyó, Isaac se tambaleó interiormente y pensó que Livingstone tenía la partida ganada. Pero la vieja voz de su raza le susurró al oído: "Calma, calma; no hay apuro. Ponte la máscara y espera".

Anduvo enmascarado ese día y el siguiente. Ni su socio ni su mujer supieron nada. Finalmente cedió a la tensión nerviosa y les reunió a la hora de almuerzo para informarles.

Porotito pestañeó de prisa. Rebeca salió al balcón del departamento, meditó, fumó pausadamente su cigarrillo. Por último vaticinó:

—Van a ofrecer un millón.

—¿Qué es lo que te hace pensar así?

—Que han subido un cincuenta por ciento sin que tú abrieras la boca...

—¿En un millón venderías, Rebeca?

—Sin vacilar.

—¿Y Porotito?

—"Interpérritamente", don Isaaquito.

—Serían mil millones de pesos —suspiró Isaac—; un poco menos ahora, por culpa de nosotros mismos, que hemos hecho bajar el cambio...

Sirvió whisky y bebieron. Estaban de pie, curiosamente silenciosos. Sus corazones batían al unísono: *Mil millones, mil millones...* De pronto Rebeca observó

que su marido palidecía y que la frente se le cubría de transpiración. Le preguntó:

—¿Te sientes mal?

—No, no es nada...

—Tienes cara de fatiga, Isaac. Siéntate —y lo condujo con suavidad hasta el diván.

Isaac puso el vaso sobre la mesita. Este ademán dejó ver que su mano temblaba como la de un afebrado.

—Tú estás enfermo, hijito.

—Es el *surmenage*... Tú ves que no tengo descanso... Ahora me siento mejor; no te preocupes —Y con súbita energía increpó a Porotito—: ¡Pero siéntese usted también, de una vez! ¡Qué se queda haciendo ahí parado!

Porotito obedeció confundido, sin atinar a explicarse la causa de aquel exabrupto.

Almorzaron con grandes pausas de silencio, como si algo tenebroso gravitase sobre ellos. Los dos socios se espiaban a ratos con el rabillo del ojo. Hubo una corta sobremesa y salieron a la calle. Al instalarse en el automóvil se produjo el incidente.

—Mire, Ongolmo —le dijo Isaac golpeando las palabras—, lo que usted ha hecho hoy, no volverá a hacerlo, ¿me entiende?

—¿Qué es lo que hice, don Isaac?

—Delante de mí, no lo volverá a hacer.

—¿Metí la pata en algo? ¿Qué fue lo que hice?

—Usted sabe muy bien a qué me refiero. ¡He estado a punto de desmayarme!... Por suerte Rebeca no alcanzó a darse cuenta.

—Don Isaaquito —dijo Ongolmo embargado por la aflicción—, si hice alguna cosa inconveniente, dígame qué fue. Usted sabe la estimación y el cariño que les tengo a usted y a la señora Rebequita. La última cosa que yo haría en la vida sería ofenderles. Lo digo poniendo delante el recuerdo de mi mamita.

—No fue una ofensa, Ongolmo... No es fácil explicarlo... Hablaremos de esto en la oficina.

Mientras el coche corría, el pobre hombre se atormentaba pensando cuál podría haber sido su falta.

Al entrar al escritorio, Isaac sacó del estante un ejemplar de *Paris-Match* y lo abrió en la página en que estaba el retrato de su amigo.

—Mire esta fotografía —le dijo con voz temblorosa.

—La estoy mirando, señor.

—Está en el aire, a una pulgada por encima del suelo... Había creído hasta ahora que se trataba de un defecto de la foto; pero hoy he visto que es verdad que usted se eleva.

—¿Me elevó, don Isaac?...

—Se despega y flota en los momentos de euforia. ¿Quiere hacerme creer que lo hace sin darse cuenta?...

—Don Isaac —dijo Ongolmo a punto de romper a llorar—, usted tiene que estar equivocado... ¡Cómo se le ocurre que un cristiano de carne y hueso va a poder hacer tal cosa!

—No vamos a discutir si esto es sugestión, magia o milagro —cortó Isaac—; lo que tengo que decirle es que *no quiero* volver a verlo parado en el aire.

—Sí, don Isaac.

—*No me gusta* lo sobrenatural ni lo inexplicable.

—Sí, don Isaac.

—Todo esto, Ongolmo, queda entre nosotros; pero usted me responde..., me responde... ¡Quiero que comprenda: podría caerme muerto!

—Si es verdad que floto y volviera a suceder, yo también podría morirme de miedo —dijo Porotito como un niño asustado—. No sé qué haría, don Isaaquito por Dios, para que no se repitiera. Andaría con zancos o me pondría zapatos de buzo, con suelas de plomo. ¡Por la Virgen Santísima, no hablemos más de esto!

—Tiene razón, Ongolmo. Es mejor tratar de olvidarse.

La marcha de los hinchas

Salió Porotito de la oficina dejando a Isaac hundido en sus perplejos pensamientos. El mismo no estaba en mejores condiciones. "¡Esta era la gracia que me quedaba por hacer!", se decía mientras iba de un lado para otro sin lograr concretarse a su trabajo. "¡Miren qué numerito novedoso: vestido de angelito (o de murciélago), revoloteando por encima de las plateas!". Se imaginó también que era un equilibrista sin alambre, o un hombre-bala sin cañón. El artista más raro de todos los tiempos, ¿pero qué espectador sería capaz de verlo sin volverse inmediatamente loco?

Estremecido sólo de pensar en esa facultad pavorosa (¡que era absolutamente incontrolable!), entró en el salón de espera y se dejó caer en una poltrona. Sudaba como si viniera saliendo de un baño de vapor... La compañía humana y la música asordada fueron poco a poco tranquilizándole los nervios.

"Una cosa así no puede suceder", pensó tratando de sugestionarse. "Sería un milagro, y ya pasaron los tiempos de la Historia Sagrada... ¿No será que a don Isaac le está fallando el "cerebro"? Dios no lo permita en un caballero tan inteligente y cualidoso".

Distraídamente, mientras seguía el hilo de su cavilación, tomó de la mesa un diario del medio día. Se quedó con él en la mano sin atinar a fijarse en la foto y los gruesos caracteres que llenaban la primera pla-

na. Fue al cabo de un largo minuto que distinguió la vista aérea del estadio gigante, imponentemente vacío, con el titular en tipos rojos: SE CHINGÓ EL MUNDIAL: *hay asientos, pero no hay camas* (Pág. 5).

Traído a la realidad por la noticia, buscó la quinta página y leyó:

“No habiendo podido resolverse el déficit de alojamientos, la FEFUCHI cablegrafió a la FUFIFA comunicándole que nuestro país renuncia a ser la sede de la magna justa deportiva. La última gestión intentada ante el Gobierno fracasó de manera inapelable”. El párrafo terminaba: “Para manifestar su descontento, los clubes de fútbol de la capital se concentrarán esta tarde en la plazuela Vicuña Mackenna, lugar desde donde partirá el desfile de protesta que debe culminar ante los balcones del palacio presidencial”.

Como si no hubiera entendido lo que leyó, Ongolmo dejó el periódico sobre la mesa; luego se puso en pie y salió de la sala con ademán indiferente. Bien se veía que no era un hincha...

Rebeca Turteltaub tampoco lo era; pero a diferencia de Porotito, relacionó el desfile de la hinchada con los vidrios de las ventanas del pelódromo; y tan pronto oyó la noticia telefoneó a su marido anunciándole que pasaría a buscarlo a la hora del té.

Llegó poco antes de las seis y subieron a tomar once a un café que existía en el cuarto piso del edificio.

Notando a Isaac silencioso y cabizbajo, Rebeca atribuyó su preocupación a la misma causa que motivaba la suya. Pero él le preguntó de repente, como el que busca librarse de una obsesión:

—¿Puede una persona desprenderse del suelo?

Rebeca lo miró sonriéndose, y en su sonrisa había un toque de sutil ironía.

—Dicen que los santos pueden hacerlo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por algo que me contaron...; alguien que lo vio... Pero no era un santo el que lo hizo.

—Sería un *jinna*.

—¿Qué es un *jinna*?

—Un benefactor de la humanidad, un descubridor, un hombre-guía; todo eso puede ser un *jinna*, que en sánscrito significa ángel o conductor de hombres. Fueron *jinna*s Sócrates, Hipócrates, Pasteur, Florence Nightingale, Edison, Salk, Einstein, los Curie. También lo fueron Chaplin y Walt Disney, que dieron momentos de alegría a millones de seres humanos. Estos hacedores del bien, estos ángeles sin alas que viven entre nosotros, son seres providenciales en posesión de la Gracia. Por eso, aunque no son estrictamente santos, se dice que podrían levitar, flotar en el vacío como San José Cupertino.

—¿Dices que posee la Gracia el que hace reír?...
—preguntó Isaac con un hilo de voz.

—La risa es un don divino —contestó Rebeca—, es un bálsamo espiritual que cae de lo Alto para ayudarnos a sobrellevar la existencia.

—Escucha, Rebeca...; si vieras levitar a un tony, pongamos por caso...

—¿Quieres decir, a Porotito?... ¿Y no lo viste tú mismo?

—¡Qué!, —saltó Isaac haciendo bailar la mesita—; ¿lo viste tú también...?

—Por supuesto que lo vi. Sólo que tuve más serenidad que tú. Las mujeres nos desmayamos por táctica, pero no por miedo.

Isaac se echó atrás en el asiento y contempló a su esposa como si ella misma estuviese suspendida en el aire.

—¡Soportaste eso sin pestañear, y lo afrontas como si fuese una bagatela!...

—No lo afronto; lo acepto —dijo Rebeca—. Es un prodigio, ya lo sé; pero todo es un prodigio. Prodigio

es haber nacido, prodigio es que pensemos y hablemos, que nos durmamos y despertemos.

—¡Pero no flotamos en el aire!...

—Lo haríamos si poseyésemos la Gracia.

Isaac transpiraba, se revolvía en el sillón.

—Así es que Ongolmo Cabello Valdebenito es un *jinna*...

—Y un *jinna* doble —dijo Rebeca tentada de risa—. Siembra la alegría con sus payasadas y siembra la felicidad con sus "guataplasmas" (Estalló en carcajadas nerviosas). ¡Qué barbaridad lo que iba a decir!

—Dílo, dílo.

—Que Porotito es una escopeta de dos cañones. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué horror! ¡Me va a dar por reirme! ¡Ja, ja, ja! Es un *jinna*, un ser providencial. ¡Ja, ja, ja! Es el hombre más grande que hemos conocido. ¡Ay, Isaac, no puedo parar de reirme! ¡Ja, ja ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Guataplasma de risa; eso es lo que tengo! ¡Ja, ja, ja! ¡Y tú, con tu cara de ajusticiado que me da más risa que veinte payasos juntos! ¡Ay, ay, ay! Ay, ay, ay!...

Entregada a su desahogo histérico, Rebeca no oyó ni dejó oír a Isaac el rumor de multitud que se elevaba del lado de la Avenida O'Higgins.

Lo oyó en cambio don Pedro Abubdala desde el vigésimo cuarto piso del rascacielo. Hallábase el magnate conferenciando con el contralor general de sus negocios cuando el vocerío del desfile llegó a sus oídos como el fragor de una tormenta que se acerca. Abubdala oprimió un botón y la torre de cristal giró hasta quedar orientada hacia el sur. Santiago empezaba a iluminarse y su telaraña de luces se extendía a quince millas de distancia, envolviendo al pueblo de Saint Bernardo como si fuese un suburbio de la enorme capital.

—¿Qué bullanga es esa? —preguntó el financista.

—Son los hinchas que van a protestar ante el Gobierno—, le informó el contralor —Se les aguó el campeonato y están hechos unas furias. A esto les han azu-

zado los periodistas, que culpan al pelódromo de haber copado los alojamientos.

—¡Lo que falta es que me apedreen el edificio!
—exclamó Abubdala, y corrió a asomarse al ventanal.

Por la ancha avenida avanzaba la muchedumbre portando estandartes y teas llameantes. Encabezaba el desfile una bandera chilena sostenida por los dirigentes de la FEFUCHI; detrás de ella iba un juglar del deporte, un futbolista en tenuta de cancha que marchaba manteniendo la pelota en el aire a golpes de cabeza. El griterío era ininteligible, pero a ratos se oían unos golpes de bombo que retumbaban con el slogan de guerra de los fanáticos:

—¡¡Fútbol!!

—¡¡Fútbol-fútbol-fútbol!!

El tránsito se había interrumpido y los simpatizantes aplaudían a los abanderados de sus clubes favoritos.

—Bonita serenata le van a dar a Chacrur —dijo Abubdala—. Ni los sindicatos podrían organizar una marcha como ésta.

—Es que la pelota está antes que la sopa —sentenció el contralor—. Por algo se la fomenta como la necesidad más importante, como el objetivo primordial de la vida. Para la hinchada hay páginas y páginas en los diarios, incluso en el diario del Gobierno, mientras que el arte y la ciencia quedan arrinconados en secciones de veinte líneas.

—¡¡Fútbol!!

—¡¡Fútbol-fútbol-fútbol!!

—El hincha pesa más que el artista o el inventor —dijo Abubdala—; no importa que sea la hez de la sociedad: guaraquero, hampón o putaño. Está en mayoría y manda. Cuando faltan caminos, escuelas y hospitales, Su Majestad el Hincha ha obtenido miles de millones para hacerse construir un estadio que ahora no sirve.

—¡¡Que - se - vayan - los - pelados - y que - se - haga - el - campeonato!!

—Con todo, don Pedro, una buena partida de fútbol será siempre un noble espectáculo. ¿Vio el domingo a esa maravilla de Orellana? ¡Tres goales en once minutos!

—Nunca dejo de asistir cuando juega Orellana. Creo que es el virtuoso de Colo-Colo, y me parece un acto de justicia el que le hayan elegido diputado.

—¡¡Que - se - vayan - los - pelados - y que - se - haga - el - campeonato!!

—¿Qué es lo que gritan ahora?

—“Que se vayan los pelados”. Esto le concierne a usted.

—Pues es lo que me estoy temiendo: que las emprendan contra el pelódromo —dijo el financista con creciente inquietud—. Vaya, don Abdul, y ponga sobre aviso a Kaplún, pues yo no me hablo con él, para que esté prevenido contra lo que pueda suceder. Aconsejele que baje las persianas metálicas. Yo trataré de hacer venir alguna fuerza de vigilancia.

La columna vociferante siguió desfilando hasta paralizar el tránsito en siete de las calles que desembocan en la avenida: desde MacIver hasta Morandé. La estación principal del subway quedó bloqueada a la hora de mayor afluencia de pasajeros; en Bandera con O'Higgins una ambulancia de la Asistencia Pública desgarraba el aire con su sirena tratando de abrirse paso.

Vista de cerca, la hinchada era una masa de seres desgredados, de estatura mampata, olientes a ajo y a sudor acre. No iban enojados: parecían más bien divertidos cada vez que gritaban al compás de los golpes del bombo:

—¡¡Fútbol!!

—¡¡Fútbol-fútbol-fútbol!!

Al pasar el desfile ante el Club de la Unión, la flor y nata de la clase dirigente salió a asomarse a los bal-

cones. Un caballero venerable, de barba blanca, comentó al paso del equipo de Colo-Colo:

—Ahí va Orellana, el divino goleador del tercer distrito.

—Si no fuera un demagogo coludido con los socialistas... —le objetó otro caballero.

—No hay que confundir al delantero con el parlamentario, señor Melej.

—Es él quien los confunde: en la cancha marca goales para deslumbrar al electorado, y en el Congreso les pasa la pelota a los izquierdistas para golear a la derecha.

La Moñeda esperaba a los manifestantes con la calma de un goalkeeper acostumbrado a las situaciones de apremio. Cuando el bombo y los gritos resonaron en la calle Morandé, la guardia de Carabineros del palacio tomó sus posiciones y el capitán Jacinto Errázuriz le avisó por citófono al secretario del Presidente:

—Vienen los futbolistas. Espero instrucciones.

Su Excelencia hallábase en el salón del departamento presidencial con el Ministro Betinyani y dos o tres de sus íntimos. Cuando el secretario le transmitió las palabras del jefe de la guardia, Boabdil Chacrur miró a Betinyani como pidiéndole consejo. El hombre fuerte del gabinete preguntó qué medidas preventivas se habían tomado. El secretario informó que había resguardo policial y carros "guanacos" apostados en la Plaza de la Constitución. Se discutió en seguida si el Presidente debía aparecer en los balcones al requerimiento de los hinchas. Chacrur hizo ver que no habiendo solución que ofrecerles, se expondría a las manifestaciones hostiles; y si no se dejaba ver, le acusarían de miedoso y perdería igualmente el favor popular.

—No le queda más remedio que hacerse el enfermo, Boabdil —le dijo el rey de las medias.

—Buena idea, Fuad. Digale entonces a Errázuriz, secretario, que guardo cama a consecuencia de un fuer-

te resfrío. Que toda mi simpatía está con los deportistas, pero que el médico de cabecera me prohíbe destaparme.

El Presidente y su Ministro quedaron comentando:

—En buena nos hemos metido con el famoso estadio...

—Después de todo, Fuad, cumplí lo que ofrecí. El estadio existe, y los que me dieron sus votos por esta promesa deben estarme reconocidos.

—Una multitud agradecida es todavía más rara que un candidato que cumple —filosofó Betinyani.

—Mi problema, ahora —dijo el Presidente—, es que esta noche comemos en la Embajada Arabe y los hinchas me van a pillar en la mentira...

Cuando los fanáticos llegaron delante del palacio, don Carlos Wing Izquierdo y el Honorable Floridor Orellana se adelantaron hasta el portón y pidieron hablar con el oficial de la guardia. El capitán Errázuriz les hizo pasar a su oficina y les escuchó con militar cortesía.

—El pueblo desea que Su Excelencia salga a los balcones. Este caballero es el diputado Orellana; yo soy Wing Izquierdo.

Inclinándose con respeto, el oficial le dijo a Orellana:

—Debo felicitarlo, señor diputado, por la forma en que jugó el domingo —Y dirigiéndose a don Carlos—: A usted, señor, no recuerdo haberlo visto en la cancha...

—Oh, yo no soy jugador.

—Perdone; me pareció oírle decir que era wing izquierdo.

—Esos son mis apellidos.

—Mil perdones. En cuanto a Su Excelencia, señores, lamento decirles que ha caído a la cama con una fuerte grippe y no podrá hacerse presente.

—Qué jeringa —dijo el diputado—. Quiere decir que tampoco lo veremos esta noche en la Embajada.

—¿Asisten ustedes a la comida?

—Claro, pues, los dos. Qué mala pata. ¿Qué hacemos, Carlos?

—Dejaremos por lo menos el memorial de protesta de la FEFUCHI.

Le entregó a Errázuriz un sobre sellado, explicándole que debía ponerlo en las propias manos del Presidente.

—Del Presidente, ¿me entiende?, no del secretario ni de ninguna otra persona. Es un documento que merece la especial atención de Su Excelencia y que espero le hará meditar. Es la queja de un pueblo entero que se levanta como un solo hombre para protestar de que Chile, su patria, tenga que reconocer ante el concierto de las naciones que no puede organizar un campeonato de fútbol. Buenas tardes, capitán.

—Buenas tardes, señor Wing Derecho.

—¡Izquierdo!

—Mil perdones: Izquierdo. Se sale por la puerta de la izquierda; quiero decir, de la derecha.

Cuando los dos personajes volvieron a la calle, la hinchada se apiñaba en muchedumbre compacta y la bandera nacional y el juglar con su pelota perdían el tiempo delante de las herméticas ventanas de la Moñeda. Un murmullo de expectación acogió a don Carlos y al diputado-delantero. Don Carlos hizo ademán de dirigirles la palabra y cien voces gritaron: ¡Silencio, silencio!

—¡Futbolistas...! —les dijo el leader del deporte en su estilo de orador romántico—: ¡el Presidente de la República encuéntrase impedido de comparecer a vuestro llamado! ¡Desde su lecho de enfermo, donde yace derribado por la neumonía, os manda decir que afrontéis como chileños esta hora de adversidad y que os disolváis en orden!

—No ha dicho eso —le sopló el diputado—; y tengo la sospecha de que nos pitó: no está enfermo.

—Por Dios, Floridor, dése cuenta de que somos responsables de la conducta de esta gente. Si no se disuelven, va a haber boche.

—¡Yo desfilo con mi equipo! —exclamó Orellana—. ¡No nos vamos a quedar así!

Pero ya los fanáticos habían prorrumpido en una rechifla cerrada, a la que servían de caja de resonancia los altos edificios de la plaza.

—¡Disolverse! —vociferaba don Carlos.

—¡A la calle Ahumada! —le contradecía el diputado.

Ni ellos mismos podían oírse. A la silbatina espantosa añadíase ahora un bullicio infernal de gritos, tapas y pedorretas. Manos invisibles dispararon huevos y tomates contra la fachada del palacio. Los carros guanacos pusieron en marcha sus motores, mientras que en el zaguán se movía la tropa de la guardia. Un grito cundió entre los vociferantes: “¡Al pelódromo! ¡Al pelódromo!”. En un desesperado intento de sujetar a la masa, don Carlos arrebató la bandera a los dirigentes y se envolvió con ella como un héroe en el momento decisivo del combate. Quiso ser el Prat del fútbol.

—¡Muchachos! —les arengó—, ¡ya todo es inútil! ¡Sepamos perder con honor!

Pero la hinchada arremolinada se lo llevó por delante, lo botó al suelo y pasó sobre él pisoteándolo. Nunca fue el pabellón nacional vejado así; y nunca un adálid quedó de tal manera humillado y molido.

—¡Al pelódromo! ¡Mueran los pelados!

Y la poblada —pues ya no era un desfile ni cosa parecida—, se canalizó como un torrente por la calle Moñeda, contra el tránsito, derribando a su paso un lustrín y un quiosco de periódicos que había en la esquina. Entre la alharaca de gritos y pifias se oyó el ruido de las cortinas metálicas de las tiendas, que eran bajadas a toda prisa en previsión de actos vandálicos.

En el Instituto Pilotécnico reinaba una tensa ansie-

dad, y al anunciarse que la horda se acercaba produjéronse reacciones de pánico. La señorita Rosario abandonó su puesto en la caja y huyó a refugiarse en la torre del edificio; Porotito se metió debajo de un sofá de la sala de espera; y un paciente escapó a medio vestir, con la cataplasma de arena sobre la cabeza.

Los Kaplún no perdieron la calma. Rebeca se encargó de remplazar a la cajera, mientras Isaac espiaba hacia la calle a través de una ventana entreabierta. Se sabían inalcanzables. Las persianas de acero eran a prueba de pedradas, y el frontis del rascacielo estaba protegido por guanacos y nutrida fuerza de carabineros, sin contar los que venían siguiendo a la turba.

Cuando ésta hubo invadido la cuadra y trató de acercarse a su objetivo, el parlante de uno de los carros policiales dio secamente esta orden:

—Disolverse y despejar la calle.

En respuesta resonó una tempestad de chiflidos y de tapas *.

—¡Por última vez: despejar la calle! —tronó el parlante.

Una lluvia de huevos cayó sobre los guanacos, bañándolos con sus claras y yemas reventadas. Hasta aquí duró la pasividad de la policía. Sonó un pitazo y los pitones giratorios lanzaron contra los provocadores sus potentísimos chorros de agua. Los *mens sana in corpore sano* retrocedieron a la desbandada, enredándose unos con otros y rodando en pelotones sobre el pavimento mojado. Todo ésto en medio de una baraúnda de gritos que se oía a varias cuadras en contorno.

Cuando la distancia les hizo sentirse seguros, los hinchas quisieron hacer demostración de los modales que se adquieren en las graderías de los estadios. A la voz de ¡Pacos desgraciados!, empezaron a arrojarles gra-

*La tapa es un ruido fuerte y brusco que se hace con las manos. Es el colmo de lo insultante, pero nadie ha sabido decirnos qué significa.

nizadas de piedras y botellas. Bajo esta voladera de proyectiles pasaron a pérdida los focos de los faroles de la calle, mientras que los cristales de una peluquería saltaban en mil pedazos. Quedaron heridos en este establecimiento una *manicure* y un joven argentino que estaba ondulándose el cabello.

Exasperados hasta la rabia, los carabineros embistieron con todos sus recursos de castigo: guanacos, bastones y bombas lacrimógenas. La desigual batalla dejó un balance de doscientos contusos, entre ellos el diputado Orellana y un inocente mensajero de la *All America Cables* que llevaba a Kaplún un telegrama de Nueva York... Varias vitrinas y un aviso luminoso fueron destruidos. La calle Matías Cousiño quedó sembrada de gente apaleada, de estandartes hechos jirones, vidrios rotos, charcos de huevos y una simbólica pelota desinflada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

La oferta irresistible

Desde la Asistencia Pública, donde yacía el mensajero con la cabeza rota, hicieron llegar al pelódromo, a la mañana siguiente, el casi extraviado cable de Nueva York.

Era un mensaje de una línea y media, redactado en el dialecto comercial norteamericano. Vertido a un inglés de caballeros, rezaría así:

“Querido Mr. Kaplún:

“Hemos resuelto elevar nuestra oferta a un millón de dólares. Se entiende que es el máximo que podemos pagar, y le rogamos se sirva contestarnos en el día de hoy.

“Atentos saludos y mis respetos a la señora Kaplún.

FLOYD LIVINGSTONE”.

Isaac había dormido como un lirón después de las desacostumbradas emociones del día anterior. De otro lado, la oferta estaba prevista y tomado el acuerdo de aceptarla. Leyó pues el telegrama con inmutable serenidad; y como se le pedía respuesta inmediata y no precisaba consultarse, salió para la *All America* y puso el cable siguiente:

"Livingstone,

"Wall St. 828 — New York.

"Conforme su oferta un millón de dólares. Stop.
Avisé fecha llegada para reservarle alojamiento.

"Abrazos,

KAPLÚN".

Su preocupación consistía en cómo darle la noticia a Porotito. Provocar en él un nuevo estado de euforia era algo que había que evitar por todos los medios posibles.

A las diez de la mañana tenía trazado su plan y telefoneó a Rebeca:

—Prepara almuerzo para tres. Compra un calmante fuerte, de efecto rápido, y se lo das a Ongolmo con el aperitivo. También me pones un poco a mí.

—¿Qué sucede, Isaac?

—Se vendió la patente, y tengo terror de que Porotito haga otra vez eso.

—¿Se vendió en cuánto, Isaac?

—En lo que tú predijiste. Por favor, no te olvides de comprar la droga. Tal vez es mejor que sea un narcótico, Rebeca.

A la una de la tarde salió en el auto con Ongolmo. Un telón de acero había caído entre los dos, cortando el lazo de amistad que les unía. Porque —comprendamos a Isaac—, ¿quién puede ser *amigo* de una entidad sobrenatural, de un nunca visto *jinna* de doble misión en la tierra?

No, ya jamás podría ser para él lo que fue: el humilde, bonachón y gracioso Porotito. ¡Todo había terminado entre ellos! ¡En buena hora se iban a separar!

Pero antes había que afrontar esa prueba tremebunda, y el pobre Isaac corría hacia ella con los ner-

vios electrizados. Gobernaba como un aprendiz, sin distinguir las señales de los semáforos ni fijarse en si iba a favor o en contra del tránsito.

Al llegar a casa Rebeca le hizo un gesto de inteligencia ("Todo está dispuesto; no te preocupes"), y se instalaron en el living con las ventanas abiertas sobre el Parque Forestal. Pusieron la radio; hablaron de ésto y aquéllo.

—¿Un aperitivo, Ongolmo?

—No, muchas gracias, señora Rebequita.

—¡Cómolo..., usted, que nunca me falla...

—Ahora voy a fallarle, fijesé. Con el susto de ayer tarde tengo el estómago como si fuera cayendo en paracaídas.

—Un pisquito, Porotito..., le hará bien.

—No, por favor, don Isaaquito.

—Un whiskicito con harta agua...

—Ni con agua bendita, señora Rebequita. Si todavía estoy enfermo con la pelotera de esos forajidos. ¡En qué estuvimos, por Dios, que no nos degollaron a todos!

—No había peligro, con tantos carabineros protegiéndonos.

—Le parece, don Isaaquito; ¿qué no vio que los taparon a huevazos?

De pronto hizo el gesto del que se acuerda de algo.

—¿Y qué fue del caballero que ofertó comprar la patente?

Isaac miró a su mujer con ojos de terror, y ella misma, contagiada, palideció.

—¿Cómo? ¿Quién?

—El caballero que usted decía que iba a ofrecer mil millones de dólares.

Comprendieron que había llegado el momento y que era necesario encararlo como fuese. Porotito estaba sentado en el diván y los dueños de casa en los sillones. Paráronse éstos como impulsados por resortes

y se instalaron uno a cada lado de la visita. Con ademán campechano (pero temblando de pavor), Isaac puso una mano sobre el hombro del *jinna*, y otro tanto hizo Rebeca, a tiempo que ambos, para cobrar coraje, se zampaban de un trago sus aperitivos.

—Precisamente —empezó Isaac con voz calamitosa—, quería yo festejar la noticia que me traía debajo del poncho, ja, ja, ja.

“Qué horror de risa”, pensó Rebeca. “Parece que estuviera sumergido en un estanque”.

—¿Qué noticia, don Isaac?

—Ja, ja, ja. Llegó la oferta y la acepté.

Y marido y mujer palmoteaban a Ongolmo, es decir, lo oprimían por los hombros y por la espalda, en una maniobra parecida a la de lastrar un globo para impedir que se largue al espacio.

—¿Así que pagan por fin los mil millones? —dijo Porotito con pasmosa tranquilidad.

—Sí, pues, se decidieron. Estaba previsto... , no nos toman de sorpresa, ¿no es cierto?

—Claro que no. Bueno, pues. Me alegro por ustedes, que ahora podrán recuperar la parcelita de Maipú. Y me alegro por don Arturo Urmeneta. Anoche, mientras estaba escondido debajo del sofá, le hice una manda a la Virgen de Fátima: ayudarle a don Arturo en su ruina si nos salvábamos. Quiere decir que tendrá otra vez su circo... ¿Pero qué le pasa, don Isaaquito, que está dando cabezadas?... ¡Señora Rebequita, don Isaac está roncando!

Rebeca soltó a Ongolmo y acudió en instantánea ayuda de su marido. Acababa de suceder la vieja equivocación de los venenos y narcóticos, que se los bebe el victimario en lugar de la víctima.

—¡Isaac, Isaac! —decía Rebeca remeciéndole.

—¿Qué tiene? ¿Tomó algo?

—Le dí un calmante para los nervios y parece que me pasé en la dosis. Hay que acostarlo.

Lo izaron entre los dos y lo llevaron como un bulto hasta la cama.

—A ver, Porotito, sujételo para sacarle la chaqueta.

Le quitaron también corbata y zapatos, echáronle la bata encima y ahí lo dejaron como un tronco derribado.

—Qué barbaridad lo que hice —dijo Rebeca a tiempo que dejaba escapar un potente bostezo—. Tal como empieza, no va a despertar hasta mañana.

—Es que anoche no ha debido pegar los ojos —opinó Ongolmo—. Si fue muy grande el sustazo, señora. Con decirle que yo... ¡Pero por Dios! ¡Usted también está quedándose dormida!

Y esto que dice y Rebeca que se desploma. Apenas si tuvo tiempo de tomarla en sus brazos. Viéndola como muerta, no atinó más que a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Apareció corriendo la empleada (cuyo nombre era Socorro), y ante el cuadro de sus amos fulminados empezó a dar voces:

—¡Qué tienen, por Dios! ¡Qué es lo que es lo que pasó, don Porotito!

—Tomaron un calmante y cayeron redondos. Ayúdeme a acostar a la señora.

—¿Qué fue lo que tomaron, señor?

—No sé. Ayúdeme, que no me la puedo.

Tendieron a la durmiente sobre el lecho y la descalzaron. En su sueño profundo musitaba palabras incomprensibles, pero sonreía a la vez, lo que en parte tranquilizó a la espantada mucama.

—¿Habrá que llamar al "dotor"?

—No, Socorrito. No tenga pensión. Hay que dejarlos tranquilos.

—¿Y se van a quedar sin almorzar?

—No pueden comer durmiendo.

—¡Buena cosa, Señor! —exclamó Socorro, y volvió a la cocina haciendo gestos condolidos.

Ongolmo apagó la radio y se sentó otra vez en el diván. Un rato estuvo escuchando los ronquidos de sus amigos, pero no tardó su imaginación en echar a volar en vuelo eufórico. Mil millones... , circo... , viajes, un porvenir tranquilo y feliz...

De esta ensoñación vino a arrancarlo la voz intempestiva de la mujercita:

—Le serviré a usted, entonces, don Porotito.

—¿Qué cosa, Socorrito?

—El almuerzo, pues señor. Son cerca de las 2.

—Tiene razón; vamos a almorzar.

Dejó el asiento y fue a instalarse a la mesa en la silla que ocupaba de ordinario. Se anudó la servilleta al pescuezo dejando las puntas del nudo como dos alitas incipientes.

—Y tan contentos y cariñosos que estaban —dijo con un suspiro—. Viera cómo me abrazaban y palmoteaban. Parecía que querían embutirme en el mueble.

—¿Por qué estaban tan contentos?

—Porque se vende el Itituto y van a quedar millonarios. Pero por qué no se sienta, Socorrito. Almuerce conmigo.

—Cómo se le ocurre, don Porotito.

—¡Ahora sí! Siéntese no más. No me gusta comer a lo cura párroco.

—Yo como en la cocina...

—Entonces comemos los dos en la cocina.

—Bueno, pues, me sentaré —y se ubicó en el borde de la silla y comenzó a servir el *hors d'oeuvre*—. Pero no le vaya a contar a la señora...

—Y aunque le contara, pues niña, qué iba a pasar. ¿Todavía no sabe que tiene los mejores patrones del mundo?

—Son buenos, claro que son buenos. El es corregido y ella no es ná molesta —Les echó una mirada de niña solícita—. ¡Y tan avenidos que son! Catéelos: roncan parejito, como si roncara uno solo.

—Gente europea, pues Socorrito; alemanes.

—No son ná alemanes. Son de la Tierra Santa, del país de Nuestro Señor Jesucristo. Eso sí que ni mentan al Hijo de Dios; ¿no vé que son jodidos?

—Judíos, querrá decir.

—Sí, jodíos. Tienen costumbres que no son de cristianos. Cuando se casó la hermana de la señora, ahí en el templo que tienen en la calle Serrano, si daba tentación de risa ver a los caballeros con el sombrero puesto adentro de la iglesia. ¿Y qué fue del Domingo, don Porotito?

—¿Domingo Bulnes?

—Sí, pues, el Chupeta.

—Ahí está el Chupeta. Lo soltaron de la cárcel y se retiró del negocio de pilchas.

—¿Y qué hace ahora, es qué?

—Está trabajando de ayudante de calderero. Como dice que dejó el trinquí forti y prometió portarse bien, le conseguí ocupación en el edificio del Itituto. Maneja las calderas atómicas de la calefacción y el agua caliente.

Con estos y otros tópicos se mantuvo la conversación hasta el fin del almuerzo. Para la humilde Socorro ha debido ser una experiencia memorable: ¡comer en la mesa de los señores con el tony famoso que una noche la hizo reir y llorar desde la pista! Mañana lo sabrían las *niñas* y *mamas* de todos los departamentos vecinos.

Bebido el café y levantada la mesa, se acercaron a observar a los dormidos.

—No hay que dejar que duerman demasiado —dijo Ongolmo—. A las 5 los despierta y les pone la radio para espantarles el sueño.

Le estrechó la mano para despedirse.

—Y ahora me voy. Gracias, Socorrito, por su compañía.

—Gracias, don Porotito; muchas gracias... por su convite.

Reaparición desastrosa de Don Chupeta

Isaac y Rebeca despertaron tres horas después, pero no por intervención de la empleada sino de la campañilla del teléfono.

Cuando Isaac, después de mucho sonar el aparato, cogió el fono con ademanes de ciego, escuchó la voz de Baquedano, el tenedor de libros; un Baquedano que tartajaba por efecto de la angustia y de la prisa:

—¡Don Isaac, véngase inmediatamente!

—Aló. Qué pasa.

—¡Están por reventar las calderas del edificio!

Creyendo que soñaba, le alargó el fono a la bostezante Rebeca, quien oyó la continuación de la noticia:

—¡La gente está huyendo y vienen llegando las bombas! ¡Estamos envueltos en nubes de vapor!

—¿Baquedano? ¿Es usted? ¿Qué es lo que sucede?

—¡Las calderas, señora Rebeca! ¡A punto de producirse una explosión!

—¡Una explosión! —le gritó Rebeca a Isaac.

Ya éste se había puesto los zapatos, sin cuidarse de amarrarlos, y corría a tropezones con la chaqueta en la mano. Detrás de él salió Rebeca, el pelo despeinado y los botines cambiados. Más tarde descubriría Socorro que escaparon dejando la puerta abierta. Todavía medio dormidos se metieron en el auto y partieron en carrera desalada.

—¡Ayer, batalla campal; hoy, catástrofe! —rabiaba Isaac mientras corrían pellizcando esquinas—. ¡Lindo trabajar así!

Sonaba la *paila*, campana que tañe desde la Comandancia General de Bombas y cuya voz imperiosa ordena a las sirenas de los cuarteles repartir la alarma por los barrios. A lo lejos cruzó como un terremoto un carro bomba de escalas telescópicas. En taxis y motonetas acudían los famosos bomberos voluntarios del país, continuadores de los *machis* araucanos que subían a los volcanes a aplacar las iras del dios del Fuego.

—¡Y suceder esto cuando estábamos ausentes! ¿Qué nos pasó, Rebeca? ¿Qué hora es?

—Son las cinco. ¡Cuidado, no te subas a la verdad!... Pasó que me tomé tu droga, y tú la de Ongolmo. No sé cómo se me confundieron las copas. ¡Pero Isaac, para cuándo hay que parar!

—¡¡No me pongas más nervioso de lo que estoy! No veo de sueño y no sé con qué desastre me voy a encontrar.

En la esquina de Estado con Agustinas no pudo ya aguantarse. Pidió a su mujer que estacionara el coche, se bajó y echó a correr por en medio de la calle.

El edificio Abubdala no ardía ni despedía vapor, pero cuatro o cinco telescópicas se le habían arrimado a distintas alturas para sacar a la gente por las ventanas.

Abriéndose paso a empellones, logró Isaac llegar al entrepiso. Había un desagradable olor a cañerías fundidas. El pelódromo era un *maremagnum* de gente a medio vestir, de hombrecitos, policías y periodistas, a los que el pálido Baquedano trataba de tranquilizar: “Ya pasó el peligro”. Pero lo que más sorprendió a Isaac fue el encontrar allí al propio Abubdala. Y por cierto que en actitud no muy prometedoras. Tan pronto como vio a su arrendatario se vino en dirección suya lanzando chispas por los ojos.

—¡Kaplún, vengo a notificarle que está despedido del edificio! ¡Echado! ¡Se me acabó la paciencia!

—Haga el favor de explicarse. Y no me hable en ese tono, que no es lo mismo insolentarse por teléfono que de hombre a hombre.

—¡Por culpa del roto borracho que ustedes metieron en la instalación hemos estado en un tris de volar por los aires!

—Yo no he metido a ningún roto borracho.

—¡Lo metió su socio, que es lo mismo!

En ese momento apareció Porotito. Parecía la personificación de la vergüenza y de la pena.

—Yo tuve la culpa, don Isaac, por creer en la palabra de ese garganta de lija del Chupeta.

—¿Qué Chupeta? ¿El que destruyó el circo?

—Sí, pues señor. Dejó conectada la pila atómica y se puso a dormir la mona... Ahí se lo acaban de llevar, curado como tenca.

—Porotito —le dijo Isaac después de mirarle de hito en hito—, usted no es el hombre que no tuvo infancia; usted es el hombre que *se quedó* en la infancia.

—Estoy tan afligido, don Isaac. Quisiera hacer un hoyo en el suelo y esconderme.

—Quedan desahuciados —les dijo Abubdala.

—Por una vez coincidimos —contestó Isaac—. Me proponía avisarle que el negocio cierra sus puertas. Disponga del local.

Como Abubdala hiciera gestos de incredulidad sarcástica, Isaac se dirigió a los reporteros cuidando de que aquél oyese bien:

—Esta es una información para ustedes. El descubrimiento que explotamos está vendido a los Estados Unidos.

Ante el aluvión de preguntas de los periodistas, les invitó a pasar a la oficina.

—Voy a darles a leer los cablegramas en que consta el cierre de la negociación.

Así fue como se entregó la noticia de que el pelódromo se trasladaba a Nueva York.

Mientras Isaac conversaba con los reporteros a puerta cerrada, Abubbala, en el vestíbulo, empezaba a meditar y a cambiar de color...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

El día negro de los banqueros

A la mañana siguiente, el rey de la seda leía las informaciones de los diarios con el resuello contenido.

La Nación comentaba:

"Se priva al país de una actividad productora que prometía alcanzar las proyecciones de una fuente nacional de riqueza".

El Trabajo, portavoz socialista, anunciaba en caracteres rojos:

"NUEVO ZARPAZO IMPERIALISTA A LA ECONOMÍA CHILENA".

El mismo diarito decía en su sección deportiva:

"Marcha de los hinchas metió cuco; el pelódromo se manda mudar a USA".

Don Pedro Abubdala sólo veía una cosa: que su hotel, el majestuoso Carlton, iba a quedarse sin pasajeros. ¡Si le hubiera creído a ese bellaco de Kaplún, días atrás, cuando le anunció lo que estaba por ocurrir!...

Dos o tres veces cogió el fono para llamarle y deshacerse en excusas; pero otras tantas se contuvo. No, no podía dar ese paso: lo de la tarde anterior había sido demasiado fuerte.

Para aclararse la mente hizo girar la torre, primero a la derecha y luego a la izquierda. Estuvo así un largo rato, desesperando a los empleados con ese vaivén

que les hacía sentirse como si estuviesen sobre una veleta.

Duraba aquello un cuarto de hora cuando entró la secretaria con el rostro demudado y el ademán tambaleante. No pudo dejar de preguntarle si estaba indispuesta.

—Estamos todos mareados, señor. Venía a ver si hay algún desperfecto que impide detener el mecanismo.

—¡Perdonen!, estaba distraído —dijo el magnate inmovilizando la torre—. Señorita Gladys, ya que está usted aquí: hágame el favor de llamar a don Abdul.

—Está en el water..., enfermo.

—Pues, que venga cuando se le pase.

Minutos después presentábase el contralor, ya repleto del mareo, y se sentaba con languidez en un sillón.

—¿Han revisado las cañerías, don Abdul?

—Acaban de hacerlo y me informan que felizmente no hubo más que un pequeño deterioro en una de las matrices. La haremos reemplazar una vez que el señor Kaplún haya desalojado el edificio.

—Don Abdul —dijo Abubdala emitiendo una tos artificial—, es justamente de Kaplún de quien quería hablarle... Necesito que vaya a verle en embajada de paz.

—Paz —repitió el contralor; y le miró con ojos atónitos.

—Comprenda usted, don Abdul... No conté con que ese hombre vendería su negocio al extranjero. Vea los diarios... Si esto se confirma, deberé cerrar el hotel y quedarme con una inversión muerta de mil seiscientos millones. Sería un desastre, y de él me harían responsable mis asociados, los Abuabuá, los Katán, los Betinyani...

—¿Tiene usted esperanza de que Kaplún se desista de vender?...

—Espero en ese milagro, creo en Dios desde esta mañana. Mi fe es nueva, pero incommovible, don Abdul. Compréndame usted: están en juego mil seiscientos millones y mi prestigio de financista.

—Vaya si le comprendo. Dígame qué debo hacer en su ayuda.

—Baje donde Isaac (que es un buen muchacho en el fondo, y yo lo estimo a pesar de los encontrones que hemos tenido, quizá si por culpa mía más que de él) y dígame que Pedro Abubdala ha olvidado lo pasado, que lo ha olvidado absolutamente, que reconoce que entre los dos, es él (Abubdala, se entiende) el que ha procedido mal; que retira sus palabras ofensivas y que le ofrece de una vez y para siempre su amistad y su aprecio.

—¿Bastará con estō? —observó el embajador de paz.

—Claro que no. Esta es la introducción no más. Lo que usted va a decirle es que la amistad que le ofrezco se probará con hechos. Fijese bien en esto: si se desiste de vender, si el pelódromo queda en el país, le eximo desde hoy de todo recargo en el alquiler; y me comprometo por escritura a cederle todos los locales o pisos que en el futuro desee ocupar. Todos los pisos. Todo el edificio. Se agregarán calderas y tuberías. Se perforarán murallas. Se hará lo que sea necesario —terminó acezando el contrito y atribulado mamut de las finanzas.

Justo en ese instante sonó el teléfono. Mientras Abubdala se enjugaba la frente, el contralor atendió por él.

—¿Quién habla?

—Kaplún.

—¿Cómo...?

—Kaplún.

—¡Don Isaac, buenos días...! Habla Abdul Chuaque. Qué gusto de saludarlo. ¿Cómo está usted?

—Bien. ¿Está Pedro?

—Voy a ver, don Isaac... Espere un momentito. No se retire, por favor.

Tapó el fono con la mano y miró a Abubdala. Este le hizo una seña negativa: "No, no, que no estoy".

—Ha salido, don Isaac. Me dicen que parece que fue al Banco. ¿Desea dejarle algún recadito?

—Quería hacerle saber... Es igual que se lo diga a usted: que dejamos el local en la fecha que él indique.

—Don Isaac —le interrumpió el contralor—, permítame decirle... Precisamente me ha encargado don Pedro una misión ante usted. Me disponía a bajar a su oficina.

—No hay tiempo ahora, Chueca. Chuaque. Voy saliendo a la carrera.

—Don Isaac, escuche. Lo pasado está olvidado. Don Pedro retira sus expresiones y le ofrece una amistad definitiva, una amistad fraternal.

—Dígale que se lo agradezco, Abdul, que no le guardo rencor y que volvemos a ser amigos.

Se iluminó la cara de don Abdul, y su alegría pasó a reflejarse en la de Abubdala.

—¡Vuelven a ser amigos! ¡Cuánto va a celebrarlo don Pedro!...

—Y ahora que me alejo del edificio —dijo Isaac— no tendrá ya más dolores de cabeza por causa mía.

—Señor Kaplún..., ¿quiere decir que se va..., que es verdad que nos deja?...

—De eso se trata, Chueca. Acaba de llegar un cable del interesado, anunciando que viene a firmar la escritura y a recoger la patente.

Una nube ensombreció la faz de los dos hombres de la torre.

—Señor Kaplún..., don Isaac... —trató de retenerlo la voz desfalleciente del contralor—, teníamos la esperanza de que fuera una falsa noticia. Había todo

un plan que proponerle. Todo un plan. Los veinticuatro pisos, ¿comprende?, los veinticuatro pisos...

—Es tarde, Quechua. Lo siento. Tengo mi palabra empeñada.

Y antes de que Chuaque pudiera encajar una frase más, Isaac se despidió y colgó el fono.

—No hay nada que hacer —suspiró don Abdul.

—¿Qué? ¿Es verdad que se va?...

—Sí, don Pedro. Llamaba para avisar que deja el piso en la fecha que usted indique. El pelódromo está vendido.

Abubdala descargó un puñetazo sobre el cristal de la mesa y estuvo un minuto encorvado por la desesperación y la rabia. De pronto se enderezó con un bufido, cogió el teléfono y marcó el número del Instituto.

Pero el 24-4863 sonó ocupado.

En ese momento Isaac recibía una llamada del Banco Israelita.

—¡Aló, Isaac, hijo mío! Aquí, Judas Judelevich... ¿Qué es lo que ha hecho usted, muchacho, criatura de Dios? ¿Es verdad lo que leo en los diarios?

—Sí, don Judas. La cosa está hecha.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Cómo ha ido a hacer eso sin consultarse?

—Me consulté con todo el mundo, don Judas, incluso con usted. Si resolví vender fue porque estaba en un berenjenal, como usted mismo lo dijo: sin local ni respaldo financiero para expandirme. ¡Ahora los Bancos no prestan: prefieren invertir en hoteles!...

—¡Esa es la verdad, por los cachos de la luna, Isaac! ¡Pero qué va a ser de esos hoteles si se corta la corriente de pasajeros que usted había creado!...

—Ustedes los financistas debieron preverlo y ayudarme.

—¡Yo lo hubiera hecho de mil amores, como lo hice una vez; pero acabábamos de comprometer casi mil mi-

llones en esa adquisición!... ¡Qué vamos a hacer ahora con ella! ¡Valdrá menos que una pesebrera!

—Yo lo lamento infinitamente, don Judas, pero no puedo dar marcha atrás.

—Isaac, haremos un esfuerzo. Pediremos dinero al Estado, o a quién sea. ¿Cuánto necesita? ¿Veinte millones? ¿Cincuenta? ¿Ochenta?

—Ya no es cuestión de dinero. Es que no puedo faltar a mi compromiso sin echarme encima una demanda judicial del comprador, que sale mañana de Nueva York en un taxi aéreo.

Tardó todavía un buen rato en zafarse de don Judas, quien se batía como un gato de espaldas a través del hilo telefónico.

No acababa de cortar, cuando volvió a sonar el aparato. Era don Salomón Yusef, que hablaba con la impaciencia del que ha llamado incontables veces sin lograr comunicarse. Su queja era la repetición de la de Judelevich. ¿Qué iba a ser del hotel Diego Portales, que costaba al Banco de Chile mil quinientos millones, si el instituto descalvizador cesaba de descalvizar? Aquello sería una calamidad y un descrédito para la primera institución bancaria del país. ¿Necesitaba don Isaac un empréstito para iniciar la descalvización en gran escala? Pues bien: se le concedería lo que pidiera: cincuenta, ochenta, cien millones...

Nunca, tal vez, en la historia de los negocios, se había dado el caso de que los banqueros asediaran a un cliente para ofrecerle sus capitales, para rogarle que los aceptase. Era inaudito y tragicómico. Judelevich había chillado y gemido; Yusef lloriqueaba y mordía su puro como si fuese una banana.

Pero todo fue inútil.

—Demasiado tarde, don Salomón. Me pagan un millón de dólares; póngase en mi lugar. Los cables cambiados tienen fuerza de contrato y el comprador estará aquí pasado mañana. Tengo dos días para encontrarle

alojamiento y no hay tiempo que perder. Lo siento, lo siento muy de veras. Hasta luego, don Salomón.

Colgó y escapó de la oficina.

Bajaba las escaleras cuando sonó otra vez el teléfono. Aquello parecía no tener fin.

—Don Isaac ha salido —contestó el tenedor de libros—. ¿Quién habla?

—De parte del diputado Irarrázaval. Que tenga la bondad de llamarme en cuanto vuelva. Es urgente.

Debate en la Cámara

Repetidas veces, en el curso del día, volvieron a telefonar a nombre del parlamentario. A las 5 de la tarde llamó éste en persona y preguntó si había alguien que pudiese atenderle en lugar de Kaplún.

—No está él ni su socio —le informó Baquedano—. ¿Qué es lo que usted desea, señor Irrarrázaval?

—Se trata, compañero, de que voy a referirme en la sesión de mañana a la venta del pelódromo. El Partido Socialista desea que se informe al pueblo sobre este asunto.

—Sí, señor diputado.

—Primeramente, ¿es verdad que se vende?

—Sí, señor diputado.

—Segundamente, ¿en cuánto se vende?

—No estoy autoriz..., no sabría decirle.

—No tenga miedo de decírmelo, compañero.

—No lo sé, señor diputado.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Otra cosa, patroncito. ¿Cuánto le entra por mes al negocio ése?

—Bueno..., es un dato reservado...

—¿Por qué tanto secreto, si va a cambiar de dueño?

—También es cierto... Entran como cien mil Betinyanis por mes.

—¡Cien mil por mes!... No puede ser. Sería una lluvia de millones.

—Es que hay gastos, pues señor. No es entrada líquida.

—Bueno, muchas gracias, jefe. Eso es todo lo que quería saber.

Isaac llegó cerca de las 6. Había pasado el día en su casa, escondido de sus perseguidores, telefoneando a hoteles y boarding houses. Pese a esta búsqueda afanosa, no encontró las dos habitaciones en que debían instalarse Livingstone y su comitiva.

—¡Es de no creerlo! —comentó dirigiéndose a la secretaria—. Tendrán que ir a alojarse a Curacaví.

Parecía éste el único arbitrio posible, cuando apareció Ongolmo trayendo una solución como sólo a él podía habersele ocurrido.

—Albricias, don Isaaquito. Hallé donde meter a los gringos. Es cuestión de elegir no más.

—¡Elegir! —exclamó Isaac—. ¡Pero si no hay ni una buhardilla desocupada!...

—Hay cuatro camas disponibles en una Maternidad del Seguro Social.

—¡Qué disparate!... ¿Así son todos los datos que me trae?

—No podemos regodearnos, pues don Isaac. Si no sirve esto, lo único que habría sería en... en Benjamín Subercaseaux 208.

—¿Qué hay ahí? ¿Un hospital?

—Una casa de citas. Datito de un chofer de taxi.

—¡Casa de citas!... ¿Pero usted está loco?

—Peor sería que durmieran a la "intempérides". Es una casa para caballeros de lujo, con un portero enguantado.

—¿Pero usted se olvida —dijo Isaac estallando de risa—, que mister Livingstone viene con su señora?

—Ya sé que viene con ella —contestó Ongolmo—, y así se lo hice saber a la patrona de la casa. Por eso

fue que me dijo que tendría que pagar derecho de corcho.

—¿Qué es eso?

—Cuando usted se hospeda en un hotel e introduce vino o licor comprado afuera, tiene que pagar un derecho: el derecho de corcho. Lo mismo sucede en las casas de citas si se lleva mujer afuerina.

Para poder reirse a sus anchas, Isaac se dejó caer en un sillón de la oficina. Cuando pudo hablar, preguntó:

—¿Y usted piensa que el señor y la señora Livingstone van a aceptar instalarse ahí?...

—Si no aceptan, pues don Isaac, tendrán que dormir en un banco de la Plaza de Armas.

Por largo rato siguió Isaac riendo a carcajadas. Lo que causaba su risa no era tanto la excentricidad de la solución de Porotito como el hecho de que los Livingstone, con su piloto y su experto en hierbas, tendrían que alojarse inevitablemente en la casa para caballeros de lujo.

—¿Y tendrán que pagar todos el derecho de corcho?

—Me supongo que sí, en el caso de que el verbatero y el aviador no quieran "quedarse" con las niñas de la casa. En buenas cuentas, se paga corcho porque sí y porque no.

Estudiaron las medidas que deberían tomarse para evitar que los viajeros se dieran cuenta de la índole de aquella hospedería. Quedó acordado que reservarían la casa a puertas cerradas (tenía cinco dormitorios) y que los corchos se facturarían comprendidos en el valor del alojamiento.

—Durante tres días con sus noches —le dijo Isaac a la patrona—, usted no deja entrar aquí ni al arzobispo. Invente cualquier cosa: que los catres están en reparaciones. o que hay un velorio. Esto es un *hotel*, ¿entiende?, un tranquilo hotel para hombres de negocios.

—Entendido, señor —contestó la señora Teatinos—.

Haré retirar del living los cuadros de Sodoma y Gomorra.

—Sí; y nada de teteras con agua caliente, ni toallitas sospechosas.

—No tenga cuidado, caballero, Podrán quedarse un año sin caer en sospecha. ¿Cuándo llegan?

—Pasado mañana en la tarde.

Solucionada la grave dificultad, Isaac respiró con alivio y se fue a casa a descansar.

Estaba lejos de imaginarse el giro que iban a tomar los acontecimientos.

A las 3 de la tarde del día siguiente, la Cámara de Diputados debía ocuparse de la venta del pelódromo, negociación que los honorables Irrarázaval y Orellana se proponían denunciar como "un acto lesivo de los intereses patrios".

Hemos copiado de los Boletines de Sesiones del Congreso (Plaza Almagra) la versión electrónico-taquiográfica de este debate parlamentario. Su texto se encuentra reproducido en los diarios matutinos de la capital, pero el decoro periodístico obligó a suprimir las expresiones pintorescas que los diputados profirieron en el calor de la discusión.

Transcribimos sin supresiones:

Orellana, don Floridor (Colo-Colo). Pido la palabra.

Abuabúa, don Gamal (Presidente). Concedida la palabra.

Orellana. Tomo la palabra. Yo, compañeros, quisiera referirme al asunto del instituto calvizador, que se vende a una empresa imperialista; pero considero que le corresponde hacerlo al compañero Irrarázaval, que fue el que propuso ventilar esta cuestión.

Halabí, don Faruk (Conservador). ¡Ya le pasó la pelota al izquierdista!

Orellana. Se la paso al que quiera ¿sabe que está bueno?

Halabi. Es que nunca chutea usted, honorable delantero.

Orellana. Esa es cosa mía. Ustedes los reaccionarios atajen el goal si son capaces. Le cedo la palabra al compañero.

Irarrázaval, don Patricio (Socialista). Se agradece, compañero. Tomo la palabra para denunciar a la faz del pueblo un acto lesivo de los intereses patrios; porque eso sería la venta al extranjero del Instituto Pilotécnico.

Halabi. ¿Quiere dar a entender su Señoría que esa negociación debe impedirse?

Irarrázaval. Ni más ni menos. No se trata de otra cosa.

Halabi. Debo hacerle saber a su Señoría que eso sería un atropello a las libertades. No existe una ley que prohíba vender una industria o un invento comercial al exterior.

Irarrázaval. Si esa ley no existe, la crearemos. Mientras tanto bastará con un decreto como los que han prohibido a veces exportar las reservas de minerales.

HABLAN VARIOS SEÑORES DIPUTADOS. SUENA LA CAMPANILLA SILENCIADORA.

Abuabú, don Gamal (Presidente). Prosiga el debate. Está con la palabra el honorable Irarrázaval don Patricio.

Irarrázaval. El pelódromo, señores, es una fuente de riqueza de la patria, que aprovecha nuestras inagotables dunas y zarzales. Así como explotamos las caídas de agua, explotamos también la caída del pelo.

Halabi. Somos unos explotadores...

Irarrázaval. Menos mal que lo reconoce.

Orellana. Siga no más, compañero. No le haga caso al señor feudal.

Halabi. Continuemos con la caída del pelo como fuente de energía eléctrica...

Irarrázaval. ¡A unos se les cae el pelo; a otros se les cae la baba!

Halabi. La baba. He ahí otra materia prima nacional, por cierto muy abundante, que podría ser defendida por los socialistas.

Irarrázaval. ¡Si pudiera vendérsela, los derechistas ya se la habrían vendido a los yanquis!

Halabi. Eso beneficiaría a los izquierdistas, que son los que la producen.

HABLAN Y GRITAN VARIOS SEÑORES DIPUTADOS. SUENA LA CAMPANILLA SILENCIADORA.

Abuabué (Presidente). Prosiga el debate. Quedan cuatro minutos.

Irarrázaval. La curación de la calvicie, según datos del Ministerio de Finanzas, le está produciendo al país siete millones de dólares al año. Si esta actividad se desarrolla como esperamos, podrá llegar a darle a Chile setenta millones o más. Perder el pelódromo, por lo tanto, sería tan grave como si se agotara el mineral de El Teniente. Por eso tenemos que defenderlo.

Halabi. ¿Defenderlo de quiénes?

Irarrázaval. ¡De quiénes! ¡De los yanquis, de esos imperialistas que invaden el mundo y lo corrompen con sus dólares!

Halabi. ¡Ja, ja, ja!... ¿En qué quedamos? ¿Deben o no invadirnos los yanquis? ¿Deben o no entrar a Chile los dólares corruptores?...

Orellana. Contéstele, compañero. No se quede callado.

Halabi. Estoy esperando la respuesta del honorable colega.

Irarrázaval. ¡El país necesita dólares, ese es el hecho!

Halabi. Pero los dólares vienen con los yanquis. Esos invasores imperialistas no pueden descalvizarse por correo... Hay que aclarar los conceptos. La des-

calvización significa *precisamente* una invasión de yanquis.

Orellana. Contéstele, contéstele, compañero.

Halabí. Está con la pelota el jugador Irarrázaval; ¿por qué no pateas?

Irarrázaval. ¡El pelódromo es una actividad productora nacional, que fue descubierta por un hijo del pueblo, por un proletario! ¡Yo también pertenezco al pueblo y por eso defiendo sus conquistas!

Halabí. Usted no pertenece al pueblo, honorable Irarrázaval; usted pertenece a una aristocracia inepta que arruinó y desmembró el país y que vino a menos de la manera más idiota que se ha visto en el mundo.

Irarrázaval. ¡Se insolenta el turquillo enriquecido con malas artes, el arribista que no ocuparía ese sillón si no fuera por sus millones!

Halabí. Es posible; pero si su papá no hubiera perdido los suyos en la Bolsa o en los arenales, usted estaría ahora sentado a mi lado, Patricio Irarrázaval, ex patricio y proletario de quita y pon.

Irarrázaval. ¡El pueblo sabe que yo le sirvo! ¡Sabe que soy uno de los suyos!

Halabí. Hasta el día en que pegue una acertadita y siga el camino de todo izquierdista venido a más.

Irarrázaval. ¡Rechazo las expresiones de ese lacayo del capitalismo y pido al Ejecutivo la dictación de un decreto que prohíba la venta de ese bien nacional que es el pelódromo!

Orellana. Muy bien, compañero.

Abuabuá. Estamos sobre la hora.

Halabí. Es ilegal y anticonstitucional lo que propone ese enemigo de los lacayos. La libertad de comercio es un principio fundamental en todo Estado democrático.

Abuabuá. Ha terminado la hora.

Halabí. Voy a analizar y a hacer trizas esa proposición demagógica. Existen innumerables razones para...

Abuabúa. Ha terminado la hora.

Halabí. ¡Necesito sólo tres minutos!

Abuabúa. Se les pasó el tiempo haciendo chistes y sacándose pica. Se levanta la sesión.

SE LEVANTÓ LA SESIÓN.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Interviene el Ministro de Finanzas

Veinticuatro horas después aterrizaba en Pudahuel el bólico cuadrilaza arrendado por la International Trading and Financial Corp. Ltd. Inc. De su cabina desclimatizada descendieron el señor Floyd A. Livingstone y la señora Floyd A. Livingstone, el ingeniero de hierbas A. E. O. Cupperton y el piloto aviador Whelpley "Pip" Chunkertey.

Isaac había ido a esperarlos con su esposa, la que obsequió a la dama neoyorquina un precioso ramo de flores. Después de cumplidos los trámites de rigor en el puerto aéreo, se dirigieron a la casa de Benjamín Suibercaseaux 208.

La señora Teatinos tenía su *mise en scène* preparada desde la víspera. Se habían retirado los cuadros inconvenientes, reemplazándolos por paisajes románticos y escenas pastoriles, y sobre la mesa del living desplegab su inocencia un *bouquet* de lirios virginales.

El señor y la señora Livingstone ocuparon un dormitorio que daba al jardín interior de la casa. Estaba puesto con una cama de doble plaza y elegantes muebles de estilo francés moderno. El señor Livingstone le dio su plena aprobación y la señora Livingstone le expresó a Rebeca que este era "un lindo y silencioso hotelito".

La patrona les advirtió que no se daba comida, como en los hoteles norteamericanos.

—Never mind —dijo el señor Livingstone—; tenemos una botica en la esquina.

—Es que aquí las boticas sólo venden remedios —le informó Isaac—. Para comer hay que ir a los restaurantes.

—Iremos a los restaurantes, mister Kaplún.

—De regreso tal vez tendrán que pasar a la botica, si han comido conservas o carne de cerdo.

Como ya la tarde estaba avanzada, convinieron en que se reunirían a la mañana siguiente para ultimar los detalles del negocio. Rebeca acompañaría a la señora Livingstone a las tiendas del centro, y por la noche comerían todos, incluso el ingeniero y el piloto, en casa de los Kaplún.

Pero ya hemos dicho que los acontecimientos debían tomar un giro imprevisto. En su oficina esperaban a Isaac con la novedad de que le habían estado llamando insistentemente desde la secretaría del Ministro Betinyani.

—¿Para qué me quiere?

—Lo espera en su despacho para algo muy urgente —dijo la secretaria—. Han llamado tres veces, con encargo de que vaya inmediatamente al Ministerio.

—Está visto que no puedo tener un instante de tranquilidad —se quejó Isaac.

Había leído la versión del debate parlamentario y tuvo la sospecha de lo que estaba por suceder.

Diez minutos después se hacía anunciar en el Ministerio de Finanzas.

Como hombre verdaderamente ocupado, don Fuad Betinyani era fácilmente abordable: sus audiencias duraban cinco minutos, cuando no tres, y su sala de espera estaba casi siempre vacía. La fama dice que fue uno de los más grandes estadistas que ha tenido Chile.

Recibido a la inmediata, Kaplún vio confirmadas sus sospechas en la primera frase de Su Señoría:

—Mi amigo don Isaac, el Gobierno no autoriza la venta de su patente al exterior.

—Señor Ministro, el comprador acaba de llegar a Santiago y existe un compromiso...

—Se anula el compromiso.

—Mañana debemos extender la escritura...

—No la extienden.

—¿Y cómo me quito de encima a ese hombre?

—Usted se cruza de brazos; esto es asunto del Gobierno de Chile. ¿Qué le dio, don Isaac, por deshacerse de ese pozo de oro?

—Tuvimos dificultades financieras, y por añadidura fuimos desahuciados por el dueño del edificio y no encontramos dónde trasladarnos.

—¿Por qué no habló conmigo? Hace poco abordé esta cuestión en Consejo de Gabinete y propuse que se diera a su industria un tratamiento privilegiado. Pasaron los tiempos de los castellano-vascos, que sólo sabían hacer tres cosas: mendigar dólares para financiar los gastos, ceder territorios para mantener la paz y entregar las riquezas para que hubiera producción. Pero gobernar es otra cosa: es defender la integridad, el decoro y los recursos nacionales por la razón o la fuerza. Por eso el pelódromo se queda en casita, y aquí está el decreto con fuerza de ley que lo declara industria vital y prohíbe su venta.

—Estoy de acuerdo en que eso es gobernar —dijo Isaac—; pero la medida va a traer cola. Hay un embajador de los Estados Unidos...

—Con ese caballero me entiendo yo. Desde que dejamos de ser mendigos, nuestros asuntos se manejan desde Santiago y no desde Washington. Usted preocúpese de lo suyo. ¿Cuánto necesita para instalarse en grande?

—Dispongo ahora de los créditos y de todo el espacio que necesite —contestó Isaac—, porque Abubdala y los banqueros se asustaron y resolvieron apoyarme.

—¡Entonces, pues, ya está usted agrandándose!

—Todavía no, señor Ministro: faltan los hoteles...

—Habrá todos los que hagan falta. Aquí están las instrucciones para el Banco de Fomento. Desde mañana se pone el énfasis en la industria hotelera. Con préstamos a vinticinco años y exención de impuestos por ocho años, brotarán los hoteles como las callampas después de la lluvia.

Se levantó y estrechó la mano de Isaac.

—Váyase tranquilo, mi amigo. Antes de mucho habrá pocas fortunas tan grandes como la suya.

Y lo acompañó hasta la puerta de salida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Pity, mister Kaplún

La posteridad reconocerá en Betinyani al salvador de este monopolio terapéutico de Chile. Su visionaria intervención señala la curva descendente de nuestra historia y lo que nos queda por contar es en rigor su epílogo.

Mientras los Livingstone dormían aquella noche en su "lindo y silencioso hotelito", los Kaplún velaban con sus ventanas abiertas al Forestal y a la luna, soñando —ya que no podían conciliar el sueño—, con el estupendo porvenir que despuntaba para ellos. Sobre el diván, convenientemente narcotizado, yacía Porotito respirando con ritmo tranquilo. Ahora sí que el mundo les pertenecía, como a Rothschild en las horas que siguieron a Waterloo...

Cuando el financista y el ingeniero de hierbas llegaron a la oficina de Isaac, a la mañana siguiente, lo encontraron fatigado y nervioso. No hallaba el pobre cómo darles la desagradable noticia. Queriendo hacérseles simpático, les preguntó con solicitud cómo habían pasado la noche.

—Perfectamente —contestó Mr. Livingstone—; sólo que a las dos de la madrugada fuimos despertados por un insólito desorden. Un grupo de pasajeros, al parecer en estado de ebriedad, llegaron pidiendo alojamiento. Como el portero les dijera que no había piezas dis-

ponibles promovieron un alboroto, quisieron forzar la entrada y golpearon al empleado hinchándole un ojo. Un pequeño escándalo, isn't?

—Tuvieron suerte —comentó Isaac—. Pudo haber sido peor.

—Pero esto no es todo —prosiguió Mr. Livingstone—. Parece ser que no hay aquí mucho respeto por las señoras. Esta mañana mi esposa ha sido vejada, tal como suena, por unos transeúntes. Estaba Alice en la puerta del hotel, esperándome para salir a tomar desayuno, cuando unos desconocidos pasaron ante ella; uno le dijo: “¡Adiós, pichita rica!”, y el otro quiso pellizcarle las nalgas. What means “pichita rica”?

—Es un cumplido difícil de traducir. También esto pudo haber sido peor. Mister Livingstone —se lanzó de repente Isaac—, no podemos hacer negocio.

—Oh, pity. ¿Por qué?

—Se opone el Gobierno de Chile.

—Pity, mister Kaplún.

—Lo siento infinitamente, pero yo no tengo culpa en esto. El decreto de prohibición fue cursado ayer y no hubo tiempo de avisarle. Podrá verlo en los diarios de mañana...

Esto fue suficiente. Incapáz de incomodarse y de perder el tiempo oyendo explicaciones, el hombre de Wall Street se puso de pie y dijo que estaba bien, que qué se le iba a hacer, etc.

—En otra época, mister Kaplún, yo hubiera cobrado indemnización al Gobierno chileno, me hubiera hecho respetar a través de la Embajada americana; pero desde que en América mandan los negros...

—Siento tanto que haya perdido su viaje, mister Livingstone —dijo Isaac.

—No lo he perdido del todo. Queríamos también hacer un poco de turismo y pescar en los ríos. ¿Dónde hay más peces?

—Peces... Los únicos que quedan son los de los

afiches de propaganda turística. Los de los ríos se acabaron con la pesca a dinamita.

—Well, conoceremos la fauna autóctona: la chinchilla, el huemul, el guanaco, la nutria, el venadito...

—Esa fauna fue exterminada, míster Livingstone.

—Veremos las aves típicas: la garza, el avestruz, el flamenco, el cisne de cuello negro...

—También están extinguidos, míster Livingstone.

—Volaremos sobre los bosques, God damn me!

—Quedan algunos, pero es imposible acercárseles por el humo de los roces.

—¿Y los balnearios? ¿Hay alguno que merezca verse?

—Verse, sí; pero olerse, no. En cada uno de ellos hay una fábrica de harina de pescado.

—Iremos entonces al Sur, para que Alice vea el Estrecho.

—Tendrían que hacer visar los pasaportes en el Consulado argentino.

—En ese caso preferimos no ir —dijo míster Livingstone.

Con esto terminó la melancólica entrevista. Aquella noche los viajeros frustrados comieron en casa de los Kaplún, y a la mañana siguiente tomaron su bólide y se fueron a almorzar a América.

Epilogo

Nos llevaría muy lejos seguir paso a paso la historia del pelódromo en los años transcurridos desde entonces. El objetivo medular de nuestra investigación está cumplido y sólo nos falta trazar el cuadro presente de aquella empresa nacida en un basural.

Los planes y predicciones del Ministro Betinyani se han realizado magníficamente. Una amistad inquebrantable acabó por unir a Kaplún y Abubdala, convertidos en aliados por el imperativo de sus cuantiosos intereses comunes; tan cierto es que del odio puede nacer el amor. Estimulado por la sabia política estatal, el establecimiento fue creciendo como una gigantesca columna de mercurio e invadía uno tras otro los pisos del rascacielo de Matías Cousiño. Se invirtieron cientos de miles de Betinyanis en perforaciones y tuberías, en demoliciones de paredes e instalaciones de nuevas calderas atómicas y bombas elevadoras de agua. Aparatos de televisión fueron colocados en las salas de espera y en los compartimientos de baños. El tufillo de las yerbas de virtud se esparcía a cientos de yardas a la redonda.

—Hasta aquí llega tu olor a millones —le dijo un día Abubdala a Kaplún, conversando por teléfono desde su célebre torre móvil.

—Disculpa, Pedro, hombre. ¿Te molesta mucho?

—No, viejo; qué tontería; si lo encuentro delicioso.

—A propósito, quería contarte que esos pícaros de los agricultores están especulando con la materia prima. Ya no me la dan; me la venden; y se han unido en una Asociación de Productores de Malezas.

—Son unos pillastres mercantilizados, Isaac. Ojo con ellos.

—Pero me defenderé, gallo, no tengas temor. Voy a resarcirme aprovechando como subproducto el pelo corporal de mis clientes. Son toneladas de pelos y pendejos que se van por los desagües y que pueden venderse a las fábricas de cojines.

—¡Idea estupenda, por supuesto! ¡No dejes de hacerlo!

—Se necesita, eso sí, un local para lavarlo y almacenarlo... quizá un piso completo...

—Bueno, pues, lo ocupas. No tienes más que decirme para cuándo lo quieres. ¡No faltaba más!

Para Porotito habían surgido también problemas imprevistos. Un día le dijo a Isaac con un tono de verdadera preocupación:

—No hallo qué hacer con tanta plata, don Isaaquito. Es una catarata que parece que va a acabar por aplastarme. Me compré una moto, compré la casa de Bombero Núñez, compré la casita del lado para doña Pabla, le fijé una mesada a Domingo Bulnes, regalé dos docenas de camas para el Hogar del Niño Dios; pero ni así consigo desahogarme...

—Invierta en negocios, pues Porotito.

—Pero es que a veces los negocios dan utilidades, pues don Isaaquito; así es que sería para peor.

—Entonces compre bonos del Estado, o grandes cantidades de boletos de lotería.

—¿Y si me saco el gordo?

—¡Cómo va a tener tan mala suerte!

Siguió el prudente consejo y con esto consiguió aliviar en parte su aflictiva situación económica.

Como estaba previsto, el crecimiento del pelódromo iba a parejas con la multiplicación de los hoteles. La Comunidad Betinyani construyó dos, la Sociedad Abuabuá y Chacrur otros dos, el Consorcio Chileno (Levy-Kaplún-Filkestein) una hostería en el St. Cristóbal; y así muchos otros que siguen "brotando como las callampas".

La masiva afluencia de pasajeros ha dado a Santiago una nueva fisonomía. El aeropuerto de Pudahuel tuvo que ser ampliado para ponerlo a tono con el cuadruplicado tráfico de bólidos procedentes de Norteamérica, Europa y el Asia. Casas de cambio, cabarets y restaurantes de lujo han surgido por doquier, y ciertas calles, como las de Benjamín Subercaseaux y Jemmy Button, tienen la animación nocturna de los barrios de geishas de Tokio. Si el señor y la señora Livingstone volvieran a pasar por allí, se quedarían maravillados del progreso de esta capital.

"Chile", dice la revista *Time* de Nueva York, "ha obtenido un triunfo mundial y de él ha sacado nombradía y provecho. Agotado el salitre y reducidos los bosques a cenizas, la triste economía chilena ha sido alegrada por un tony que convirtió en materias primas lo que quedaba en esos suelos: la arena y las zarzamoras. Ojalá otros payasos sigan el ejemplo de Porotito y ocupen el lugar de los economistas en los países del continente-circo".

Cuando estuvimos en Santiago, el pelódromo ocupaba ya catorce pisos del edificio Abubdala. En uno de los subterráneos nos mostraron la sección donde lavan y enfardan el pelo corporal humano, singular by product que financia la compra de las yerbas y cuyos excedentes exportables constituyen una nueva fuente de moneda dura. Para no ser menos que Isaac, don Pedro Abubdala había aprovechado la ubicación conspicua de su torre y exhibía en ella un aviso luminoso gigantesco que era visible desde Apuquindo y Pudahuel: "PARA CASPA Y SEBORREA, SEBORREOL 18".

Don Isaac Kaplún, de quien obtuvimos la mayor parte de nuestra información, nos contó para concluir la etapa final de la vida de su socio, muerto en un pasmoso accidente, de tránsito. Conversábamos en la terraza de Villa Rebeca, mansión de verano que el multimillonario matrimonio se ha construido a orillas de la laguna de Culeo. Mientras seguíamos el ir y venir de los veleritos y de los esquiadores acuáticos, don Isaac contestaba a las últimas preguntas de este laborioso reportaje.

—¿Volvió Porotito a desprenderse del suelo?

—Que yo sepa, no, Sir Bunster. El sabía que *no debía* sucederle esto delante de mí, y su terror a la facultad de elevarse aventajaba al mío propio. Comía por tres para aumentar de peso y llevaba planchetas de plomo en los bolsillos... Usted nos perdonará, pero no podemos acordarnos de él sin reírnos. Después de todo, su misión consistió en sembrar la risa y la alegría. Si es verdad que fue un ángel, como afirma mi señora, debe estar en el cielo, hasta que Dios lo mande otra vez a hacer una ronda entre los hombres.

—Los diarios de Londres informaron que no dejó fortuna...

—Nunca la tuvo. Daba el dinero a medida que lo ganaba, pues no sabía qué hacer con él. Al señor Urméneta, que estaba preso por deudas, lo sacó de la cárcel y le puso un circo como quien pone una casa. A la señora Pabla le regaló para su santo una lavandería mecanizada. Donó un pabellón para no sé qué hospital de niños. A su amigo Domingo Bulnes, don Chupeta, le hizo realidad el sueño de su vida: tener un puesto de chicha en Curacaví, adornado con el escudo chileno y una oleografía de la batalla de Yungay.

“Los bienes que dejó al morir fueron sus dos casitas de Bombero Núñez, la motocicleta (hecha pedazos) y sus derechos en la Sociedad Kaplún y Cabello. To-

do esto lo legó para obras de beneficencia, excepto veinte mil Betinyanis que ordenó entregar a la Municipalidad "por si el pueblo de Santiago deseara levantarme una estatua"... Es el monumento que usted ha visto en la Avenida O'Higgins, a pocos pasos del lugar donde encontró la muerte. Supongo que sabrá cómo se produjo su fin.

—Iba a preguntárselo en seguida.

—Fue —dijo don Isaac—, un accidente que se pretendió explicar como un hecho providencial. Una cosa macabra y, sin embargo, imposible de recordar sin sentir torcijones de risa. ¡Porque la risa fue la ley de Porotito y su supremo legado! ¡Tenía que haber risa hasta en su tránsito mortal!

"No creo en la casualidad, y lo sobrenatural *no me gusta*. Así es que lo único que puedo hacer es contarle lo que pasó, para que usted lo interprete como le plazca.

"A los sesenta años de edad, este virtuoso de los trencitos eléctricos era también un artista de la motocicleta. No la manejaba: la cabalgaba como a un animal inteligente. Lo último que yo hubiera podido imaginar es que moriría conduciendo su yegüita, como él la llamaba.

"Un día salió en ella para no sé qué diligencia; probablemente a distraerse o a tomar helados. Bajaba por la Avenida a toda velocidad cuando un cortejo mortuorio se le atravesó en la esquina de la calle Amunátegui. La moto siguió como una exhalación y se estrelló contra el pescante de la carroza en un impacto horroroso. Porotito voló por encima del cochero estupefacto a tiempo que las dos parejas de caballos se encabritaban y emprendían una carrera endemoniada avenida abajo. En la esquina de St. Martín se subieron a la vereda y la carroza azotó contra un poste del alumbrado, se volcó disparando las coronas en todas direcciones, y de adentro salió el ataúd como un ca-

ro loco, resbaló sobre el pavimento y fue a hacerse añicos contra la cuneta.

—¡Qué horror!... ¿Y el muerto?

—¡Qué muerto, Sir Enrique! Al saltar la tapa del cajón apareció un caballero en camisa de dormir (su apellido era Portaluppi), que se sentó manoteando y gritando palabras ininteligibles. ¡Era un enfermo de catalepsia al que iban a enterrar vivo!

“Yo no lo ví, tuve la suerte de no verlo; pero la descripción que leí todavía me pone los pelos de punta. El caballero manoteaba, como digo, sentado entre los restos del ataúd; y en pocos segundos se encontró rodeado por una muchedumbre que acudía de todos lados pisoteando los jardines. ¡Un resucitado no se ve todos los días! Pero esto no fue nada en comparación con las escenas que promovieron los deudos del cortejo, los cuales gritaban como poseídos, caían de rodillas o se abrazaban al señor Portaluppi bañándolo con sus lágrimas: ¡Guillermo! ¡Willito! ¡Papacito! ¡Abuelito!...

“Cuando lograron sacarlo en peso para llevarlo de vuelta a su casa, un mar humano obstruía la avenida y había cuerdas de vehículos detenidos.

“Mucho rato después hallaron a Porotito tirado de bruces, tal como quedó al caer de su salto de pescado. No tenía heridas ni fracturas y conservaba su sonrisa inmutable.

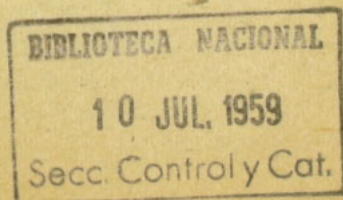
“La autopsia tampoco descubrió conmoción cerebral ni lesiones internas. Había sufrido un ataque cardíaco fulminante mientras corría en su yegüita, y no hay duda de que iba muerto en el instante en que embistió a la carroza.

“Murió como había vivido: sonriendo y haciendo el bien”.

La tarde descendía sobre la laguna. Los últimos veleros retornaban a la playa como ánades en demanda de sus nidos.

—¡Qué lástima, don Isaac, que tengamos que terminar esta historia con las exequias de su héroe! —le dijimos.

—Es inevitable —contestó el señor Kaplún—; pero usted acaba de ver que hay entierros de entierros... El de Porotito tampoco fue un sepelio igual a todos, porque él vino al mundo a combatir la tristeza y triunfó sobre ella aún después de muerto, como un Cid Campeador cómico. Así lo dijeron el *ABC* de Madrid y *O Mundo* de Río de Janeiro. ¡Precisamente, su inhumación fue el broche perfecto para esta historia! Imagínese usted: el pelódromo entornó sus puertas, y diez mil pelados de todas las nacionalidades marcharon a cabeza descubierta siguiendo el féretro de su benefactor... Kilómetros de pelados desfilando por las calles de la Chimba y por la Avenida de la Paz. Una llanura de "cabezas de tuna" reluciendo al sol en la plazuela del Cementerio... Dígame usted si alguna vez, en alguna parte, se ha visto un espectáculo semejante... Vea las fotos de *Life* y los cables de la AP publicados en ochenta países. Los mirones congregados en multitudes reían a carcajadas, como en el circo; y reían los diez mil pelados del cortejo, y reían los empleados de la funeraria, y reía el sepulturero... Si la risa es una flor del alma, Ongolmo Cabello se fue a la otra vida bajo una lluvia de pétalos.



I N D I C E

| | |
|--|-----|
| Nota preliminar | 7 |
| I. Perpetuado en mármol | 11 |
| II. Caído de la cuna y caído del trapecio | 13 |
| III. Del basural al Banco de Chile | 19 |
| IV. Porotito de triunfo en triunfo | 27 |
| V. El hombre que no usaba peluca | 31 |
| VI. Entra en acción Isaac Kaplún | 35 |
| VII. De Bombero Núñez a Matías Cousiño | 41 |
| VIII. Chorro de dinero | 47 |
| IX. Propaganda en ochenta países | 51 |
| X. Se desata la demanda en Norteamérica | 57 |
| XI. Pugna semítica | 65 |
| XII. El hombre que no tuvo infancia | 71 |
| XIII. Rentrée de Porotito y debut de don Chupeta | 77 |
| XIV. Santiago invadida | 87 |
| XV. Máquina atascada | 93 |
| XVI. Consejo de gabinete | 99 |
| XVII. El hombre del país sin nombre | 103 |
| XVIII. La marcha de los hinchas | 107 |
| XIX. La oferta irresistible | 119 |
| XX. Reaparición desastrosa de don Chupeta | 127 |
| XXI. El día negro de los banqueros | 131 |
| XXII. Debate en la Cámara | 139 |
| XXIII. Interviene el Ministro de Finanzas | 147 |
| XXIV. Pity, míster Kaplún | 151 |
| Epílogo | 155 |

UN ANGEL PARA CHILE

por *Enrique Bunster*

se terminó de imprimir bajo el sello de
la Editorial Del Pacífico, S. A., el 15 de
junio de 1959, en las prensas de la misma
Editorial, San Francisco 116,
Santiago de Chile.

colección
PLENITUD

BIBLIOTECA DE CUENTISTAS

guillermo blanco
SOLO UN HOMBRE Y EL MAR

carlos ruiz tagle
DICEN QUE DICEN

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

oscar castro
LLAMPO DE SANGRE
(tercera edición)

jenaro prieto
EL SOCIO
(segunda edición)

guillermo labarca
MIRANDO AL OCEANO
(cuarta edición)

josé manuel vergara
DANIEL Y LOS LEONES DORADOS
(segunda edición)

gilbert cesbron
LOS SANTOS VAN AL INFIERNO
(quinta edición)

evan john
LAS TINIEBLAS

juan tejeda
BUEN HOMBRE

marcela paz
A PESAR DE MI TIA

adriana dittborn
CASI EN VANO

tibor meray
EL ULTIMO INFORME

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

Ahumada 57 — Casilla 3547

Santiago de Chile.